

J. NICOLAS GROU S.J.

**LA ORACION
DOMINICAL
Y LOS
CARACTERES
DE LA VERDADERA
DEVOCION**

**Serie
Grandes Maestros
N.º 12**

**APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla**

LA ORACION DOMINICAL

Con licencia eclesiástica
ISBN:84-7693-204-9
Depósito Legal: B-23512-1992
Printed in Spain

INTRODUCCION

El fruto de la petición que los Apóstoles, inspirados por el Espíritu Santo, hicieron al Salvador de enseñarles a rezar, fue la Oración Dominical, es decir la Oración del Señor (Mt. 6,9): oración divina, considerando a su autor o los sentimientos que expresa; oración que Jesucristo nos ha enseñado a todos, en la persona de los Apóstoles, a los que encargó instruir a sus discípulos (Lc. 11,2); oración que la iglesia ha puesto siempre por encima de todas las demás, que constituye una parte esencial del sacrificio de nuestros altares, en donde jamás es omitida, por la que comienza todos sus oficios, que enseña a los niños desde su más tierna edad, que les explica en todos sus catecismos, y que recomienda a los fieles repetir varias veces durante el día, sobre todo por la mañana y por la noche.

Esta oración, en efecto, contiene todo. Jesucristo, que conocía nuestras obligaciones y nuestras necesidades, las ha encerrado en pocas palabras. Un cristiano no puede decir nada en alabanza de Dios, ni pedirle nada que no se refiera a ella. Por su simplicidad, está al alcance de todo el mundo; por lo sublime de sus pensamientos, sobrepasa la capacidad de los mayores genios, y, para entenderla, no hace falta menos de una luz sobrenatural. Pero es toda para el corazón, más que para el espíritu, según la naturaleza misma de la oración, y, aunque sea necesario entenderla, es igualmente importante sentirla.

La intención de Jesucristo, al enseñarnosla, no ha po-

dido ser que nos limitáramos a recitarla con la boca, ha querido que la comprendiéramos, que la sintiéramos, y que hiciéramos de ella nuestra regla de conducta. No hay fiel que no la sepa de memoria: es la principal y más corriente de nuestras oraciones. Pero ¿la entendemos? ¿Hemos profundizado en su sentido? ¿Hemos pedido alguna vez al Señor que él mismo nos abra el espíritu para entenderlo? ¿Hay muchos cristianos, incluso entre los más piadosos, que tengan suficiente humildad para reconocer que no entienden el Pater; que estén suficientemente iluminados por Dios, para reconocer que no sabrían comprenderlo, si no se está recogido, y si el mismo Espíritu que lo ha dictado no nos da la explicación?

Pero esto no es aún lo esencial. ¿Acaso no recitamos por costumbre, y maquinalmente esta oración? ¿Nuestro corazón la siente? ¿Es la expresión de nuestros sentimientos más íntimos? ¿Podemos decir a cada palabra, a cada artículo: Esto es lo que yo pienso, esto es lo que yo siento, esto es lo que yo deseo? Si no llevamos habitualmente en el alma los sentimientos que expresa, no nos enorgullecamos de ser verdaderos cristianos.

Finalmente, ¿creemos que el Pater es para nosotros la regla de conducta más indispensable, así como es la más excelente? ¿Creemos que es el resumen del Evangelio, el extracto de lo que la moral de Jesucristo tiene de mayor perfección; que en consecuencia debe influenciar nuestros pensamientos, nuestras palabras, nuestras acciones? Y, en la acción, ¿juzgamos, hablamos, actuamos de acuerdo con esta oración? ¿Nuestra vida podría ser contrastada con ella? Esto es sobre lo que deseo que reflexionemos seriamente. ¿Por qué se reza? Para vivir bien. ¿Qué se pide en la oración? Lo que se debe hacer. No se trata aquí de una oración compuesta para nuestra devoción, o hecha por los hombres. Es Jesucristo quien nos la ha dado, quien al componerla no ha consultado nuestras ideas,

sino las suyas; quien al decirnos: Oraréis así, nos ha dicho esto mismo: Regularéis vuestra vida según el espíritu de esta oración. Si no lo hacemos, seremos condenados por nuestra propia boca. Todos los días me lo pedíais, y vuestra conducta desmentía vuestros ruegos; y nunca habéis pensado que había una unión esencial entre vuestra oración y vuestras acciones.

Puesto que es indudable que seremos juzgados un día por Jesucristo mismo sobre la Oración llamada por su nombre, dediquemos aquí algunos momentos de atención a comprender el sentido, y a sopesar las obligaciones que nos impone.

Con este esquema emprendo su explicación bajo la dirección de la gracia, sin perder de vista que trabajo tanto y más por mí como por los demás.

I. PADRE nuestro

Me dirijo a mi padre.

Jamás me habría atrevido, pecador como soy, a dar a Dios este título, o a tomar la cualidad de hijo suyo. Jesucristo me inspira el atrevimiento. Comienza recordándome que la gracia me ha hecho hijo de Dios; que lo soy por adopción, y que he sido elevado a este glorioso privilegio por el misterio inefable de la unión del Verbo con su santa humanidad. En tanto que hombre, Jesucristo es mi hermano; después de su resurrección, llama con este nombre a sus discípulos, entre los cuales nos englobaba a todos. En el Evangelio, dice por todas partes: Mi Padre y Vuestro Padre, poniéndonos, por así decirlo, en el mismo rango y en el mismo grado de proximidad con Dios, que él, y autorizándonos, obligándonos incluso a compartir sus cualidades y sus pretensiones.

Pero remontémonos más arriba, y consideremos desde el origen, y en toda su continuación, los fundamentos de la paternidad divina respecto a nosotros.

Dios es mi padre por la creación.

Tengo todo mi ser por El. La parte que los autores de mis días han tenido en la existencia de mi cuerpo, debe ser considerada como casi nada; ellos no han sido más que la ocasión, los instrumentos que actuaban según las leyes libremente instituidas por Dios. Es El quien ha

creado la materia, El quien la ha formado en el seno de mi madre, quien ha compuesto su estructura, quien ha puesto en él un principio de vida, y de movimiento, quien le ha dado el alimento y el crecimiento. ¡Cuánto más es El mi padre que aquellos de los que nací! Y si a ellos debo respeto, amor, obediencia, ¡cuánto más lo debo a Dios, que tiene sobre la obra de sus manos derechos fundados, y en una extensión muy distinta!

Porque es poco que sea el Creador y el arquitecto de la más mínima parte de mí mismo. Mi alma, esta sustancia inteligente, libre, espiritual e inmortal por naturaleza, mi alma hecha a imagen de Dios, es de El y únicamente de El. Mis padres no han contribuido en nada a su existencia; todo lo más, sin saberlo, han determinado el momento. Este alma pues no tiene ningún otro padre más que Dios, y a El le debe su ser, sus propiedades, sus cualidades. La ha hecho tal como es, porque lo ha querido, por pura bondad, no teniendo ninguna necesidad de ella, siendo perfectamente dichoso con independencia de ella. He aquí con certeza un título de paternidad bien superior al de los padres de la tierra.

Pero hay además otra diferencia muy considerable. En cierto sentido yo tengo la existencia de mis padres, ellos me la han dado por un acto pasajero. No estaba en su poder conservármela, y, a pesar de toda su ternura y todos sus cuidados, estaban expuestos a verla arrebatada a cada momento. Mientras que la acción por la que Dios me ha creado subsiste siempre, y, si cesara un momento, mi cuerpo y mi alma caerían en la nada. Así pues no sólo es mi padre, sino que sigue siéndolo sin interrupción; hasta el último suspiro me conserva la vida del cuerpo; después de la muerte me conserva la del alma; y, cuando en la resurrección general haya unido el alma y el cuerpo, los conservará a uno y otro durante la eternidad. Así ha sido, es y será por siempre mi padre, mientras que yo exista, y

mi alma no cesará de existir, ya sea sola, ya sea unida, ya sea reunida con su cuerpo. Siendo tan grande la dependencia en la que estoy de El por la existencia, y tan continuo el beneficio de su paternidad, ¡cuál debe ser mi amor por El! ¡Cuál será mi agradecimiento!

Sin embargo ¿lo diré? Lo que Dios es respecto a mí en el orden de la naturaleza, es poca cosa en comparación con lo que es en el orden de la gracia, donde se muestra como mi padre de una manera mucho más excelente.

Habermeme creado es un gran bien sin duda; es el primero y fundamental de todos los demás. Es un bien que no podía venir más que de ser un Ser infinitamente poderoso, bueno y liberal. Pero ¡habermeme creado en su amistad y en su gracia; haber enriquecido mi alma al salir de sus manos con dones sobrenaturales; haberla destinado a poseerlo, a amarlo, a gozar eternamente de la misma felicidad que El! Es un nuevo tipo de beneficio que sobrepasa incomparablemente al primero. Hijo de Dios por mi nacimiento, lo soy en un sentido más elevado, y de un modo más íntimo por mi destino que me acerca a El, y no hace de El y de mí moralmente más que un solo ser, no teniendo más que una misma voluntad, y gozando sin división de los mismos bienes.

Tal destino no se me debía de ningún modo; podía estar privado de él, sin tener ningún motivo de queja; hubiera incluso ignorado que fuera capaz de él, si Dios no se hubiera dignado a revelármelo.

Los padres de la tierra no llaman más que después de la muerte a sus hijos a la posesión plena de sus bienes. Estos no disfrutan de ellos más que a título de sucesión y de herencia, y no se hacen más ricos sino por la pérdida de lo que tienen máspreciado. No se les da, se les deja lo que uno no puede ya retener, y hubiera guardado siempre por lo menos lo principal, mientras hubiera uno continuado viviendo. No es así con el Padre celestial, que, no

pudiendo morir, no tiene nada que darnos después de El. Se apresura a darnos todo lo que tiene y todo lo que es; y después de la corta prueba de una vida temporal, que hubiera sido ella misma feliz sin la introducción del pecado, había concebido el proyecto de admitirnos al gozo de una vida eterna. Para llegar a esta segunda vida, no debíamos ni siquiera pasar por la muerte. Tal era nuestra condición original.

¡Bondad paternal de Dios! ¿podíais ir más lejos? ¿No habéis hecho para ser amado por mí más de lo que me hubiera atrevido a esperar, más de lo que hubiera podido desear?

Pero he aquí un rasgo del amor paternal aún más maravilloso.

El género humano, aunque dotado de tantas gracias, aunque destinado a tal felicidad, se hace prevaricador desde su origen. El primer hombre y la primera mujer se rebelan contra su Creador y su Padre, y, con el más loco orgullo, violan su precepto, en la esperanza de que esta transgresión les haría parecidos a El. Ahí están, ellos y su descendencia, privados para siempre de los privilegios de su condición. Ahí están dignos para siempre del odio de Dios y de sus castigos. No tienen otro recurso que en su misericordia. Pero El había previsto el mal y preparado el remedio. ¡Qué remedio, Dios mío! ¿podía esperarse de otro Padre distinto de Vos? Eternamente fecundo en si mismo, este Padre tenía un Hijo único, igual a El. Lo entrega por la salvación de los hombres: lo envía a la tierra, lo reviste de nuestra naturaleza culpable y degradada, y por un consejo determinado desde toda la eternidad, quiere que en esta naturaleza, sea humillado, que sufra, que muera por nosotros, y que expíe así, como víctima voluntaria, el primer pecado y todos los que han seguido.

Adoptados en este Hijo, primogénito de toda criatura, los hombres son restablecidos con ventaja en la cualidad

y los derechos de los Hijos de Dios. El cielo cerrado por su culpa se abre de nuevo para ellos; auxilios más abundantes y más eficaces les son dados para subir a él; e, incapaces por si mismos de ningún mérito, pueden esperar-lo todo y aspirar a todo por los méritos del Hombre-Dios convertidos en suyos.

Así el Padre ha amado a rebeldes e ingratos, hasta entregar y sacrificar por ellos al objeto de sus eternas complacencias...! Guardemos silencio; adoremos, amemos al mejor de los padres, y consagrémonos a su gloria.

Quiero llevar hasta el fin esta consideración sobre el amor paternal de Dios por nosotros.

¿Por quién debía ejecutarse la sentencia llevada en favor nuestro contra este Hijo querido? ¿Por los demonios sin duda, que, condenados irrevocablemente al suplicio del infierno, se hicieron enemigos irreconciliables de Dios? En absoluto. ¡Los demonios no han sido más que los instigadores de la maldad de los hombres que han ignorado, ultrajado, entregado a la muerte al Hijo de Dios, que venía a salvarlos! El golpe ha partido de donde menos debía esperarse, de una nación escogida con una predilección especial, de una nación de la que Dios había querido ser el Legislador y el Rey; de una nación que El había hecho la única depositaria de la revelación, y a la que había enviado una larga serie de Profetas, para anunciar la venida del Libertador del universo. Por lo demás, el crimen que esta nación cometió, cualquier otra lo hubiera cometido en su lugar. Pues ¿sobre qué fundamento y por qué concepto nos preferimos nosotros a los Judíos? Nosotros también hubiéramos sido deicidas como ellos, y no hace falta otra prueba de ello que los pecados por los que crucificamos actualmente al Hijo de Dios.

Es pues cierto que por una bondad incomprensible, Dios ha hecho servir de salvación al género humano el más execrable atentado del que se ha hecho culpable,

previendo este atentado, y sabiendo que sería renovado de siglo en siglo por todos los pecadores de la tierra.

Los beneficios del Padre celestial que acabo de exponer, no son tan generales que no sean personales para cada uno de nosotros. Todas las veces que pronunciamos estas primeras palabras de la oración dominical, Padre Nuestro, deben presentarse al menos confusamente en nuestro espíritu, y penetrar en nuestro corazón los sentimientos más vivos y más afectuosos; o bien no las pronunciamos más que con la boca, y no las relacionamos con ninguna idea.

Pero hay además una infinidad de beneficios que nos son propios y particulares. ¡Tantos pecados tan frecuentemente perdonados; tantas gracias concedidas; tantas atenciones y tiernas sollicitaciones; tanta paciencia en sufrir nuestros retrasos; una vida criminal prolongada durante tanto tiempo, y cuyos días podían ser cortados desde el primer pecado, sin dar lugar para la penitencia!

Que cada uno repase todo lo que debe a Dios, y que lo recuerde al decir: Padre Nuestro. No hace falta más que esta consideración para llenarnos de admiración, para hacernos caer en un éxtasis de amor y de agradecimiento, a la vista de una caridad tan excesiva. Sí, esta sola palabra: ¡Padre! nos proporciona suficientes pensamientos, suficientes afectos, para ocuparnos toda la vida. Ninguna meditación, puede agotar su sentido profundo; ninguna contemplación puede llegar a la altura de esta idea; y, después de habernos alimentado aquí abajo, hallaremos en ella en el cielo una materia eterna de alabanzas, de bendiciones y de acciones de gracias.

Sin embargo no lo he dicho todo; me queda que hablar de lo que el Padre es en él mismo, de su naturaleza y de sus perfecciones infinitas. Otro abismo en el que el espíritu se pierde, y donde el corazón descubre motivos más poderosos y más puros para amarlo.

Si los padres son la gloria de los hijos, ¡qué gloria para nosotros! (Proverb., XVII, 6) ¡Qué motivo de triunfo y de felicitación este pensamiento: ¡Tengo a Dios mismo como Padre! ¡Qué noble orgullo debe inspirarnos! ¡Qué desprecio, qué aversión por todo lo que me llevara a degenerar un origen tan elevado!

¡Oh Padre mío! ¡Que me engrandezca, que me eleve por encima de las cosas de la tierra, cuando piense que Vos sois Dios, que lo sois por la necesidad de vuestra naturaleza, que sois infinitamente perfecto, el Ser soberano, eterno, inmenso, independiente; y que os pertenezco, que soy vuestro hijo, y que Vos os glorificáis por ello! ¿Puedo yo no glorificarme a mi vez? ¡Puedo yo no exclamar: Oh, qué feliz soy de tener tal Padre! ¡Qué majestad hay en Vos! ¡Qué belleza, qué riqueza, qué poder, qué ciencia, qué santidad, qué felicidad! ¡Estoy encantado de no poder comprender nada de las maravillas inefables de vuestros atributos! Si la más sublime inteligencia creada fuera capaz de concebiros, no seríais ya lo que sois, y no habitaríais en una luz inaccesible.

Pero, ¡qué unión y qué distinción entre las tres Personas adorables, que poseen en Vos la misma naturaleza, sin perjuicio de su unidad! Paternidad divina, ¿quién os comprenderá? Filiación eterna, ¿quién os explicará? Amor sustancial del Padre y del Hijo, Espíritu Santo, ¿quién puede entender vuestra procedencia del uno y del otro? Esta Unidad, esta Trinidad que es la propiedad incommunicable de vuestra naturaleza, son mi gloria, mi alegría, mi gozo, mi felicidad, porque es la vuestra. Vos sois mi Padre, y el hijo es noble por toda la nobleza de su padre, rico por toda su riqueza, perfecto por toda su perfección. Yo lo soy, por vuestra voluntad, en la medida que me es posible serlo; y debo serlo también por la mía, si os amo, y si me amo en Vos como debo.

¡Oh palabra encantadora! ¡Cómo he podido pronun-

ciaros tan frecuentemente, sin pensar en lo que significáis, sin llenarme de respeto y ternura, penetrado de confianza y de gratitud! ¡Oh mi Salvador y mi Maestro! Recurro a Vos para aprender a pronunciar como se debe este nombre de Padre. Haced que jamás esté en mis labios sin que mi espíritu entre en una dulce y profunda oración, que no me permita continuar verbalmente mi oración. ¡Ay! ¿Y qué necesidad habría de ello? ¿No está toda ella encerrada en estas primeras palabras? Cuando las haya dicho con la boca del corazón, habré dicho todo, y mi Padre habrá entendido todo.

II. Padre NUESTRO

Fijaos que Jesucristo no os ha enseñado a decir: Padre mío; os manda decir: Padre Nuestro. No quiere que hagáis su oración en vuestro nombre particular; sino que la ha concebido por entero de manera que en ella habléis en nombre de todos los cristianos que son vuestros hermanos, y de los que Dios no es menos padre que lo es vuestro. Así pues igual que en esta palabra: Padre, están contenidos todos los motivos para amar a Dios; así estas palabras: Padre Nuestro, comprenden todas las razones para amar al prójimo.

Porque al ser Dios el Padre de todos los hombres, los ama a todos, quiere en consecuencia que se amen entre ellos. Sería faltar a la caridad hacia Dios, el faltar a la caridad hacia el prójimo, porque amar a Dios es comprometerse a amar lo que El ama, y a amar por las mismas razones y por el mismo fin, el amor, tal como es en Dios, siendo esencialmente la regla y el modelo del nuestro. Su amor paternal lo lleva a hacer el bien a todos los hom-

bres, a querer su salvación eterna, a procurarles los medios según los planes de su providencia. Nosotros tenemos los mismos deberes que cumplir los unos hacia los otros, para lo temporal y para lo espiritual. Es poca cosa el no perjudicarnos mutuamente; cada uno debe querer el bien para su prójimo, y hacérselo en su momento según su capacidad; debe desear su salvación, y contribuir a ella por medio de sus oraciones, de sus charlas, de sus ejemplos.

Pero demos a esto un poco más de extensión, y busquemos en la paternidad divina los motivos para amar a los hombres.

Si Dios, considerándolo sólo como Creador, es nuestro Padre común, en calidad de criaturas, somos todos hermanos, y, por esta relación de fraternidad natural, debemos todos amarnos.

Según el cuerpo mismo tenemos el mismo origen, no formamos más que una gran familia, que abarca todos los tiempos y todos los lugares. Se me dirá que remontar a nuestros primeros padres los grados de consanguinidad está muy alejado, y que el amor fundado sobre tal motivo debe ser bien débil, ya que a menudo los hermanos y hermanas no se aman. Estoy de acuerdo; y añadido sin embargo, que, en la intención de Dios, es un primer nudo que nos une, por poco apretado que se le suponga.

Pero la separación de los cuerpos está compensada por la cercanía de las almas. Ellas han salido todas inmediatamente de las manos de Dios en el momento de nuestra existencia; y, por este origen, las generaciones que subsisten juntas, fraternizan, y son, por así decirlo, del primer grado de parentesco.

Si, además, nuestro destino es el mismo; si estamos llamados por nuestro Padre a la misma heredad celestial; si esperamos ser reunidos un día en la misma patria, y gozar eternamente de la misma felicidad; he aquí sin con-

tradición una razón muy poderosa de amarnos mutuamente, como ciudadanos de la misma ciudad, como coherederos de la misma posesión que compartiremos sin disputa, o que será de cada uno de nosotros sin división; como viajeros que tienden todos al mismo término, a donde una vez llegados, la caridad no hará de nosotros más que un corazón y un alma. ¿Por qué odiarnos, querellarnos, perjudicarnos los unos a los otros durante el viaje? ¿Es ésta la disposición para amarnos cuando seremos reunidos en la casa paterna? A fin de que la unión reine entonces entre nosotros, ¿no es evidente que debe comenzar aquí abajo? ¿Queremos salir de este mundo con sentimientos que nos excluirán de la morada donde los hijos de Dios, consumidos y fundidos de alguna manera en su unidad, libres de celos y de envidias, serán felices, no sólo por su propia felicidad, sino por la del otro? ¡Oh patria celestial! ¡Oh tierra natal de nuestras almas! ¡Oh centro de nuestros afectos mutuos! ¡Oh término de nuestra esperanza común! ¿Pueden los cristianos amaros, desearos, trabajar por ser dignos de hallar un lugar allí, y no estar unidos entre ellos sobre la tierra por los más estrechos lazos de la caridad? ¿Qué hay después de todo sino esta Patria? Es nuestro Padre El mismo. El lo es todo allí; El lo hace todo, El lo es todo para quienes viven allí. ¿Puede concebirse que hijos que corren a porfía hacia el mismo padre, que se apresuran a gozar de sus abrazos, que deben acercarse entre ellos tanto más cuanto más se acercan a él; puede concebirse, digo, que estén divididos en sus sentimientos, que no puedan soportarse, que se deseen el mal los unos a los otros? ¿Y por qué? Por viles intereses temporales, que ponen obstáculo a su carrera, y que, si se detienen en ellos, los frustrarán por siempre del término al que aspiran.

Pero si, por encima de lo que acabo de decir, el Padre celestial nos ha adoptado a todos en su Hijo único, de

manera que a sus ojos no seamos más que uno con este Hijo, y extiende sobre nosotros el amor que tiene hacia él; si nos ha redimido a todos con la muerte de este Hijo, lavados y purificados en su sangre, alimentados con su carne inseparablemente unida a la Divinidad; si nos ha colmado de gracias por este Hijo; si este mismo Hijo, hecho nuestro hermano, arde en una inmensa caridad hacia nosotros; si todo su deseo, si el mandamiento propio de su ley, sellado con su sangre, es que nos amemos los unos a los otros, como él nos ha amado, y como su Padre nos ama en él; ¿qué nuevo motivo más poderoso que los precedentes para amarnos con una caridad mutua? Que el prójimo sea o no sea amable en si mismo, no es lo que hay que considerar. Las cualidades naturales del espíritu y del corazón nada tienen que ver con el amor sobrenatural, que tiene su origen más arriba. ¿En qué merecería ser amado este prójimo, cuando Dios ha puesto su mirada sobre él? ¿En qué lo mereceríais vosotros mismos? Responded... ¡A quien Dios ha juzgado digno de su amor, vosotros no lo juzgáis digno del vuestro! Porque vosotros no lo amáis ¿pretendéis que Dios no lo ame ya? Y, si lo ama todavía, ¿cómo justificaréis el no amarlo? ¿No véis que os pronunciáis contra vosotros mismos, y que autorizáis a Dios a rechazaros con el mismo fundamento con el que rechazáis a vuestro hermano?

Pero a quien se pretende que yo ame, no me ama; habla mal de mí; trata de perjudicarme; incluso me ha ofendido cruelmente. Porque él falta a su deber ¿es necesario que faltéis vosotros al vuestro? ¿Es en los sentimientos de la conducta del prójimo hacia vosotros, donde debéis buscar las razones para amarlo o para odiarlo? La naturaleza os lo dice. Pero ¿la gracia os lo dice? Y cuando se trata de la caridad fraterna, ¿hay que escuchar a la naturaleza? ¿Dónde estaríais, hijos desgraciados, si vuestro Padre hubiera consultado, para amaros, a vuestras disposiciones y

vuestra conducta hacia El? ¿Qué erais cuando os adoptó? ¿Qué habéis sido desde la adopción? ¿Vuestras ofensas más graves y más repetidas le han llevado a renunciar a vosotros? ¡Y vosotros renunciáis a vuestro hermano! ¡Y rompéis con él todos los lazos de la caridad! ¡Y os creéis con derecho a hacerlo, porque os ha ofendido! Seréis condenados por vuestra propia boca; y vuestro Padre seguirá con vosotros la regla que sigáis con respecto al otro.

Los dos grandes mandamientos, a los que se reducen la Ley y los Profetas, están contenidos en las dos primeras palabras de la Oración Dominical; y el cristiano no debería jamás decir: ¡Padre Nuestro! sin sentir despertarse en él el amor de Dios y del prójimo con todos sus motivos.

Estas palabras ¿producen este efecto sobre nosotros?

No pido que la exposición que acabáis de leer, os vuelva por entero al espíritu en cada recitación del Pater. No es posible, y no es necesario. Es suficiente que la hayáis comprendido de una vez, y que vuestra intención sea estar en las disposiciones que estas palabras exigen. ¿Estáis dispuestos para ellas? ¿Trabajáis seriamente para estar en ellas? ¿Imploráis habitualmente para ello la ayuda de Dios?

La reflexión siguiente, que es con seguridad de la mayor importancia, ¿se ha presentado alguna vez a vuestro espíritu? ¿Estoy en estado, soy digno de pronunciar estas palabras: Padre Nuestro? ¿Amo a Dios, amo al prójimo suficientemente para esto? Si estoy en pecado mortal, ¿cómo me atrevo a llamar a Dios mi padre, sin tener ni contrición de mi pecado, ni deseo de apartarme de él? ¿El Espíritu Santo puede exclamar en mí: ¡Padre! cuando lo he echado de mi corazón? Si odio a mi hermano, si le deseo el mal; si tengo una secreta alegría de lo que le sucede; si ejerzo sobre sus defectos y sus vicios, quizá sobre sus buenas cualidades y sus virtudes, la maldad de mis juicios y la intemperancia de mi lengua; si oigo con gusto

que se le critica, y si muevo a ello a los otros; ¿con qué cara me atrevo a llamar a Dios: Padre Nuestro? ¿Lo reconozco como padre de este prójimo que detesto, y que despetto? ¿Lo reconozco como mío, cuando mis sentimientos están tan opuestos a los suyos? ¿No ha declarado San Pablo que el Espíritu de adopción, el Espíritu de caridad, es el que dice en nosotros, y quien nos hace decir: Padre, Padre? ¿Habita en mí, ora en mí, si no amo a mi hermano?

Quiero que vuestra disposición no sea totalmente criminal. Esto es, con respecto a Dios, un estado de tibieza y de cobardía; con respecto al prójimo, un estado, incluso pasajero, de resentimiento, de prevención, de indiferencia, de insensibilidad. ¿Podéis decir: ¡Padre Nuestro! como Jesucristo ha requerido que lo dijerais?

Lo comprendéis: la determinación eficaz de mantenerse siempre en estado de pronunciar estas palabras, del modo que debe pronunciarlas un Hijo de Dios, basta para santificarnos, porque entonces no se mantendrá nada en el corazón, que hiera por poco que sea el amor de Dios, o el amor del prójimo.

III. ¡Padre Nuestro que estás en los cielos!

¡Nuestro padre que está en el cielo! ¡y nosotros estamos en la tierra! ¡Triste y dolorosa separación para un corazón que ama!

Sería inconsolable, si no supiera que tal es la voluntad de Dios, y que esta separación no tendrá lugar más que por un tiempo, después del cual los hijos estarán reunidos para siempre en la morada paterna.

Ya que el cielo es la morada de mi Padre, es pues mi verdadera patria, según el significado mismo de esta palabra Patria, que significa país del padre. De este modo, soy extranjero en la tierra; para mí no es más que un lugar de tránsito. Dios me mantiene en ella a prueba, a fin de que, por mi fe, por el ardor de mis deseos, por mi fidelidad en obedecerle, merezca que El me vuelva a llamar hacia El y me coloque junto a El en el cielo, de donde mi alma tiene su origen, y a donde ella debe aspirar a volver. Este alma toda espiritual no tiene nada de común con la naturaleza corporal; los objetos terrestres son indignos de su estima y su afecto; no tiene ninguna necesidad de ellos para ella misma; y si busca gozar de ellos, no es más que en razón del cuerpo al que está unido, y de la vida mortal y perecedera, que es la consecuencia de esta unión.

Pero, ¿qué es el cielo, que es la morada de Dios?

¿Es esta bóveda azulada y sembrada de estrellas, que está por encima de nuestras cabezas y que la Escritura llama Firmamento? No; de manera impropia, y para adecuarse a nuestras ideas Los Santos Libros han hecho de este firmamento, de este cielo, el palacio y la mansión de Dios. Como está a una distancia prodigiosa de la tierra; como su vasto límite es de una extensión inconcebible; como, a excepción de los astros que brillan en él, no presenta a los sentidos más que un espacio vacío; como un orden invariable reina en los movimientos de estos cuerpos celestes, como todo en él es armonía, silencio, reposo, al menos aparente, y al contemplarlo, la imaginación nos eleva por encima de las cosas de la tierra, separa, por así decirlo, nuestra alma de su cuerpo, y la transporta a este lugar de paz; por todas estas razones, es la imagen natural del cielo puramente intelectual donde Dios reside, y sirve para darnos una idea grosera, proporcionada a nuestra actual manera de imaginar, en la que siempre entra lo material.

El cielo propiamente dicho, es Dios, es su inmensidad. No hay, no puede haber para El otro lugar que El mismo; y cuando decimos: ¡Padre Nuestro que estás en los Cielos! es como si dijéramos: Padre Nuestro, que existís, y que habitáis en Vos mismo; cuya sustancia tan simple como infinita llena todo; y en el que, como en un espacio sin medida y sin límites, subsisten todos los seres creados.

Cuando el impío pregunta burlándose: ¿Qué es el Cielo? ¿Dónde está el Cielo? si no lo sabe, se confunde con el pueblo ignorante y grosero; si no lo imagina, es defecto de inteligencia; si finge no entenderlo, es malicia.

Estoy, pues, desde el presente, en esta inmensidad de Dios. Porque ¿dónde podría existir en otra parte? Pero no estoy en él, como estaré o como espero estar un día. Conozco a Dios aquí abajo; pero muy imperfectamente. Pienso en El; pero distraído habitualmente por mis necesidades, por mis asuntos, por los objetos que me rodean. Lo amo; pero con un amor que no es nunca totalmente puro, y que mi voluntad sin cesar solicitada desde fuera, puede trasportar a otra parte. Lo poseo; pero más bien por la esperanza que por el disfrute; y esta posesión que la fe me procura, puedo siempre perderla por mi culpa. No será así en la otra vida. No podría explicar ni comprender cómo estará mi alma entonces en la inmensidad divina. Pero yo sé que verá a Dios, es decir que lo conocerá con toda la capacidad de su entendimiento, según el grado de gloria que haya merecido. Sé que estará siempre ocupada en la contemplación de Dios; y que ningún otro pensamiento, ninguna necesidad, ningún asunto, ningún objeto la distraerán de ello. Sé que amaré con toda la fuerza de su voluntad, con un amor que no podrá ser apartado más, ni compartido, ni debilitado. Sé que poseeré a Dios con una unión íntima e inmediata, con la seguridad de no ser jamás separada de El. Tales son las princi-

pales diferencias entre mi estado presente que debe pasar, y mi estado futuro que no acabará jamás.

En cuanto al cielo en donde estarán los cuerpos gloriosos después de la resurrección, la Escritura me enseña que habiendo consumido el fuego el cielo y la tierra esta que vemos, en la materia que los compone, Dios formará nuevos cielos y una nueva tierra, que participarán de las cualidades de los cuerpos revestidos de gloria, y que tendrán una afinidad conveniente con ellos.

¡Cuántas razones tengo para suspirar por el cielo, mi verdadera patria, la mansión de mi felicidad, donde mi Padre me espera, a donde me invita, donde me enseña el lugar que me ha preparado! ¿Puedo pronunciar estas palabras: ¡Padre Nuestro que estás en los Cielos! sin lanzarme hacia El con los más vivos deseos; sin arrancarme con esfuerzo de las cosas de aquí abajo que me retienen y me impiden tomar mi impulso? Puesto que mi Padre está en el Cielo ¿cómo puedo yo disfrutar en la tierra, y buscar lejos de El una felicidad imaginaria? Todo lo que tengo que hacer es someterme a su voluntad. Es El quien me ha relegado a esta prisión tenebrosa por un tiempo, cuyo término solo El conoce. El me ha puesto aquí, con el deseo de poner a prueba mi obediencia y mi amor, porque quiere que mi morada eterna en su casa sea una recompensa, y que llegue a ella a título de mérito. Por su parte, es una gracia, un favor al cual no tenía ningún derecho: por la mía, debe ser una adquisición, una conquista, y todos mis cuidados deben tender a estimar lo que vale, a desearla, a no ahorrar nada para obtenerla, a despreciar, a huir, a detestar todo lo que pudiera desviar a otra parte mis pensamientos y mis afectos.

¡Cuánto merecería el reproche, si, asediado de males de toda especie, rodeado de objetos que no tienen nada de gratificante, nada de real para las necesidades de mi alma; rodeado de falsos placeres, de falsos honores, de falsas ri-

quezas; a cargo de mí mismo, y sin cesar expuesto a las injusticias de los hombres, no me mantuviera con la consoladora perspectiva de los verdaderos bienes, bienes sin mezcla, bienes estables y permanentes que me ofrece mi Padre, lo que no encontraré más que junto a El! ¡Ay! en todo momento debo exclamar ¡Qué largo es mi peregrinar! ¡Qué extranjera está mi alma y desplazada aquí abajo! ¡Qué viaje! ¡Qué penas y qué peligros en el mar tempestuoso de este mundo! ¿Cuándo descubriré, aunque sea de lejos, el puerto y la patria? ¿Cuándo arribaré? ¿Cuándo estaré en una perfecta seguridad?

¡Oh muerte! Tu recuerdo me ha asustado hasta ahora, porque no consultaba ni los deseos profundos de mi alma, ni las ideas de la religión. Pero lejos de temerte, en adelante te espero con santa impaciencia. Tú eres el fin de mi triste carrera, tú eres el principio y la entrada a mi felicidad. Eres tú quien debes abrirme la morada de mi Padre, y hacerme entrar en ella. ¿Qué es después de todo esta vida de la que tanta pena me da separarme? Un exilio, una larga y fastidiosa cautividad. Un exiliado, que arrastra su desgracia de región en región, ¿no recibe con alborozo la noticia de su vuelta? Un prisionero ¿cree hacer un sacrificio, cuando le cortan los hierros, lo sacan de su calabozo y lo devuelven a la luz? ¡Ah! ¿vendrá pronto el momento en que vea de nuevo mi patria, en que mi padre me reciba entre mis brazos, en que goce plenamente para siempre de la dulce libertad de sus hijos?

¡Cristianos! ¿son éstos vuestros sentimientos? ¿La recitación tan frecuente del Pater os los ha inspirado? ¿Qué bien os ha hecho pues esta divina oración, si no ha encendido en vosotros el deseo del Cielo; si todavía tenéis apego a la tierra; si tenéis cariño a todo lo que os ata a ella; si, cada día, multiplicáis y apretáis vuestros lazos; si establecéis en ella vuestra felicidad; si no conocéis otros bienes sólidos que los suyos, y si por ellos sacrificaríais sin

pena los bienes de la eternidad? Con tales disposiciones no digáis más: ¡Padre Nuestro que estás en los Cielos! Vosotros no véis a Dios como vuestro Padre; ni su morada, el lugar de la gloria y de la inmortalidad, como vuestra Patria. Avergonzaos, humillaos, y confundios, almas bajas, hijos ingratos y desnaturalizados! Sois indignos de la felicidad que vuestro padre os ha destinado, y lo forzaréis a excluirlos de él para siempre, si no adoptáis otros sentimientos.

IV. ¡Santificado sea tu nombre!

Dios no tiene, propiamente dicho, nombre.

Antes de que hubiera creado nada, existía él solo; y, después de la creación, no es menos solo, al no tener ni género, ni especie. Su naturaleza única e incomunicable lo distingue bastante de todo lo que no es El. Sin embargo, quiso darse uno, dándose a conocer a los hombres, y declaró a Moisés que su nombre es: Jehová: El que es. Este nombre, infinitamente santo por si mismo, no tiene necesidad de ser santificado; incluso no puede serlo, al estar por encima de toda santificación; y, además, ¿por quién podría serlo?

¿Qué deseamos pues a Dios, cuando le decimos: Santificado sea tu nombre? Deseamos que todos los hombres lo conozcan, lo adoren, lo amen, le obedezcan, le rindan la gloria que le es debida.

Es justo, está en la naturaleza misma que un hijo se interese en el honor de su padre, que desee su elevación y su gloria; que se alegre de ella, y que contribuya a ella todo lo que esté en su poder.

Pero, si el deseo que formamos para Dios es sincero,

es evidente que la primera cosa que tenemos que hacer es santificar nosotros mismos su nombre. Por ahí es por donde hay que empezar; y el deseo de que los otros lo glorifiquen no es más que una consecuencia de la determinación en la que estamos de glorificarlo nosotros mismos. Si no hacemos nada por la gloria de Dios, si ella no está a la cabeza de todas nuestras intenciones, y no es el fin principal de nuestras acciones; si incluso apenas pensamos en ella, y si el interés nuestro nos guía en el culto que le rendimos, es una especie de burla decirle: ¡Santificado sea tu nombre! puesto que siendo tan fríos, tan descuidados de la gloria que debería llegarle desde nuestra parte, lo seremos con más razón de la que debe esperar de los otros.

¿A qué me obliga pues este deseo, este celo de la santificación del nombre de Dios?

Me obliga a santificarlo ante todo en mi persona, consagrandolo a la gloria de Dios todo mi ser, mis pensamientos, mis afectos, mis acciones; y no sólo no permitiéndome nada que lo deshonne, sino no dejando escapar ninguna ocasión de glorificarlo. Si me comporto así respecto a Dios, tengo motivo para creer que no le digo en vano: Santificado sea tu nombre, y que tengo en el corazón lo que mi boca pronuncia. Porque no puedo aplicarme a glorificar así a Dios, más que en la medida que aspiro a amarlo con un amor puro; consistiendo la pureza del amor en considerar primeramente y por encima de todo el interés del objeto amado.

Pero, si aspiro a amar a Dios de esta manera, me es imposible no desear que sea amado y glorificado igual por los otros hombres, porque el homenaje que yo le debo, todos se lo deben igualmente. Y este deseo me llevará a emplearme a este fin con toda mi fuerza, según mi estado y mis facultades. Me llevará a preguntar a Dios de qué manera quiere que le procure su gloria, y a secundar

con ardor los deseos que tiene sobre mí. Me llevará a pensar que no estoy en la tierra, que no tengo talentos, crédito, autoridad, más que para hacer honrar a Dios, y a considerar como perdido cualquier otro uso que haga de mi tiempo, de mi libertad, y de las cosas que están a mi disposición.

Me aplicaré pues primeramente a que sea glorificado por las personas que están bajo mi dependencia inmediata: por mi mujer, por mis hijos, por mis domésticos. Si ocupo un rango distinguido, si ocupo un lugar importante en una ciudad, en una provincia, en el ejército, en el Estado, emplearé lo que tengo de consideración y de poder en hacer observar sus mandamientos y los de su Iglesia; en hacer respetar su culto, sus templos, sus ministros; me opondré con fuerza a todo tipo de escándalo, y no dejaré a sus autores impunes.

Es fácil para cada uno conocer en este punto sus obligaciones; se extienden a todo lo que está a cargo de uno por estado, o por comisión, de hacer o de impedir.

Si tal debe ser el celo de los simples fieles por la gloria de Dios, ¡cuál debe ser el de los obispos, los curas párrocos, los superiores de comunidades, los predicadores, los confesores, cuyo ministerio tiene por objeto directo la santificación del nombre del Señor! Únicamente para ello los ha revestido del sacerdocio, y se los ha especialmente consagrado. Ellos son responsables de la gloria que ha deseado procurarse por medio de ellos, y se la exigirá a ellos con una cuenta severa.

Todos los días decimos a Dios: Santificado sea tu nombre.

¿Quién de nosotros se aplica a santificar este nombre por sí mismo, y a santificarlo tanto como puede, tanto como Dios lo desea y espera de él? Porque esta es la regla y la medida de nuestro deber. ¿Quién de nosotros trabaja por hacerlo santificar por los otros, siguiendo la misma

regla y la misma medida? Toda omisión, toda negligencia en este aspecto es culpable; ¿y hasta dónde no se extiende esto? Juzguémoslo por estas palabras de San Pablo: Hacedlo todo para la gloria de Dios; ello comprende hasta el beber y el comer, y no excluye ninguna cosa. No se trata de un consejo sino de un precepto que afecta a todos los cristianos. ¡Ah! Este santo nombre ¿sería profanado, ultrajado, blasfemado, como lo es hoy día, si cada uno cumpliera en este punto sus obligaciones? Pero ¿cómo las cumpliría uno? Ni siquiera se piensa en instruirse al respecto. No, no hay casi nadie, ni siquiera en los estados más santos, que haya seriamente considerado hasta qué punto está obligado a santificar el nombre de Dios, y hay aún menos que sigan exactamente hasta allí sus luces y su conciencia. ¿Es pues una vana fórmula que recitamos? ¿Y creemos haber cumplido con todo por haber dicho tres palabras?

Observad conmigo que diciendo a Dios: Santificado sea tu nombre, entendéis necesariamente, en tanto que puede y debe el ser de todos los que están destinados a santificarlo, comenzando por vosotros.

¿Comprendéis todo lo que esta petición o este deseo encierra?

Este nombre del verdadero Dios no es conocido por los idólatras, que son todavía un gran número, al menos en tres partes del mundo. Pedís que renuncien a sus falsas divinidades, para adorar solamente al Dios único. Pedís que ilumine a estas pobres naciones sentadas a la sombra de la muerte, que les envíe celosos misioneros cuyas predicaciones bendiga, y que levante todos los obstáculos que los demonios y las potencias del siglo oponen a su conversión. Si, por algún medio sea cual sea, depende de vosotros favorecer y avanzar en esta santa empresa, ¿podéis, sin algún remordimiento de conciencia, dispensaros de ello, o comportaros negligentemente? Y si, estando

comprometido en las Ordenes sagradas, Dios os llamara a esta gran obra, ¿podríais ser sordos a tal vocación, y no decir como el Profeta Isaías: Aquí estoy, enviadme (Isaías, VI,8).

La religión de Jesucristo, del Hijo único de Dios, produce horror a los secuaces de Mahoma. Pedís que Dios les abra los ojos sobre la impostura de este falso profeta, y que aniquile por fin esta secta enemiga del nombre cristiano, que domina desde hace tantos siglos en inmensas regiones donde el cristianismo era antaño tan floreciente, y que no aspira a extenderse más que para destruirlo por todas partes.

La Iglesia católica, centro de esta religión, es calumniada y perseguida por los heréticos y cismáticos, que se han separado de ella con gran alboroto y escándalo, y que la han encerrado desde hace tres siglos en límites muy estrechos, a ella que debía ser la luz del universo. Pedís que reconozcan sus errores, que vuelvan de sus injustas prevenciones, que renuncien a su obstinación, y que llenen de alegría a su Madre, volviendo a su seno.

El libertinaje y la impiedad amenazan invadir lo que queda de dominio a Jesucristo y a su Iglesia. Acabamos de comprobar los efectos de su audacia; han desvelado sus funestos complots; y, sin una Providencia especial que vele sobre este reino, los hubieran llevado a cabo plenamente. Sus celosos emisarios han sembrado en las regiones vecinas el veneno de su detestable doctrina; y toda Europa ha estado a punto de ser el teatro de una revuelta universal contra Dios y los poderes que son sus representantes. Pedís que esta raza impía, que desconoce hasta la existencia de un primer Ser y de la ley natural, se convierta o perezca; que la autoridad secular y eclesiástica tome las medidas más justas y más eficaces para ahogar el germen de esta peligrosa filosofía, y desenraizarla de todos los espíritus y de todos los corazones.

En todas partes, las diversas órdenes del Estado tienen necesidad de reforma; el clero, por encima de todo, de más ciencia, y de más santidad, puesto que debe la instrucción y el ejemplo a todos los otros. Los espantosos desastres de los que el Poder y la Iglesia de Francia han estado a punto de ser víctimas, lo prueban suficientemente; y, si no se produce un cambio rápido y duradero en nuestras ideas y en nuestras costumbres, desgracias quizá más grandes son inevitables para nosotros. Pedís que todos vuelvan a si mismos, que se confiesen culpables, que imploren la misericordia divina, y que en lo sucesivo reparen por medio de una conducta irreprochable los males y los escándalos que han causado. Pedís en una palabra que cada cuerpo, cada familia, cada cristiano sea santo con la santidad propia de su estado, y que Dios sea glorificado en todos, como quiere y debe serlo. Las oraciones solemnes que la Iglesia le dirige el día del Viernes Santo están comprendidas en estas simples palabras: ¡Santificado sea tu nombre! ¿Habíais hecho esta reflexión? ¿Empezáis a daros cuenta cuánto se extiende en su objeto esta oración tan corta?

¿Imagináis en particular cuánta perfección exige de vosotros? Quiere que el primer deseo de vuestro corazón, al que se refieren todos los otros, sea la gloria del Padre celestial; y no simplemente su gloria, sino su mayor gloria. Quiere que la busquéis, que la procuréis vosotros mismos, en todo, cada día, en cada instante del día. Quiere que, no contentos con vuestros esfuerzos personales, deseéis ardientemente que los otros hagan igual, y que os superen. Quiere finalmente que el cielo os seque y os devore, que no respiréis más que por Dios, y que no ceséis de reprocharos el no glorificarlo bastante.

¿Estamos en este punto, vosotros que leéis esto, y yo que lo escribo?

Pensad en lo que Jesucristo tenía en el espíritu, cuan-

do nos dictaba esta petición, y el sentido que le daba. Pensad en la manera en la que él mismo santificó el nombre de su Padre; y que principalmente en este punto nos ordena ser imitadores suyos. Pensad en lo que es Dios, lo que merece, lo que ha hecho por vosotros, lo que os promete, lo que espera de vosotros. ¡Es posible que un cristiano vaya demasiado lejos, cuando se trata de glorificarlo! Sería una blasfemia el pensarlo. Una vez más, ¿cómo cumplimos el objeto de esta petición? Es la primera, es la más importante. No somos dignos del título de Hijos de Dios, más que en proporción del interés que tomemos en la gloria de nuestro Padre; y él mismo no nos glorificará más en la medida que lo hayamos glorificado. ¿Qué recompensa estaríamos en condiciones de prometernos de El, si llegáramos a morir en este momento? Pensemos en ello un poco; el asunto lo merece.

V. ¡Venga a nosotros tu reino!

¿Qué reino deseamos a Dios?

No es el que ejerce sobre la naturaleza, en calidad de creador y conservador de todas las cosas; porque las leyes que ha establecido a este respecto tienen siempre su efecto. Ningún ser puede frustrarlas, ni sustraerse a ellas; y, cuando las deroga El mismo por algún prodigio, actúa siempre como Amo absoluto, y por una voluntad soberanamente independiente.

No es tampoco el reino de su Providencia moral, por el que lleva infaliblemente a término todos los acontecimientos, incluso los que dependen de la libertad de las criaturas. Los planes de Dios son inmutables; lo que ha decidido no puede dejar de suceder; y el hombre no po-

dría cambiar nada, porque todo está previsto, y dispuesto en consecuencia.

Aún menos es el reino de la justicia y del castigo, que Dios ejerce y ejercerá por siempre sobre las criaturas rebeldes, que han violado sus mandamientos. Este reino es, por así decirlo, forzoso; no viene de la primera intención de Dios. Somos nosotros quienes, por nuestra desobediencia obstinada, lo obligamos a castigarnos, cuando querría tener ocasión de recompensarnos. No deseamos pues a Dios el ejercicio de un reino, que El mismo no desea, y al que está obligado por el pecado.

El reino que pedimos es el que El desea infinitamente, y que consiste en la sumisión voluntaria del hombre a sus órdenes, en el homenaje que le rinde libremente, que reconoce que se lo debe por todos los conceptos, y que lo cumple con tanto amor como fidelidad. Este reino sobrenatural, que es la fuente de la gloria de Dios y de nuestra felicidad, está libre de toda obligación por su parte. El manda, pero nosotros somos libres de obedecer; El invita, solicita, apremia con su gracia, pero nosotros somos dueños de resistirnos; El nos hace reproches, mueve en nosotros vivos remordimientos, cuando faltamos a nuestro deber, pero nosotros podemos no tener ninguna consideración de estos reproches, y endurecernos contra estos remordimientos. En fin, estamos dejados a nuestro propio arbitrio, y depende de nuestra disposición el glorificar a Dios o el ofenderlo. Cualquier otro tipo de dominio sobre nuestras voluntades sería contraria a su plan y no tendría nada de glorioso para El, ni de meritorio para nosotros. Este es el reino que es objeto de la oración que Jesucristo nos ha enseñado, y que debe ser el de nuestros deseos más ardientes. Ninguna otra causa que el amor puede producir en nosotros estos deseos, cuya sinceridad, vehemencia y eficacia dependen del grado de caridad que hay en nosotros.

Este reino de la gracia no tiene lugar más que durante el curso de esta vida mortal; y será seguido de un reino eterno en el que Dios coronará nuestra obediencia, y pondrá su gloria en hacer nuestra felicidad. Este segundo reino es el fin y el objeto del primero; y Dios no reinará sobre nosotros de este modo en la Eternidad, más que en la medida que hayamos estado sometidos en el tiempo al imperio de su gracia. Es nuestro deber desear estos dos reinos aún más para Dios que para nosotros, porque su gloria debe interesarnos mucho más que nuestra propia felicidad.

Pero hay que pedir sobre todo este primer reino, en cuanto que es éste del que Dios es más celoso, el que lo honra verdaderamente, el que no perderá jamás de vista en la otra vida, donde dirá a cada uno de sus siervos: Porque he reinado sobre ti con tu libre consentimiento, ven a reinar ahora conmigo, y recibe una recompensa en la medida de lo que te ha costado el serme fiel hasta el fin.

Porque no hay que hacerse ninguna ilusión. El reino temporal de Dios exige necesariamente de nuestra parte sacrificios, y no es, para hablar con justicia, sino un sacrificio continuo. Todo se opone en nosotros y fuera de nosotros, a su imperio; todo nos lleva a sacudir el yugo, y sólo a fuerza de combates y de violencias perseveramos hasta la muerte en la obediencia. Habría menos gloria para Dios, si sintiéramos menos dificultad en someternos; y una corona tal como la que se nos promete, merece ciertamente el mayor trabajo, y los más penosos esfuerzos. Por lo demás este trabajo y estos esfuerzos son la consecuencia de la corrupción de nuestra naturaleza; y esta corrupción es el efecto del pecado, que Dios ha permitido, pero que no ha querido. Si Adán hubiera perseverado en el estado de inocencia; si nosotros mismos hubiéramos sido cuidadosos de mantenernos en la gracia santificante recibida en el bautismo, no hallaríamos más que

dulzura y facilidad en le ejercicio del reino de Dios en nosotros. Así pues no achaquemos más que a nosotros lo que encontramos de duro y molesto; enfrentémonos contra nuestras malas inclinaciones de donde vienen todos los obstáculos; y bendigamos a Dios por las ayudas poderosas que nos da para triunfar contra ellas.

Todos los días le pedimos que reine en nosotros. Pero ¿es una petición que sale del fondo del corazón? Y ¿hacemos lo que está en nuestro poder para hacer avanzar este reino? La gracia es el instrumento por el que Dios pretende ejercitarla. ¿Nos sometemos a su gracia? ¿Estamos atentos en toda ocasión para escucharla; y ¿la seguimos cuando sabemos lo que quiere de nosotros? ¿Reina Dios sobre nuestros sentidos; y no les permitimos nada contra sus intenciones? ¿Reina sobre nuestra imaginación; y no le permitimos mil desviaciones que nos disipan, o nos llevan al mal? ¿Reina sobre nuestras pasiones; y tenemos cuidado de reprimir los primeros movimientos? ¿Reina sobre nuestro espíritu; nos examinamos para conformar nuestras ideas a las suyas, para juzgar las cosas como El las juzga? ¿Reina sobre nuestra voluntad? ¿No resistimos con frecuencia a la suya? ¿no llevamos con impaciencia y murmuración las menores contrariedades? ¿No nos rebelamos contra los planes de su Providencia, cuando no se acomodan a nuestras opiniones, a nuestros proyectos, a nuestras inclinaciones?.

¿Cuál es el alma sobre la que Dios reina absolutamente sin contradicción? ¿Cual es al menos la que se duele de las resistencias que pone al reino de Dios, que se humilla por ello, que le ruega sin cesar que le haga moldeable y dócil, y que une sus esfuerzos a la oración? ¡Qué escasos son estos cristianos, no digo sólo en el siglo, donde el demonio tiene sin comparación más servidores de Dios; sino incluso en el santuario y en el claustro!

No es que quiera decir que la oposición de las perso-

nas verdaderamente piadosas al reino de Dios llegue hasta la rebelión abierta; estoy bien lejos de tener de ellas una opinión tan mala y una idea tan falsa. Hay todavía un buen número de cristianos resueltos a morir antes que transgredir en materia grave ningún mandamiento con deliberado propósito. Pero ¿a esto hay que limitar el reino de Dios? ¿Y puede uno vanagloriarse de obedecerle por amor, cuando uno no se propone ir más lejos? ¿No espera Dios más de nosotros? ¿Y Jesucristo habría reducido el sentido de una oración que nos pone en la boca, a no resistir a las órdenes a que su Padre nos anima bajo pena de incurrir en su desgracia? Esto no puede ser. Un padre según la carne pretende, y tiene el derecho de pretender mucho más de parte de sus hijos. Dios, que tiene títulos infinitamente superiores, quiere reinar plenamente y perfectamente sobre nosotros. Jesucristo lo ha entendido, y ha querido que nosotros lo entiendiéramos de esta manera. Este reino pleno y perfecto abarca todo, y no nos deja libre disposición de ningún pensamiento, de ninguna palabra, de ninguna acción. Es necesario que Dios por medio de su gracia regule, gobierne, mantenga al hombre enteramente bajo su dependencia, en todo tiempo, en todo lugar, en toda circunstancia. No podéis sustraer nada a su imperio; la menor cosa heriría su celo.

¡Así pues no puedo, diréis, disponer de mí en nada! No, renunciáis expresamente a ello cada vez que decís: Venga a nosotros tu reino; y, si no es vuestra intención, dáis a estas palabras una interpretación que Dios rechaza. Concedid, os ruego, que el reino de Dios debe depender necesariamente de la infinitud de su naturaleza, y que no hay que asimilarlo al reino de los hombres, cuyos derechos son limitados. Los de Dios no lo son, y no pueden tener ningún límite; y, si vosotros se los ponéis, desnaturalizáis su imperio.

No podría insistir demasiado sobre esto, porque el or-

gullo y el amor propio tienden siempre a disminuir nuestra sujeción.

¿No es necesario que, como hombre, la razón presida toda vuestra conducta; y que no haya nada que ella desapruebe? ¿Y cuál es esta razón que impone tal ley al hombre, sino la razón eterna? ¿No es necesario igualmente que, en calidad de cristiano, de criatura destinada a un fin sobrenatural, la gracia presida todo el trascurso de vuestras acciones, que estáis obligados a dirigir a este fin, que en consecuencia deben ser hechas por un principio sobrenatural, y que no lo serán jamás, si Dios no las anima y las dirige con una moción especial? La razón y la gracia son pues los dos medios por los que Dios ejerce su reino sobre vosotros; y el concurso de la una y la otra es necesario, para que estéis sometidos a Él como hombre y como cristiano. No hay ninguna réplica a esto; y hasta aquí debéis medir la extensión del reino de Dios, y la de vuestra dependencia voluntaria.

No vayáis a decirme: Pero yo no seré condenado, si debilitase en algo los derechos de Dios; y ¿quién se salvaría, si estuviéramos obligados a llevar su reino hasta este grado de perfección? —Os respondo claramente que un cristiano que piensa de esta manera no entra en el espíritu de la Oración Dominical, y que se aparta de él por completo. Reflexionad que en esta oración vuestra salvación va en segundo lugar; y que el reino de Dios es su primer objeto, mucho más importante en sí mismo, que en relación a vosotros. No es cuestión de discutir hasta qué punto debéis hacer reinar a Dios en vosotros, para aseguraros vuestra salvación. ¿Quién podría definirlo con seguridad? Nadie en el mundo; y vuestro propio interés os prohíbe una discusión semejante, o bien os arriesgáis evidentemente a equivocaros.

Pero, aunque fuera posible determinar este punto, ¿es conveniente para un hijo de Dios detenerse en él? ¿No se

deshonra por la bajeza de sus sentimientos, cuando limita a su propio interés el ejercicio de los derechos de un Padre así, y sólo se considera a si mismo en la sumisión que le rinde? Tendríais vergüenza de manifestar semejantes disposiciones a vuestro padre terrenal: ¡Y no os abochornáis de actuar bajo estos principios con respecto a vuestro Padre que está en los cielos! ¡Ah! ocupaos del reino de Dios en vosotros, y dejadle. Él la asegurará tanto más cuanto más os vea ocupado en sus intereses antes que en los vuestros. Si lo amáis, y podéis acrecentar sus derechos sobre vosotros ¿deberíais dudar un momento? ¡Este reino paterno es dulce! Ningún padre lo ha ejercido nunca con tanto comedimiento. Si sus pretensiones van tan lejos, es que no puede exigir menos sin faltarse a si mismo; y, por otra parte, si la gloria es para Él, todo el beneficio es aquí para vosotros. Él no podría perder nada; y vosotros lo ganaréis todo.

En lugar pues de achicar en vuestro interés el imperio de su gracia, desead más bien que este imperio se extienda sobre todos los hombres.

Dad a Dios súbditos.

¡Que reine en vuestra casa, y en los lugares en donde tenéis alguna autoridad! ¡Que reine sobre las almas cuyo cuidado os ha confiado! ¡Que vuestras conversaciones, vuestros ejemplos, vuestras buenas obras, vuestras predicciones, vuestros escritos, todas vuestras empresas tengan por objeto ganar corazones para Él! ¡Que el universo entero esté incluido en vuestra intención, cuando le decís: ¡Venga a nosotros tu reino!

Sed infinitamente sensibles a todo lo que concierne el honor de la religión, la propagación de la fe, el progreso de la piedad, aunque fuera necesario que os consumiérais la sangre por una causa tan hermosa, consideraos dichoso; porque en efecto lo sois.

Tales deben ser los deseos de los cristianos.

La Oración Dominical está destinada a encenderlos, a mantenerlos, y a aumentarlos en él cada día.

¡Que a partir de este momento produzca este efecto en vosotros!

VI. ¡Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo!

¡Qué perfección en este deseo!

Deseamos que Dios no encuentre más oposición a sus voluntades en nosotros, que la que encuentra en los Bienaventurados.

Es imposible desear, ni pedir nada más perfecto; y, si realizásemos este deseo, si practicáramos lo que pedimos, Dios sería obedecido tan prontamente, tan puntualmente, con tanto afecto y desinterés por sus hijos de la tierra, como lo que es por los ángeles y los santos en el Cielo. Una sola voluntad domina en el cielo, la de Dios; domina en todo y siempre y sobre todos; domina sin ningún obstáculo. No basta decir: todo conspira a hacerla reinar, y no se puede querer otra cosa que su perfecto cumplimiento. ¿Por qué el cielo no es aquí el modelo de la tierra? ¿Por qué no somos en este punto la imagen fiel de los espíritus gloriosos? Es la voluntad del Padre celestial; es la intención de Jesucristo; y nos ha enseñado la Oración Dominical sólo con esta intención.

Ningún deseo es más natural a los hijos; ninguna petición es más justa; y quienquiera que no tenga este sentimiento en el corazón, no honra a Dios como lo merece, y no es digno de llamarlo con el nombre de Padre; porque no es más Dios del Cielo, que de la tierra; y no es más Padre de los Bienaventurados, que el vuestro; tiene en con-

secuencia los mismos derechos a nuestra obediencia que a la suya, y su voluntad, principio del orden, es esencialmente la única ley de toda criatura inteligente, bien que está todavía en el camino, bien que haya llegado al término.

Si estamos dotados de libre arbitrio, es para dar precio a nuestra sumisión que no tendría ninguno sin ello; y no para autorizarnos a hacer nuestra propia voluntad. La libertad no nos da derecho a disponer de nosotros mismos, y a sustraernos al dominio de Dios. ¿Cómo lo glorificaríamos, cómo nos haríamos dignos de la recompensa eterna, si no fuéramos libres? Por estos dos fines Dios nos ha creado así, y en absoluto para dispensarnos de lo que le es debido. La imperfección de la libertad aquí abajo consiste en el abuso que podemos hacer de ella, prefiriendo nuestra voluntad a la de Dios. En el cielo, como lo prueba san Agustín, este defecto de la libertad será suprimido; ya no se podrá hacer mal uso de ella, y estará toda consagrada a querer lo que Dios quiere. «No es cierto, dice el santo Doctor, que los Bienaventurados no tendrán libre arbitrio, porque el pecado no tendrá ya atracción sobre ellos; por el contrario, serán aún más libres, estando liberados del deseo de pecar, hasta el punto de no poder sentir otro deleite que el de no pecar. Porque, añade, en el libre arbitrio que fue dado al hombre, en la primera intención con la que fue creado, podía tanto no pecar como pecar; mientras que, en este último estado, el libre arbitrio será tanto más fuerte, cuanto que será incapaz de pecar (De civit. Dei, lib. XXII, cap. XXX), acercándose en esto a la libertad divina, cuya perfección es la absoluta ausencia de pecado.

Así, nuestra libertad actual, que es un don de Dios, no impide que su voluntad no deba ser nuestra regla, como es la de los santos en el Cielo; y lo que hace a su estado infinitamente preferible al nuestro es que no tienen la

desgracia de poder apartarse de esta regla, poder que produce el desorden y el peligro en nuestra condición. Pedimos en la Oración Dominical que este poder quede sin ejercitarse, y que no lleguemos nunca a hacer uso de él, para apartarnos por poco que sea de la voluntad divina. Tenemos sin duda que luchar, y luchar valientemente, y sin descanso, para llegar a esto. Pero lo que hace que esta lucha sea necesaria, no es la libertad, son nuestras malas inclinaciones, que no tienen nada en común con ella, y que son la consecuencia de nuestra imperfección natural, considerablemente aumentada por el pecado.

Lo que hace que en el Cielo la voluntad divina no experimente ninguna resistencia, es que ningún objeto exterior mueve a la criatura a oponerse a ella, no pudiendo nada sobre los sentidos, ni sobre la imaginación, ni sobre las pasiones, de los que los unos no existen ya, y los otros están satisfechos por la posesión del Soberano Bien. Es que no hay ya espíritu propio, ni voluntad propia, ni interés personal. Se ven las cosas y se las juzga, como Dios las ve y las juzga. Así, no teniendo otra manera de pensar, no se le contradice en nada; se aprueba lo que El aprueba, se condena lo que El condena.

Además, la voluntad creada no tiene en el Cielo ningún deseo, ni afecto, ni determinación, que pueda decir que es suyo, y nacido de su propio ser; ama todo lo que Dios ama, porque El lo ama; odia todo lo que El odia, porque El lo odia. Porque el amarse y el buscarse a si mismo, está absolutamente desterrado del Cielo. Allí no se conoce otro interés que el interés de Dios, otro amor que el amor de Dios; uno no está ni siquiera apegado a su propia felicidad sino en subordinación al placer de Dios; o más bien uno goza tanto de su felicidad, que no se apega uno a ella con espíritu de propiedad. Así no se tiene ningún motivo de querer otra cosa que lo que Dios quiere, ni de quererlo de otra manera que como Dios quiere.

Tal es la perfección a la que el cristiano debe tender en la tierra; y por ello el evangelio le impone una ley tan expresa de desprenderse de los objetos creados y de renunciar a si mismo. ¿Por qué este desasimiento? Porque los objetos exteriores lo atraen, y seducido por sus engañosos encantos, está inclinado a entregarse a ellos contra la voluntad de Dios, que le ordena amarle a El solo, y todo lo demás en relación a El. ¿Por qué esta renuncia a uno mismo? Porque el orgullo es en si un principio de independencia, y el amor propio un amor exclusivo, que le hace dirigir todo hacia sí, y sacar de su interés personal los motivos que lo determinan.

El Señor nos ha enseñado a decir: «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo».

Pero ¡qué! ¿Jesucristo pretende que no haya ninguna diferencia a este respecto entre los habitantes del Cielo y los de la tierra?

Sí, pretende que no haya ninguna, en cuanto al fondo y a la disposición de la voluntad. Y esto debe ser. Al no ser Dios, como he dicho, nada menos para nosotros que para los Bienaventurados; y siendo su dicha no menos nuestra ley suprema que la suya, ¿dónde estará la diferencia? Porque debe haber una, e incluso muy grande. Estará en que nuestra sumisión tiene obstáculos que vencer, y la de los Bienaventurados no; en que sentimos repugnancias de las que ellos están libres; en que estamos siempre expuestos a faltar más o menos a la voluntad de Dios, y ellos no tienen nada parecido que temer. Por ello nuestra obediencia es un mérito a causa de su dificultad, y la suya una recompensa. Por haber combatido, no tienen que combatir más; por haber superado las repugnancias, no las sienten ya; por haber sido fieles hasta la muerte, están seguros de serlo siempre. Estas diferencias, como se ve, son de estado, y no en los sentimientos o las disposiciones, que deben ser las mismas en nosotros. Es necesario

que nos cueste trabajo hacer aquí abajo la voluntad de Dios, a fin de que allí arriba no nos cueste ninguno el someternos. Pero el esfuerzo que sentimos ahora, al venir de la corrupción de nuestra naturaleza, no debe tener ninguna influencia sobre la determinación de la voluntad; por el contrario, esta determinación debe ser aún más fuerte y más generosa.

¿Es posible, se me preguntará, que la voluntad de Dios se haga sobre la tierra tan perfectamente como se hace en el Cielo? ¿No es un deseo puro, una perfección que debilidad humana no podría alcanzar?

Si la cosa no fuera posible, ¿lo hubiera convertido Jesucristo en una de las principales peticiones de su oración? El reconocía sin duda mejor que nosotros nuestra debilidad; pero conocía también la fuerza de la gracia, y lo que puede en un corazón que se entrega enteramente a ella. Aquí hay que aplicar lo que ha dicho en otra ocasión: Es imposible a los hombres; pero todas las cosas son posibles para Dios (Matth., XIX, 26). El hombre abandonado a sí mismo no puede nada; pero, sostenido por la gracia, lo puede todo, como San Pablo no temía decir. Es posible con la gracia tener un deseo sincero de cumplir la voluntad divina, como la cumplen los santos en el Cielo. Es posible, cuando uno se ha resistido a ella, cuando uno ha dudado mucho tiempo, cuando uno ha murmurado, humillarse, arrepentirse, hacer el propósito de no volver a caer, y de llegar por fin a una entera conformidad de voluntad con Dios. La fragilidad humana, por grande que se suponga, es capaz de esta perfección; y los santos son la prueba de ello. Lo que no impedía que, en su mismo estado de santidad, se les escaparan algunas faltas leves. Pero estas faltas pasajeras y de sorpresa no alteraban el fondo de sus disposiciones, y no dejaban de ser dependientes de la voluntad de Dios.

Ahora bien, esto es precisamente lo que Dios exige de

nosotros, lo que Jesucristo nos ordena pedir, y a lo que debe encaminarse la vida cristiana.

Examinemos la nuestra en este sentido.

Cada día, digo a Dios: Hágase tu voluntad así en la tierra como en el Cielo. ¿Hago esta voluntad en lo que depende de mí? ¿Me someto a ella en lo que no depende de mí? Este pensamiento: Dios lo quiere, ¿es el gran motivo de mis acciones? ¿Es mi sostén y mi consuelo en lo que tengo que sufrir? ¿Me esfuerzo cada vez más en conformarme a este deseo divino, haciendo ceder los vanos razonamientos de mi espíritu, y las rebeliones de mi corazón? ¿Pongo mi perfección en no salirme del orden de la Providencia, en no formar por mi cuenta ningún otro proyecto, en no disponer en nada de mí mismo, en estar contento de todo lo que me sucede?

Si, después de un serio examen, podéis responderos que así son vuestras disposiciones, decís con fruto la Oración Dominical, y cumplís las intenciones del Hombre-Dios que os la ha enseñado. Si no podéis daros esta seguridad moral, en vano os enorgullecéis de tener el espíritu del Cristianismo, y de su divino Autor.

Por otra parte, no se os pide llegar de golpe al más alto grado de perfección. ¿Quién no sabe que la vida cristiana es un aprendizaje continuo, y que hay siempre que adquirir algo, por avanzado que se esté?

No os asustéis pues de la perfección que se os propone, y no lo toméis como pretexto para dispensaros de emprenderla. Lo que se quiere de vosotros es una fuerte determinación a someteros en todo a la voluntad de Dios: es una atención continua en practicar esta sumisión, haciéndos violencia en ocasiones; es un arrepentimiento sincero cada vez que os apartáis de ella, y una fidelidad pronta a volver a la primera advertencia de la gracia. Este es el plan sobre el que debéis regular vuestra conducta, y el que, por el celo por la gloria de Dios, debéis desear, acon-

sejar, inspirar a los demás, animándolos según la necesidad con vuestras charlas y vuestros ejemplos y ayudándolos con vuestras oraciones.

Si rechazáis incluso esto como algo que es de una perfección demasiado elevada, y creéis que la voluntad de Dios se limita para vosotros a sus órdenes expresas y acompañadas de las más terribles amenazas, envilecéis la cualidad de Hijo de Dios, debilitáis en vosotros el espíritu de adopción, y ni siquiera tenéis la idea de la obediencia debida a tal Padre.

Detengámonos todavía un momento sobre estas tres primeras peticiones, y entreguémonos a una consideración importante, que es: que ellas han sido el fundamento de las oraciones de Jesucristo durante su vida mortal.

¿Qué decía a su Padre en sus oraciones? Ninguna otra cosa sino: ¡Santificado sea tu nombre! ¡Venga a nosotros tu reino! ¡Hágase tu voluntad así en la tierra como en el Cielo! Siendo como era Hombre-Dios, no podía hacer una oración más santa, ni tener en el corazón deseos más puros; y su vida no ha sido sino un perfecto cumplimiento de ellos. Olvidándose de si mismo, no se ocupó más que de la santificación del nombre de su Padre; no pensó más que en establecer el reino de su Padre; no tuvo otro alimento que la voluntad de su Padre; y, desde su venida al mundo, se ofreció; en su partida, se sacrificó para cumplirla. También le dice inmediatamente antes de su Pasión: Te he glorificado en la tierra; he cumplido la obra que me has encargado hacer; he manifestado tu nombre a los hombres, que me has dado, separándolos del mundo (Juan, XVII, 4, 6).

Sobre estos tres objetos que se reducen a uno, en calidad de Hijo de Dios por naturaleza, hablando a sus hermanos por adopción; en calidad de Maestro, enseñando a sus discípulos; en calidad de Jefe de los predestinados, mostrando el camino del Cielo a los miembros de su

cuerpo místico, no ha debido, ni podido proponernos otras oraciones dirigidas a Dios, que la que el mismo hacía. ¡Qué gloria para mí que Jesucristo se haya dignado a asociarme a su oración! ¡Pero qué confusión, si no la hago con los mismos sentimientos que él; si me excuso de no tenerlos, porque son demasiado perfectos; si soy tan injusto, tan insensato como para medir con la pequeñez de mi espíritu y la bajeza de mi corazón, lo que debo a la santificación del nombre de Dios, al reino de Dios, al cumplimiento de la voluntad de Dios! No había comprendido hasta ahora toda la belleza, lo sublime, la perfección de la doctrina cristiana, y la extensión de los deberes que ella impone. Pero ya estoy bien instruido y convencido. Veo que no he comenzado a ser cristiano; es hora de que adopte el espíritu de Jesucristo, y que imite su conducta, puesto que hago su misma oración.

VII. ¡El pan nuestro de cada día dánosle hoy!

No hay una sola palabra en esta petición que no contenga lecciones útiles.

La primera es que Dios, como el padre de una gran familia, alimenta a sus hijos los hombres. Para merecer su subsistencia, deben ganarla con su trabajo y su actividad. Es la ley general establecida desde el primer pecado. Dios dijo a Adán: Comerás el pan con el sudor de tu frente (Genes., III, 19). La tierra que anteriormente producía todo ella misma, no concede sus frutos más que a un cultivo afanoso. Tal es la penitencia que Dios ha impuesto al hombre culpable; sólo con esta condición consiente en darle pan.

Pero quiere además que el hombre reconozca que lo

tiene por su bondad, y que se lo pida; porque, en efecto su trabajo sería ingrato y estéril, si Dios no lo bendijera.

No es el hombre quien comunica a la tierra su inagotable fertilidad; no es él quien le da a las semillas el poder que tienen de multiplicarse; no es él quien las desarrolla por medio de las lluvias unidas al calor del sol, y quien las lleva gradualmente a una perfecta madurez.

El trabajo de la agricultura es ciertamente el principal, pero no es el único, al que Dios ha sometido al hombre. Toda ocupación del espíritu o del cuerpo, necesaria o útil al mantenimiento de la sociedad humana, está incluido en la sentencia dictada contra el primer hombre, y quienquiera que no trabaja de algún modo, o se entrega a un trabajo inútil o pernicioso, no merece el pan que come, no tiene ningún derecho a pedirlo; y, si Dios se lo da, no es sino por un efecto de esta Providencia general, por la que hace salir el sol sobre los buenos y sobre los malos, y hace caer la lluvia sobre los justos y sobre los pecadores (Matth., V, 45).

Así, la petición que le hacemos de los alimentos y las otras cosas necesarias para la vida, en absoluto nos dispensa del trabajo; e incluso lo da por supuesto, puesto que es nuestro título para obtenerlos; y además Dios nos los concede de tal manera que requieren nuestros cuidados y nuestro trabajo para ser recogidos y conservados, o preparados y dispuestos a nuestros usos. Nuestro trabajo no nos dispensa tampoco del agradecimiento que debemos a Dios, autor de todos los bienes.

Por esta petición, es manifiestamente reprobado todo medio de adquirir injusto y perjudicial para el prójimo; no pudiendo pensarse que Dios da lo que se procura por medio de la injusticia. Y ¿con que cara se le diría: Danos nuestro pan, cuando, para tenerlo, se emplea o el fraude o la violencia, en contra de su expresa prohibición? Eso no es pedirselo; es quitárselo a pesar de El. Así pues todo

hombre a quien la conciencia reprocha el usar vías ilícitas para amasar bienes temporales, es indigno de recitar la Oración Dominical, y, si la recita, pronuncia su condenación.

Danos.

No sólo pedís el pan para vosotros y para vuestra familia, sino para todos los cristianos, vuestros hermanos, sin excluir a los otros hombres. Debéis interesaros por su subsistencia tanto como por la vuestra, puesto que sois todos hijos del mismo Padre. En vosotros hay pues una ambición condenable deseando tener más que los demás; es un orgullo insensato imaginaros que todo esto se os debe; es una injusticia flagrante disminuir o incluso arrebatar su parte para agrandar la vuestra; así como también es una baja envidia el envidiar lo que Dios le ha dado más que a vosotros. Cuando decís: Danos, dejáis a Dios dueño de la distribución, y no pretendéis sin duda someterlo a hacer los repartos a gusto de vuestros deseos.

Por lo demás, si Dios os ha dado mucho, y vuestro hermano no tiene lo necesario, estáis obligados, en virtud de esta petición, a compartir con él y a emplear vuestra abundancia en el alivio de su miseria. Porque Dios quiere dar a todos; os pide que le pidáis por todos, y no entiende esta oración: Danos, en un sentido restringido a nuestras necesidades personales. Así pues si os da más de lo que necesitáis, y deja a vuestro hermano en la necesidad, no es que lo olvide; es que quiere dárselo a través de vuestras manos, haceros practicar a uno y otro las virtudes de vuestra condición, y uniros, por una parte por la generosidad compasiva, por otra por el agradecimiento. Así, cuando vuestro hermano os pide, en nombre de Dios, su parte de la que vosotros sois dueño, rehusársela es no sólo ser cruel e inhumano, es retener lo que no os pertenece, lo que tenéis sólo a título de depósito, y os ha sido confiado para entregarlo al indigente.

Danos hoy.

Pedís para el día de hoy, y no para mañana. El día de mañana, cuando llegue, pensará en si mismo, dice Jesucristo (Matth., VI, 34). Existís hoy, y tenéis necesidad de pan para este día; y Dios, que está encargado de velar por vuestras necesidades actuales, esta dispuesto a dároslo. Pero no sabéis si existiréis mañana. Así pues es una previsión inútil, y al mismo tiempo fatigante, pensar hoy en el pan de mañana; y Dios, que quiere que descanséis día a día en su Providencia, no encuentra bueno que os afanéis por estar aprovisionado de antemano. Mirad cómo un niño se comporta en sus necesidades respecto a su padre y a su madre.

La mayor parte del tiempo no se ocupa para nada. El alimento, el vestido, y todo lo que le es necesario le es proporcionado a tiempo, sin que él lo pida; la ternura paterna prevé todo. Si llega a pedir, no es más que para la necesidad actual; no está en su carácter el acumular, el aprovisionar para el futuro. Sería marcar una desconfianza que desagradaría con toda seguridad, y que enfriaría el afecto de sus padres. ¿Habríais olvidado lo que Jesucristo repite más de una vez: que los niños son vuestro modelo, y que el Reino de los Cielos es para quienes se parecen a ellos? No hagáis pues injuria a Dios vuestro Padre desconfiando de El; no os inquietéis por el mañana; El ha pensado por vosotros, lo ha previsto todo, y lo ha arreglado todo.

La avaricia que no tiene nunca bastante, y que acumula, no para días y meses, sino para años y siglos, es condenada aquí, aunque acumulando de este modo, no perjudicara a nadie.

El desasimiento de los bienes temporales es igualmente ordenado. Porque, ¿qué desasimiento mayor que el de limitar al momento presente la posesión de lo que se tiene; de manera que sea más bien un simple uso que una

posesión? El abandono a la Providencia es recomendado en lo que se refiere al porvenir; no es que Jesucristo desafíe ciertas medidas de prudencia, pero prohíbe las previsiones inquietas, los cuidados demasiados afanosos, y los tormentos seguros que uno se da para prevenirse de males inciertos. ¿No tiene razón? ¿No os hace un favor con esto? ¿No estamos de acuerdo en que este pensamiento: ¿De qué viviré mañana? envenena nuestra vida de hoy; y que la mayoría de los hombres son más desgraciados por lo que temen para el futuro, que por lo que sufren en el presente? He ganado mi pan hasta aquí, dice el artista; pero ¿quién me lo dará en la vejez? Mi comercio va bien, dice el mercader; pero ¿irá así siempre, y, si se viene abajo, qué será de mí? Tengo una familia numerosa, dice éste: por el momento estoy en condiciones de alimentarla; pero, cuando mis hijos sean mayores, y haya de colocarlos, dónde encontraré con qué hacerlo, y qué me quedará? Mi salud, dice aquel, es mi fuente de recursos, y la de mi mujer y la de mis hijos; pero si caigo enfermo o inválido, ¿con qué los sostendré? y si muero, mientras son de corta edad, ¿qué será de ellos? ¡Insensatos! ¿Por qué entregaros en vano a estas reflexiones que os apenan y os consumen? Comed con seguridad el pan que Dios os da hoy, y contad para mañana con su bondad paterna. Estas preocupaciones que os consumen, y que perjudican por igual a vuestra alma y a vuestro cuerpo, ¿apartarían los accidentes que teméis y que prevéis desde tan lejos? Sólo Dios puede preservaros de ellos, y ¿qué otro medio de moverlo a ello, que poner en El vuestra confianza?

Danos nuestro pan.

Tened buen cuidado, pedís pan; es lo que necesitáis para vivir. Mientras Dios os lo dé, cumple sus compromisos, y no tenéis por qué quejaros de El. No os da lo que deseáis por encima de esto.

Me diréis que lo necesario no debe entenderse con de-

masiada estrechez, y que tiene una cierta amplitud. Estoy de acuerdo, pero ¿sois vosotros, o Dios quien debe medir esta amplitud? Según vosotros, apenas creeríais nunca tener lo necesario, de acuerdo con vuestro estado; y, mientras haya en la misma condición alguien más rico que vosotros, os parecerá siempre que sois pobres por lo que tenéis menos que él. No escuchéis pues en este punto, ni a vuestra codicia, ni a vuestras miras ambiciosas, ni las máximas del mundo que pone la felicidad en la afluencia de riquezas. Si lo que tenéis es honradamente suficiente, no deseéis más; no lamentéis lo que habéis perdido, si podéis privaros de ello; y convencíos que a los ojos del sabio, y mucho más a los ojos del cristiano la mediocridad es preferible a la opulencia para el reposo de la vida presente y para la seguridad de la felicidad en el porvenir.

El pan nuestro de cada día.

Pedís cada día, porque cada día vuestras necesidades se renuevan.

Dios, por su bondad hacia nosotros, ha querido tenernos en una dependencia continua en el cuerpo así como en el alma. Es una observación generalmente verdadera que quienes viven al día del trabajo de sus manos, o de su industria están más ocupados de la Providencia, más cuidadosos en invocarlo, más atentos a darle las gracias, más llenos de confianza en ella, que los ricos que ven sus recursos asegurados, y que no esperan los beneficios cotidianos de Dios. Les es muy frecuente olvidarlo, y no se acuerdan de la necesidad que tienen de El, más que cuando han tenido, o están a punto de tener alguna pérdida considerable. Entonces vuelven a El, y le encomiendan el éxito de sus negocios. Ya es algo sin duda; pero ¡qué diferencia entre esta vuelta forzada hacia Dios, y la vuelta habitual del cristiano, que recibe de El el pan de cada día! ¡Qué diferencia en este aspecto entre el rico que no teme que le falte, y el pobre que espera del Cielo la limosna sin

la cual no vivirá; y para quien un trozo de pan, un óbolo es un favor de la Providencia!

Pero, ricos o pobres, ya que la Oración Dominical es para todos, entremos en la intención de Jesucristo al hacer esta petición, y pensemos que quienes están abundantemente provistos de bienes temporales, no tienen menos virtudes que practicar que quienes están mal provistos, o completamente desprovistos. Acordémonos sobre todo que las necesidades espirituales deben ir antes que las temporales, que para aliviar el cuerpo, incluso en sus necesidades más acuciantes, no hay que exponer nunca la salvación del alma. Muchas gentes se creen excusadas de los pecados que cometen, por la urgencia de sus necesidades: es una ilusión y falsa conciencia. El verdadero cristiano no compromete jamás sus intereses eternos; y no se permite ni siquiera pensar que la necesidad de vivir le autoriza a ofender a Dios. Antes que hacerse culpable, mendigará su pan, si no tiene otros recursos, y se someterá, si no con alegría, al menos con resignación, a esta humillación. Después del horrible desastre que ha arruinado a tantas familias en nuestro país, esta moral viene muy a propósito; y cada uno, según la situación en que se encuentre, debe recordarla al recitar el Pater. ¡Qué trastocamiento del orden, si un cristiano, que no debe pedir nada para él más que después de haber pedido la santificación del nombre de su Padre, la venida de su reino, el perfecto cumplimiento de su voluntad, no sólo pensara en su vida temporal antes que pensar en los intereses de Dios, sino que, para conservar esta vida y librarse de una miseria pasajera, le importara poco desagradar al mejor de los padres!

VIII. Perdónanos nuestras ofensas, así como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.

Esta petición condicional es muy destacable. Nada nos muestra mejor hasta qué punto Dios desea el perdón de las injurias. Toma aquí el compromiso solemne de perdonarnos los pecados que hemos cometido contra Él, si, por nuestra parte, perdonamos al prójimo sus faltas hacia nosotros. Pero declara al mismo tiempo que no tenemos perdón que esperar de Él, si somos inexorables hacia nuestros hermanos. Y, para ponernos en una especie de necesidad de perdonar, nos prescribe una fórmula de oración, por la que nos comprometemos a ello expresamente: Perdónanos, le decimos, como nosotros perdonamos; es decir evidentemente: Perdónanos, si nosotros perdonamos; y no nos perdones, si nos negamos a perdonar.

El cristiano vengativo es pues juzgado aquí por su boca; o bien, mientras conserve en su corazón algún deseo de venganza, debe renunciar a decir la oración Dominical. ¡Cruel alternativa, por poca fe que tenga! Jesucristo preveía cuanto costaría el perdón de las injurias a nuestro orgullo y a nuestro amor propio, y por cuántas razones buscaríamos dispensarnos de él; y para cortar de golpe todas estas razones, para forzarnos al silencio, para doblegar el orgullo y el amor propio, nos toma por nuestro mayor interés, haciendo del perdón de las injurias la condición esencial de un perdón mucho más importante, del que tenemos necesidad y que pedimos a Dios todos los días que nos lo conceda. Por ello, de todas las peticiones que componen su oración, es la única que destaca, y sobre la que insiste, añadiendo estas palabras inmediatamente después: Porque, si perdonáis a los hombre sus

ofensas, vuestro Padre celestial os perdonará también vuestros pecados. Pero, si no se las perdonáis, vuestro Padre no os perdonará tampoco vuestros pecados (Matth., VI, 14, 15).

¿Quién de nosotros no ha ofendido a Dios? ¿Quién de nosotros no solicita el perdón de sus pecados? ¿Quién de nosotros no está inquieto, más o menos, sobre este perdón, y no desea tener alguna seguridad para la paz de su corazón? Pues bien, he aquí una que es formal; Jesucristo os la da: Si vuestro hermano os ha ofendido, y estáis en una disposición sincera de perdonarlo; si no tenéis contra él ni odio, ni resentimiento; si, al primer paso que da, al menor arrepentimiento que demuestra, os reconciliáis de buen grado con él; si incluso en ciertos casos llegáis hasta tomar la iniciativa, y dar los primeros pasos; finalmente, si estáis decididos a perdonarle de esta manera, tantas veces como os ofenda, estad tranquilos y llenos de confianza sobre el perdón de vuestros pecados; tenéis toda la razón de creer que os será concedido; y estáis autorizados a decir a Dios: ¡Señor! me he hecho bien culpable ante Vos; no merezco ningún perdón; pero he perdonado de buena fe a mi hermano, como Vos me ordenáis; espero, sí, espero todo de vuestra misericordia, y fundo mi esperanza en vuestras promesas que son infalibles. ¿Hay para el cristiano, que sabe de qué felicidad lo priva el pecado y a qué castigo lo expone, un consuelo comparable a éste?

Pero también, ¡qué desolación, qué desesperación, qué triste seguridad de su eterna reprobación, si rehúsa obstinadamente a perdonar; si guarda en su corazón hasta el último suspiro sentimientos de venganza! Su sentencia está pronunciada, y él la ha suscrito de antemano. Se ha puesto fuera de estado al decir a Dios: perdóname, y, por no haberse apiadado de su prójimo, no tiene que esperar más que un juicio si misericordia. Lo sabe, no hay ninguna verdad más claramente expresada ni más frecuente-

mente en el Evangelio, y el Pater, que ha recitado desde la niñez, testifica contra él.

¿Tomará el partido, como ha sucedido a algunas personas, de suprimir o de cambiar esta petición? ¿Es él el Maestro? ¿Y qué ganará? ¿Suscribirá Jesucristo esta supresión o este cambio? ¿No será más bien otro crimen más?

¡Qué horrible estado el de un corazón entregado al odio! Es una condenación anticipada. Sin embargo este estado no es raro, y el orgullo humano es bastante insensato como para intentar justificarlo. El vengativo se atreve a quejarse de que Dios le haya impuesto una condición demasiado dura, y, en su furiosa ceguera, la tacha de injusticia. ¡Qué! ¡desgraciado! ¡debes a tu amo diez mil talentos; él tiene piedad de ti; te perdona la deuda. Y, al salir de ahí, vas a coger por el cuello a tu hermano, que te debe cien denarios! Lo ahogas, diciéndole: ¡Devuélveme lo que me debes! No tienes ninguna consideración de sus súplicas y de sus ruegos; y no encuentras justo que Dios haga contigo el mismo uso que tú con tu prójimo! El hombre no quiere perdonar a otro hombre ofensas leves, puesto que son de igual a igual; ¡y pretenderá que Dios le perdone ofensas que atacan a su Majestad infinita! ¡Qué exceso de orgullo y de injusticia!

¡No es evidente por el contrario que Dios relaja aquí sus derechos, y que no podía proponernos una condición más favorable! Las deudas que contraemos hacia Él por nuestros pecados no tienen ninguna comparación con las que los hombres contraen entre ellos por sus errores recíprocos. Dios, que por una parte está dispuesto a perdonarnos todas nuestras deudas a la primera petición que le hagamos, y que, por otra parte, quiere que la caridad y la paz reinen entre nosotros, en el deseo que tiene de unirnos eternamente en su seno paterno, morada de la caridad y de la paz, ¿podía, para reconciliarnos con Él, exigir

de nosotros menos que una perfecta reconciliación con nuestros hermanos? y Jesucristo, que, teniendo nuestros pecados presentes en el espíritu sobre la cruz, ha derramado su sangre por nosotros, que lo hemos crucificado no menos que los Judíos, pide demasiado, cuando quiere que nos perdonemos mutuamente, como él ha perdonado? Nada parece más justo a nuestra razón orgullosa que la venganza; y, en los principios del Cristianismo, nada es más injusto. Aunque uno no fuera culpable de nada hacia Dios, el ejemplo de Jesucristo nos impondría aún la obligación de perdonar, y seríamos dignos de castigo si no lo siguiéramos.

El por su parte se compromete a concedernos el perdón de nuestras ofensas, a perdonarnos las deudas que hemos contraído contra El, a olvidarlas de tal manera que no conserva ningún recuerdo de ellas. Pero también se compromete con esta condición; y exige tan rigurosamente que la cumplamos que nos propone como ley el no pedirle el perdón de nuestras faltas más que de la misma manera como nosotros perdonamos al prójimo las suyas. «Perdónanos como nosotros perdonamos». Esto quiere decir evidentemente: No nos perdonéis, si nosotros no perdonamos; exigid de nosotros todos vuestros derechos, con todo rigor, si nosotros los exigimos de la misma manera los nuestros. Pero si somos indulgentes y dispuestos a perdonar; si desde el momento en que el prójimo nos testimonia su arrepentimiento, y nos pide que olvidemos el mal o el daño que nos ha causado, renunciamos a todo deseo de venganza, incluso a todo rencor, y nos reconciliamos sinceramente con él, comportaos del mismo modo con respecto a nosotros; mostraos como padre indulgente hacia vuestros hijos culpables, y concedednos vuestras buenas gracias.

¿La condición no es justa? ¿No es incluso infinitamente ventajosa para nosotros? Nuestros hermanos, después

de todo, son nuestros iguales por naturaleza, por mucha distancia que haya por otra parte entre ellos y nosotros. Pero ¿quiénes somos nosotros comparados con Dios? Una nada en comparación con el Ser infinito. Por grande que sea la ofensa que hayan cometido hacia nosotros, ¿qué es esa ofensa frente a aquellas de las que nosotros somos culpables hacia la majestad divina? Jesucristo evalúa la deuda de nuestro hermano como cien denarios y la nuestra como diez mil talentos. Y además esta comparación no la hace sino para impresionar nuestra imaginación; porque por lo demás no hay absolutamente comparación posible entre las dos deudas. La venganza que nosotros pretendemos sacar del prójimo, aunque fuera justa, ¿tiene alguna proporción con la venganza que Dios tiene derecho a ejercer sobre nosotros? ¿El prójimo es de todos modos tan incapaz de darnos satisfacción, como nosotros lo somos de satisfacer la justicia divina? Finalmente ¿qué bien obtenemos para nosotros, si Dios nos perdona?; ¿y qué mal, si no nos perdona? Considerad bien todas estas razones; y concluiréis que Dios no podía ofrecernos en mejores condiciones nuestra reconciliación con El. No paséis por alto tampoco el consuelo de poder decir a la hora de la muerte: He perdonado, Señor; ¿espero, en vuestra palabra, que Vos me perdonaréis?

IX. Y no nos dejes caer en la tentación

¿Qué pedimos a Dios aquí?

No puede ser que no nos tiente El mismo, y que no nos ponga en la ocasión próxima a ofenderlo. Dios pone a prueba, pero no tienta; es decir no solicita ni empuja al mal. Una cosa es ejercitar la virtud por medio de pruebas,

y otra cosa es despertar y encender en el hombre sus malas inclinaciones. Dios, dice Santiago, es incapaz de llevar al mal; y no tienta a nadie. Pero cada uno es tentado por su propia concupiscencia, que lo atrae y lo seduce (Sant., I, 13, 14). Y no es Dios quien ha puesto en el hombre la concupiscencia: es obra del pecado, y tiene su origen en la imperfección radical de nuestra naturaleza. Esto es lo que nos tienta en el interior. Por fuera, el demonio, con permiso de Dios que no tiene otras miras que nuestro bien espiritual, actúa sobre la imaginación, remueve las pasiones, se aplica a seducir el espíritu con falsas razones, y a ganar la voluntad por medio de insinuaciones atrayentes. Su objetivo es arrastrarnos hacia su ruina, y perjudicar todo lo que puede, la gloria de Dios. Por ello es llamado en la Escritura el Tentador. Pero Dios no induce a nadie en la tentación, sino en el mismo sentido que él se endurece, retirándole su ayuda, dice San Agustín, cuando el hombre se ha hecho indigno, y no comunicándole la maldad.

No pedimos tampoco que no permita que no seamos tentados. Adán lo fue en el estado de inocencia: Dios lo permitió por justas razones, aunque preveía su caída; y, después del pecado, el hombre está todavía más sujeto a las tentaciones de lo que estaba antes. Por otra parte, son la prueba de nuestra fidelidad; nos son necesarias para mantenernos en la humildad, y movernos a la vigilancia y a la oración. No pueden perjudicarnos, en tanto que no lo queramos. La gracia para resistir contra ellas no nos falta nunca sino por nuestra culpa. Nos sirven para producir grandes actos de virtud, y acumular méritos; nos son necesarias para enseñarnos, no sólo a no temerlas, sino a combatir las y a vencerlas. El mismo Hombre-Dios ha sufrido que el espíritu maligno lo tentara.

Lo que pedimos pues es que no nos deje sucumbir en la tentación; pero que la proporcione a nuestras fuerzas;

que venga a nuestra ayuda; que nos proteja con su gracia contra las emboscadas y asaltos del demonio, y que fortalezca nuestra voluntad contra la seducción de la concupiscencia. Hacemos esta oración todos los días; porque no hay un solo día, ni siquiera un solo momento, en el que no estemos, o podamos estar expuestos a pecar. El hogar del pecado está en nuestro corazón, y el león rugiente ronda sin cesar en torno a nosotros, espiando la ocasión de sorprendernos y devorarnos. Cada edad, cada estado tiene sus tentaciones; la santidad de la profesión, el alejamiento del mundo, la soledad misma no lo garantizan; y los ataques más sutiles y más peligrosos amenazan a las personas más avanzadas en la perfección, si no están en guardia.

Así, de todas las peticiones de la Oración Dominical, ésta es en un sentido la más necesaria, puesto que hasta el último suspiro estamos al borde del abismo, siempre próximos a caer en él, y sólo la muerte nos fija en el estado de gracia, del que un instante puede hacernos caer.

Esta petición encierra una doble confesión, la de la corrupción de nuestra naturaleza, corrupción más profunda de lo que se podría imaginar, y no se conoce bien sino por las precauciones que se toman para protegerse de ella; y la de nuestra debilidad que es extrema y que no nos permite jamás contar con nuestras disposiciones, con nuestras buenas costumbres, con nuestras más firmes resoluciones. Una ligera ocasión, una mirada indiscreta, un pensamiento fugitivo, un deseo que parece que no hace más que florecer en el alma, son suficientes para trastornarnos, y perdernos sin retorno. Incluso después de haber resistido mucho tiempo a una tentación, y vanagloriarse de estar libre de ella, si uno se aplaude por poco que sea por esta larga resistencia, si no se la atribuye enteramente a la gracia, si uno es menos vigilante, menos exacto y menos fervoroso en rezar, renacerá, nos asaltará con más

violencia, y nos abatirá. Mil ejemplos funestos son prueba de ello, y la experiencia de otros debe hacernos prudentes.

Así pues, cada vez que recitemos el Pater, despertemos en nosotros el sentimiento de nuestra miseria; echemos una mirada a los peligros que nos rodean, y a los enemigos que nos asedian por todas partes. Reconozcamos la necesidad continua que tenemos de la gracia; reconozcamos humildemente que, si con ella lo podemos todo, sin ella no podemos nada. No cesemos de pedírsela a Dios; y no nos hagamos indignos de obtenerla por nuestra temeridad, y nuestra presunción.

Dios nos la debe en virtud de sus promesas, y no nos la rechaza jamás, cuando por orden de la Providencia nos encontramos expuestos a la tentación; cuando, previendo el peligro, recurrimos a El con confianza, o somos sorprendidos por ocasiones que no nos ha sido posible prever. El la debe y no la rehúsa jamás a quien desconfía siempre de si mismo, y, teniendo una convicción íntima de su debilidad, toma de antemano todas las medidas que le sugiere la prudencia cristiana. El la debe y no la rehúsa jamás a quien es fiel en las pequeñas cosas, a fin de merecer ser fiel en las grandes.

La gracia que concede no es simplemente una de estas gracias ordinarias, que bastan para justificar su Providencia y ponerla al abrigo de todo reproche, pero que no impiden que uno caiga; es una gracia especial, que sostiene poderosamente, y que tiene siempre efecto para quien es pedida. El reserva este tipo de gracias en favor de las almas que han hecho lo que depende de ellas para merecerlas. Fijaos que no hablo más que de las gracias habituales, y no de ciertas gracias gratuitas por las que Dios atrae hacia El a los mayores pecadores. El temerario que va imprudentemente por delante del peligro, sin consultar la voluntad de Dios; el presuntuoso que se apoya sobre sus

fuerzas, sobre sus virtudes adquiridas, sobre sus victorias pasadas, o sobre los movimientos de un fervor pasajero; el cobarde y el tibio, que descuidan las faltas de poca importancia y que se llaman leves, porque por sí mismas no condenan a la muerte al alma, no deben contar con la asistencia divina en las grandes tentaciones, y en ciertas circunstancias delicadas. Ellos mismos se han expuesto a ellas; han presumido de su virtud; se han debilitado por una sucesión de pequeñas infidelidades; tendrán una caída deplorable, de la que quizá nunca se levantarán. Acorrémonos en consecuencia, cuando pidamos a Dios que no nos deje caer en la tentación, que esto se refiere únicamente a las ocasiones en las que El mismo nos pone, las ocasiones a las que una fidelidad habitual nos ha preparado, y por así decirlo aguerrido; como mucho en fin las ocasiones en las que, con buena intención, la imprudencia, la ligereza, la sorpresa, un celo poco discreto, una complacencia mal entendida nos exponen.

Dios, que ve el fondo del corazón, no abandona a un alma derecha y sin malicia; y, si permite que caiga, es para hacerla más humilde y más precavida.

Nosotros no podemos ignorarlo; el mundo, me refiero a aquel que está fuera del cristianismo, está lleno de trampas; todo tiende en él a corromper el espíritu mediante falsas máximas que alteran más o menos la santa severidad del Evangelio, y el corazón mediante los cebos que presenta a la sensualidad, a la codicia, a la ambición. Amar el mundo, buscar la estima del mundo, temer la censura, las burlas y las irrisiones del mundo, es evidentemente ponerse en ocasión de sucumbir a las diversas tentaciones que se encuentran a cada paso; y sería una grosera ilusión esperar que la gracia protegerá de los peligros a los que uno se lanza con alegría de corazón.

Pero también no seamos pusilánimes, y no desconfiemos de la ayuda de arriba, ni en las tentaciones exterior-

res, que son una consecuencia inevitable del estado en el que Dios nos ha colocado y los deberes que el celo y la caridad nos imponen; ni en las tentaciones interiores ligadas a la práctica de la perfección cristiana. Estemos preparados para afrontar fuertes asaltos por parte del demonio, si tomamos el partido de entregarnos por entero a Dios. Pero, al mismo tiempo, no dudemos un momento de la protección divina, y estemos seguros que nos hará triunfar sobre los ataques del espíritu de las tinieblas.

No imitemos a aquellos que, conmovidos por el temor de perderse, huyen de toda ocasión de trabajar por la salvación de las almas, so pretexto del peligro de ofender a Dios, ni a aquellos que renuncian a la vida espiritual, asustados de las emboscadas que el demonio tiende en este camino y las tentaciones extremas por las que hay que pasar a veces. Es hacer injuria a la bondad y al poder infinito del Padre celestial; es creer que el demonio, que no actúa más que por permiso de Dios y a quien El marca los límites que no podría franquear, tiene más poder para perjudicarnos que el que Dios tiene para protegernos; es renunciar a glorificar a Dios, a santificarse, a procurar la santificación del prójimo. Caminaremos seguramente entre los dos escollos de la presunción y de la pusilanimidad, y no pediremos nunca en vano a Dios que no nos abandone en la tentación.

X. Mas líbranos del mal. ¡Amén!

Nada nos importa más que conocer bien de qué mal entiende Jesucristo que le pidamos que nos libere. Porque, en todas las cosas, pero aquí sobre todo, sus ideas son la única regla de las nuestras; y en ello nos va todo

para no perdernos. Como el soberano bien de la criatura racional es la posesión eterna de Dios, a la cual está destinada, su soberano mal es estar privado para siempre de esta posesión. En esto consiste su reprobación y su condenación. La liberación de una desgracia tan grande es pues el principal objeto de nuestra última petición. Sólo por la fe podemos concebir qué mal es estar privado para siempre del gozo de Dios por la falta personal; e incluso con la fe más viva, sólo lo concebimos muy imperfectamente. Nuestra debilidad no está en condición de comprender lo que produciría en nosotros una impresión demasiado fuerte, y estorbaría la libertad de nuestras acciones.

Nos es imposible colocarnos por medio del pensamiento en el estado en el que se encuentra un alma en el momento de su separación del cuerpo, cuando ve y siente que Dios está perdido para ella sin remedio. Conoce entonces, por una luz muy clara y muy distinta, lo que es Dios en si mismo; lo que es en relación a ella; la pérdida infinita que tiene y la imposibilidad de repararla. Los otros objetos que la afectaban y la ocupaban durante la vida ya no le son nada; ya no es libre de estimarlos, ni amarlos, porque ve claramente en ellos la nada. Por otra parte, todo le es arrebatado a la muerte, y, si todavía piensa en ello, es para reprocharse su extrema locura de haberse apegado a ello. El deseo de felicidad actúa en ella con toda su fuerza y sin interrupción; y este deseo, cuya fuerza es inexpresable, nunca será saciado; nunca será distraído, ni engañado por ningún falso goce. El alma está segura de ello; y toda esperanza le es arrebatada para siempre. Lo repito: esta pena es incomprensible, tanto en si misma como en su continuidad y duración. Ningún estado del hombre sobre la tierra, por horrible, por largo, por desesperado que se le suponga, puede ser imagen de ello, porque ninguno de estos estados representa en nada la pérdida eterna de Dios.

Tal es el mal del que el cristiano pide por encima de todo ser librado, el mal que debe temer soberanamente, y del que debe hacer todos los esfuerzos para verse libre: Porque la cosa depende de él. Para ello no tiene más que preservarse de otro mal, el único que puede conducirle a éste.

Este otro mal es el pecado, cuya condena es el justo castigo. El uno es la causa, el otro es el efecto y la consecuencia inevitable, mientras que la causa subsista. La intención de Jesucristo es pues que el cristiano pida con más ardor todavía que Dios lo libre del pecado, ya sea no permitiendo que caiga en él, ya sea tendiéndole la mano para que se levante lo más rápido posible, y que no mueran en este funesto estado. A la primera falta mortal, Dios puede cortar el hilo de nuestros días y precipitarnos al infierno; puede dejarnos acumular crimen tras crimen, y rechazarnos con justicia ciertas gracias especiales, sin las cuales no recuperamos jamás la caridad. Y, como nada nos asegura que no hará lo que puede hacer, esto nos debe mantener siempre en el temor de ofenderlo mortalmente.

Pero, aunque el pecado que produce la muerte del alma sea el mayor mal, todo pecado lo es, porque la hierre, la pone enferma, débil, lánguida. Una falta ligera conduce a otra más grande, y, si no se evitan con cuidado las menores ofensas, se expone uno a cometer otras más graves; tanto más cuanto que no siempre es fácil discernir lo que es grave o no, y sobre este punto no hay regla general bien segura. No es pues suficiente, para responder a las miras de Jesucristo y para asegurar nuestra salvación, pedir a Dios que nos libre del pecado mortal; sino que todo cristiano debe pedirle que lo preserve de todo pecado cometido con propósito deliberado y con reflexión.

Además, si ama a Dios verdaderamente, hará esta petición más bien con la intención de no ofender a un Padre

tan bueno, que por el temor de atraer sobre sí sus venganzas. Porque el pecado es el mal, e incluso el único mal de Dios; no es que lo perjudique, sino que le desagrada soberanamente, y es objeto de su odio.

Así, debiendo el cristiano amar a Dios más que a sí mismo, se deduce que tenga más horror del pecado, porque es el mal de Dios, que porque es el suyo propio.

Este es el verdadero sentido de estas palabras de la Oración Dominical: Mas líbranos del mal.

La fe las pronuncia; y la fe no conoce otros males que los males sobrenaturales, que hieren la santidad de Dios, que manchan la pureza del alma, que le arrebatan la gracia santificante, o que la ponen en peligro de perderla, y, de ahí, la exponen a la desgracia eterna.

¿Pensamos nosotros así, y son éstos los sentimientos íntimos de nuestro corazón, cuando hacemos esta oración?

El cristiano que se siente en pecado mortal y actualmente digno del infierno ¿pide sinceramente a Dios que lo libre del mal, cuando, por su parte no hace nada para responder a la gracia que se le ofrece para salir de este estado; cuando, lejos de evitar las ocasiones de pecar, las busca, o al menos se deja arrastrar cada vez que se presentan; cuando apenas ve al pecado como un mal; y no teme familiarizarse con su más cruel enemigo? ¿No es una burla pedir librnos de un mal que uno no teme, de un mal que se ama, y en el que uno se complace? Tal es sin embargo la disposición de la mayoría de los cristianos del siglo, que siguen recitando el pater todos los días, por una costumbre que tomaron desde la infancia, sin pensar en lo que dicen, y sin aplicarlo a su estado presente. No permita Dios que los critique por conservar una costumbre tan loable; pero el primero y el menor fruto que deben sacar de ella, ¿no es el acercarse a Dios y renunciar lo antes posible al pecado?

Respecto a aquellos para quienes las faltas ligeras no son nada, porque no ven en ellas más que la ofensa a Dios, y ningún peligro para su salvación; aparte de que se equivocan en este segundo punto, ¿pueden hacer una ofensa más marcada a quien llaman con el nombre de Padre, que no preocuparse de lo que le ofenden, con tal de que su alma no corra ningún peligro para la eternidad? Un hijo que no respetase a su padre, y no le obedeciera más que hasta el punto de no exponerse a ser desheredado, ¿no tendría que avergonzarse de su conducta si fuera capaz de reflexión y de sentimiento? ¿Podría no condenarse interiormente, por consultar sólo a su vil interés y al temor esclavo en los deberes sagrados que la naturaleza le impone? ¿No es mucho más culpable el hijo de Dios de actuar con estos mismos principios?

En cuanto a los males de la vida presente, el Evangelio nos enseña que no son propiamente males, y que vistos con los ojos de la fe, pueden convertirse en grandísimos bienes por el santo uso que se haga de ellos. Habiendo Jesucristo abrazado por gusto los más considerables de estos males, y los que más horrorizan a la naturaleza, no está permitido a sus discípulos excusar sobre este punto una cierta aversión natural, ni juzgarlos según la carne, sobre todo cuando consideran que él ha tomado esa carga en su lugar como caución y que las ha hecho servir para reparar la gloria de Dios, para expiar nuestros pecados, y para merecernos las gracias que nos preservan de ellos, o que los borran. El perfecto cristiano no pedirá pues el verse libre de estos tipos de males; sino que pedirá más bien sufrirlos pacientemente, glorificar a Dios y santificarse aceptándolos.

Por lo que se refiere a los cristianos imperfectos, que son sin comparación la mayoría, como no tienen suficiente virtud para sacar ningún provecho espiritual de las aflicciones temporales, y les mueven a pecar, siendo para

ellos motivo de impaciencia, de murmuración, de rebel-
día y de desesperación, a Dios no le parece mal que le su-
pliquen, que los libre de ellos, acepta incluso su fe y su
oración, y los atiende para su mayor bien, a veces por
medio de milagros.

Pero quiere que el principal motivo que se propon-
gan, al pedirle que los alivie, sea el servirle con más liber-
tad de espíritu, más amor, agradecimiento y fidelidad.
Quiere que humillados por nuestra poca virtud que nos
impide sacar provecho de ellos, le pidamos que los aparte,
no para alivio de la naturaleza, sino porque son por
nuestra falta obstáculo para la salvación. Finalmente
quiere que no hagamos ninguna comparación de estos
males temporales con el verdadero mal que es el pecado,
y que estemos decididos a sufrir sus últimas consecuen-
cias, antes que librarse de ellos en detrimento de la con-
ciencia. No se es cristiano, si no se piensa y no se actúa
de este modo con relación a las penas y aflicciones de esta
vida.

Que cada uno reflexione en sí mismo y se juzgue.

Por extensa que haya sido la explicación que he dado
de la oración Dominical, no he dicho, a mi parecer, nada
inútil, ni ajeno a mi propósito. No he hecho más que de-
sarrollar el sentido que presentan las palabras; y tampoco
creo que se me pueda reprochar el haberlas tomado en un
sentido demasiado elevado y demasiado perfecto. Nuestro
Señor, sin duda tiene la intención de proponernos la per-
fección a esta oración, y sería una blasfemia pensar que el
espíritu del hombre, por iluminado que se le suponga de
lo alto, pudiera añadir algo, a este respecto, al pensa-
miento de Jesús. Incluso hay que reconocer que toda ex-
plicación estará por debajo de lo que expresan las pala-
bras salidas de la boca de Dios.

De este modo, hacer bien esta oración divina, tener en
el corazón los sentimientos que contiene y seguirlos exac-

tamente en la práctica es estar en el camino de la perfección.

¿Estamos nosotros en este camino? No pregunto si hemos hecho mucho progreso en él, sino si hemos entrado, o si al menos deseamos y nos esforzamos por entrar, nosotros que desde la más tierna infancia recitamos el Pater varias veces al día. Examinémonos en este punto; y confrontemos nuestras disposiciones interiores con cada uno de los artículos que acabo de exponer. No hay ningún examen más importante; y para movernos a hacerlo bien, pensemos que tendremos como juez a quien nos ha dictado esta oración.

Para decir aquí en dos palabras mi pensamiento estoy íntimamente convencido de que los verdaderos hijos de Dios, los que, según San Pablo, son conducidos en todo por el espíritu de Dios y están sometidos al imperio de la gracia, son los únicos que la hacen de una manera que responde plenamente a la intención de Jesucristo, y ello con mayor o menor perfección, según el grado de su progreso.

VIGILANCIA Y ORACION

Velad y orad, a fin de que no caigáis en la tentación.
(Matth., XXVI, 40)

Jesús dirigió estas palabras a Pedro, a Santiago y a Juan, en el momento mismo del peligro, cuando, en lugar de mostrar, como hubieran debido, su adhesión a él, se dejaron vencer por el sueño en el huerto de los Olivos, bien lejos de velar y de orar con él, según les había reco-

mendado. Todos habían presumido de sus fuerzas, y Pedro más que los otros. Le habían prometido y jurado no abandonarle. Pero para estar en condiciones de cumplir esta promesa, hubiera sido preciso unir la vigilancia a la oración; y esto es lo que no hicieron.

También, cuando llegó la tentación, y Jesús se dejó prender por sus enemigos como un hombre corriente, experimentaron toda su debilidad, y huyeron vergonzosamente, cumpliendo así la palabra que había añadido: *El espíritu está presto* a prometer, e incluso a emprender; *pero la carne es débil* en la ejecución.

Lo que sucedió entonces a los Apóstoles nos sucede todos los días; no hay en la vida cristiana una experiencia más frecuente que ésta. Contamos con nuestra valentía, que a menudo no está más que en nuestra imaginación y en la buena opinión que tenemos de nosotros mismos; formamos las más generosas resoluciones; damos por hecho de antemano su cumplimiento; todo ello en ausencia del peligro. Llenos de esta falsa seguridad, nos dispensamos de velar y orar. La tentación entonces nos sorprende desprevenidos; apenas intentamos resistirnos a ella, caemos a veces con más facilidad que antes. ¡Qué fuerte se cree el hombre, lejos de la ocasión! ¡Pero qué débil en la ocasión misma! ¡qué presuntuoso y cobarde al mismo tiempo! Es una gran ventaja para él conocerse en este punto. Este conocimiento produce en él una justa desconfianza en sí mismo; la desconfianza le conduce a velar y orar, y a esperar todo de Dios, y nada de él. Disposición verdaderamente cristiana, que le hará invencible en las más fuertes tentaciones.

Tenemos dos que no nos abandonan nunca: la inclinación al mal, y la repugnancia al bien.

La primera nos lleva a hacer lo que está prohibido; la segunda a no hacer lo que se nos manda. ¿Qué recurso hallamos en nosotros mismos contra estas dos tentacio-

nes? Ninguna. Toda ayuda nos viene del Señor; y no la concede más que a la vigilancia y la oración, y no la rehúsa jamás a estas dos cosas unidas. La vigilancia sin oración es inútil, porque mostrándonos el peligro, no nos arma contra él. La oración, igualmente, no tiene ningún efecto sin la vigilancia, porque no tenemos ninguna ayuda que esperar del cielo en las tentaciones que hubiera dependido de nosotros el evitarlas. No las separemos pues nunca la una de la otra; y tengamos como máxima que engloba toda la conducta espiritual, esta palabra del Salvador: *Velad y orad, a fin de que no caigáis en la tentación.*

He hablado suficientemente de la oración. Digamos algo sobre la vigilancia cristiana, de la que tan frecuentemente se hace mención en el Evangelio.

¿En qué consiste? ¿Por qué es necesaria? ¿Es para todos y en toda ocasión? Me limito a estas tres preguntas, cuya explicación comprende todo lo que es esencial en esta materia.

¿En qué consiste la vigilancia?

Consiste, en primer lugar, en un sentimiento habitual de desconfianza en si mismo, y en la persuasión del gran poder que tienen sobre nosotros los tres enemigos de nuestra salvación: el demonio, el mundo y la carne. Quien desconfía de si mismo, se mantiene siempre en guardia; está atento a todo; teme a cada paso encontrar una trampa. Como no se siente con capacidad de resistir, pone su seguridad en las precauciones y en la huida de las ocasiones, no exponiéndose más que a las que son indispensables. Quien conoce la fuerza de sus enemigos evita el combate lo más que puede; pone cuidado en estar a la defensiva de sus ataques; los prevé, y se protege con antelación; y, cuando se ve forzado a llegar a las manos, toma todas sus medidas para asegurarse la victoria.

Consiste, en segundo lugar, en mantenerse siempre

ocupado en alguna cosa útil y honesta, y en no dar ocasión a la ociosidad. Es velar el disponer la jornada de tal modo que esté ocupada por los deberes del estado, y no concederse más que los asuetos permitidos en ellos, en la medida que el espíritu y el cuerpo tienen necesidad de ellos. Si no se establece una cierta regla en las acciones, de manera que se sucedan, sin dejar un intervalo vacío; si uno sigue sus fantasías, y no se tiene un objetivo fijo, revoloteando de uno a otro al capricho de la imaginación y de la curiosidad, no es posible practicar la vigilancia; el aburrimiento se hace dueño; uno pasa las horas sin hacer nada, sin saber qué hacerse; y en estos momentos precisamente el enemigo nos sorprende para atacarnos con ventaja. Que el demonio os encuentre siempre ocupados, decía San Jerónimo; y yo añado explicando su pensamiento: que os encuentre siempre ocupados en lo que Dios quiere de vosotros, o al menos en lo que no os prohíbe. Porque hay mil tipos de ocupaciones frívolas que no son menos peligrosas que la ociosidad; y no es velar cristianamente sobre uno mismo el entregarse a ellas.

En tercer lugar, consiste en estudiar bien nuestro corazón, y observar sus movimientos, en notar cuáles son los objetos que conmueven nuestras pasiones, en una palabra en reflexionar de modo habitual sobre lo que sucede en nosotros, para discernir lo que es para nosotros ocasión de pecado, y tomar precauciones contra ello. Las almas no son todas del mismo carácter y del mismo temple; lo que es indiferente para una, es importante para otra, y, con relación a la misma persona, lo que no le afecta en un momento y en una circunstancia, le produce una viva impresión en otro momento y en otra circunstancia. Los enemigos que tenemos examinan cuidadosamente nuestro lado débil, y por ahí nos atacan. Apliquémonos también nosotros a conocerlo, para no presentarlo al enemigo, o para prestarle pronta ayuda.

En cuarto lugar, consiste en estar más atento a Dios que a uno mismo, en escuchar con respeto sus inspiraciones, en mostrarse dócil a las inspiraciones de la gracia. Esta manera de velar sobre uno mismo es sin lugar a dudas la más segura, la más fácil y la más suave para un cristiano que se conduce por amor. Porque no conozco ningún otro a quien pueda ser propuesta, o que esté dispuesto a usar bien de ella. Dios se interesa por nosotros más que nosotros mismos; vela por nosotros con infinitamente más cuidado del que nosotros sabríamos poner; nuestras previsiones son cortas, por no decir ciegas, en comparación con las suyas. Por ello, el corazón que Dios guarda está al abrigo de todo peligro, y no tiene nada que temer en medio de las tormentas más violentas. Pero ¿cuál es el corazón que Dios guarda? Aquél que pone toda su confianza en El; que no lo pierde nunca de vista, que no tiene ocupación más dulce que conversar con El; que, descansando en el seno de su Providencia, no se permite ya razonar sobre la conducta que tiene respecto a él, ni apartarse de ella en nada. Un hombre así es vigilante de toda la vigilancia de Dios, que está tanto más comprometido en velar por su seguridad, cuanto más se menosprecia para abandonarse a El.

Pero esta vigilancia, que podemos llamar pasiva, no pertenece más que a las almas interiores; incluso, para practicarla con cierta perfección, es necesario que estén un poco avanzadas en los estados de la oración. Porque mientras les quede alguna actividad, deben emplearla en guardarse a si mismas. Sólo que su manera de guardarse no es la misma que la de los cristianos corrientes, sobre los que la gracia no ejerce un dominio tan absoluto, ni tan continuo. En efecto, desde la entrada de la vida interior, estas almas se hacen más o menos pasivas; y su pasividad aumenta a medida que hacen progresos en ella.

Finalmente, la vigilancia no es otra cosa que el ejerci-

cio de la mortificación cristiana. Mortificarse es trabajar en conocerse; es tener siempre la atención sobre uno mismo; es huir o combatir, según las ocasiones; es no dar nada a la naturaleza, y seguir paso a paso todos los movimientos de la gracia; lo que, como se ve, es lo mismo que velar sobre uno mismo.

¿La vigilancia es *necesaria*? Y ¿por qué?

Nada es más fácil que responder a esta cuestión.

Es que la vida del hombre, según la expresión de Job, es una *milicia*, y siguiendo a San Pablo, *una lucha contra nosotros mismos, contra el mundo, contra los poderes de las tinieblas*. Ahora bien, un soldado, un atleta, debe estar vigilante, antes del combate para prepararse para él y ejercitarse en él, y en el combate tanto para hacer frente a los cuerpos de sus adversarios, como para atacarles. No basta que tenga fuerza y coraje; tiene necesidad de previsión, de destreza, de práctica; de conocer los ardidés del enemigo, de saber prevenirlos o eludirlos, y de estar para ello en una atención continua.

Pero ¿por qué estamos sometidos a esta milicia, a esta lucha? Dios lo ha ordenado así, porque, no queriendo darnos la felicidad más que como mérito y recompensa, ha debido poner a prueba nuestra obediencia, nuestra fidelidad, nuestro amor, y ha sido necesario que esta conquista costara nuestros esfuerzos, y que fuera el premio de las victorias que hubiéramos obtenido. Dios lo ha dispuesto, según digo, de este modo para que el hombre, incluso en el estado de inocencia. Eva tuvo que resistir al tentador; tuvo que combatir su propia curiosidad, un cierto deseo de independencia y un instinto de orgullo que la llevaba a ponerse igual a Dios. Adán tuvo la misma tentación interior, y tuvo además que guardarse de un peligroso deseo de complacer a su mujer, que le solicitó violar el precepto, siguiendo su ejemplo. Si hubieran sido vigilantes el uno y el otro; si hubieran desconfiado de los

artificios y de la seducción, ella de la serpiente, él de su mujer; si hubieran estado en guardia contra los pensamientos que se elevaban en sus espíritus y los movimientos que se despertaban en sus corazones, y si no hubieran perdido de vista a Dios y su propia condición, su precepto y su deber, sus amenazas y el peligro al que se exponían, jamás hubieran sucumbido.

Habiendo sido tan necesaria la vigilancia antes de la introducción del pecado en el mundo, ¿cuánto más lo es, después del pecado, que ha degradado y viciado nuestra naturaleza, y que ha dado al demonio nuevas fuerzas contra nosotros? Nunca sería demasiado grande; y siempre tenemos que reprocharnos el faltar a ella, puesto que aún teniendo bastante caemos. Tenemos que velar en torno a nosotros sobre todos los objetos que nos rodean, y que producen sobre nuestros sentidos impresiones de las que no somos dueños. Tenemos que velar sobre las diversas facultades de nuestra alma, que, por medio de imágenes, recuerdos, pensamientos, deseos y temores conspiran para tentarnos. Tenemos que velar sobre la concupiscencia, que nos induce a ver los objetos sensibles, cegando el entendimiento, conmoviendo fuertemente la voluntad, debilitando la libertad, y haciéndola inclinarse hacia su lado; sobre el orgullo, que sufre impacientemente el yugo del precepto del que se cree humillado, y que nos mantiene siempre en una disposición hacia la rebeldía; sobre el amor propio, que no se preocupa más que de sí mismo, que refiere todo a sí mismo, y no pone la mira más que en su bienestar que entiende bien mal. Debemos estar en guardia contra el mundo en medio del que vivimos, contra sus máximas, sus costumbres, sus ejemplos, su autoridad, sus consejos, sus insinuaciones, sus burlas, sus censuras, y sus alabanzas; finalmente contra las trampas del demonio; a quien su malicia y su rabia sugieren sin cesar nuevas invenciones para perdernos, que emplea todo

contra nosotros por dentro y por fuera, y en cuyas manos los instrumentos de nuestra salvación se convierten en medios de asegurar nuestra condenación.

¿He expuesto suficientes razones que nos hacen indispensable la vigilancia? Y, si quisiera descender al detalle, ¿a dónde llegaría?

Convinendo que es necesaria, nos preguntamos todavía si es *para todos, y en toda ocasión*.

Jesucristo no nos ha dejado sin respuesta sobre esta tercera pregunta. Después de haber recomendado la vigilancia a sus Apóstoles, añade: *Por lo demás, lo que os digo, lo digo a todos: Velad.* (Marc., XXX, 37). En otro lugar nos ordena velar y orar *en todo tiempo* (Luc., XXI, 36), a fin de ser hallados dignos de aparecer ante el Hijo del hombre. Inculca en varios lugares, y bajo diversas parábolas, la obligación de velar, porque no sabemos ni el día, ni la hora, que decidirá nuestra eternidad, y mantenernos preparados, en la ignorancia en la que estamos sobre el momento en que el Hijo del hombre vendrá.

Después de tantas declaraciones tan expresas, ¿qué cristiano habría tan insensato ara atreverse a decir que la vigilancia no le concierne?; y ¿sobre qué razones, incluso aparentes, podría apoyarse? ¿A qué edad, en qué condición, en qué profesión está uno libre de tentaciones? Sobrevienen en todo momento, al comienzo, en el progreso, en la consumación de la vida cristiana, y el momento de la muerte es cuando el demonio redobla sus esfuerzos. Todos están de acuerdo que en este temible momento hay que hallarse preparado. No hay cristiano tan desesperado, a menos que haya perdido por completo la fe, que no desee morir en estado de gracia. Ahora bien, para asegurarse, en la medida de lo posible, el morir en este estado, hay que mantenerse en él con el máximo cuidado durante todo el curso de la vida. Porque la muerte puede sorprendernos; y nos sorprenderá en efecto. Jesucristo de-

clara que vendrá como un ladrón; y así viene para cada uno de nosotros, en nuestra última hora.

Pero, ¿cómo mantenerse en estado de gracia, sin una vigilancia extrema y continua? Si nos adormecemos por un instante, la carne, el mundo y el demonio, que no duermen nada, se aprovecharán de nuestro descuido; la menor relajación voluntaria en la piedad puede tener las más funestas consecuencias, y, como enseña la experiencia, las caídas más deplorables, incluso en los estados más santos, han comenzado por faltas bastantes leves. Velemos pues todos, y siempre, y combatamos el adormecimiento espiritual al que la naturaleza nos incita sin cesar. ¿Qué no nos dirá para hacernos caer las armas de las manos, para invitarnos a la pereza y al descanso, para dormirnos en una peligrosa seguridad? Desconfiemos de sus pérfidos consejos, grabemos bien dentro de nuestra alma estas palabras de un santo Padre: *Nunca se toman bastantes precauciones, cuando se trata de arriesgar la eternidad.*

¡Oh Dios mío! ¡cuántos reproches tengo que hacerme con respecto a la vigilancia! Cuando repaso todo el curso de mi vida, veo que los pecados de los que me he hecho culpable, que las tentaciones en las que he sucumbido, que las malas costumbres que he adquirido, no tienen otro principio que la poca atención en velar sobre mí mismo. Todas las veces que he estado vigilante me he preservado; en el momento en que me he relajado, por poco que sea, he caído; y jamás he tenido el coraje y la constancia de guardarme con constancia.

¡Oh, Señor!, me arrojo a vuestros brazos, a fin de que Vos mismo me guardéis; porque, ¿acaso puedo yo guardarme con mis solas precauciones? Cien veces lo he intentado; y, cada vez, he probado la verdad de esta palabra del profeta: *Si el Señor no guarda la ciudad, en vano velan los que están al cuidado de su seguridad.* (Sal. 126, 2).

Os confío pues mi alma, esta alma rescatada con vuestra sangre. ¡Qué interés no tendréis en salvarla, después de lo que os ha costado! Sí, Señor, espero que la guardéis como la pupila de vuestro ojo, con tal de que por mi parte mantenga mis ojos clavados en Vos, que esté atento a la menor señal de vuestras voluntades, pronto y fiel a ejecutarlas. Porque Vos no me guardaréis sin mí, y todos mis cuidados no me salvarán, si no correspondo a ello. Dadme pues el corresponderos atenta, pronta y fielmente, que es el más precioso de vuestros dones. No me advirtáis que vele, no me hagáis sentir la necesidad, más que para que recurra a Vos, y de este modo obtenga de vuestra gracia el poder que me falta, para cumplir lo que Vos me ordenáis. Así sea.

**CARACTERES
DE LA
VERDADERA
DEVOCION**

I

A pesar de haberse enfriado generalmente la piedad, son muchas las personas que profesan todavía la devoción, aunque son pocas las que tienen de ella una idea verdadera, verificándose el que casi todas siguen en este punto sus preocupaciones, su imaginación, su genio o su amor propio. De aquí proviene esa multitud infinita de defectos a que están sujetos los devotos de uno y otro sexo, de toda edad, condición y estado; defectos que sin motivo se atribuyen a la devoción. No todos ellos son contrarios a la salvación; pero no obstante son dañosos a la perfección, y ponen obstáculo a la santidad. Además son ocasión de burla y de blasfemia para los mundanos; son para el común de los cristianos un pretexto que les hace permanecer en su relajación, y les aparta de entregarse a la vida devota. ¡Qué razones tan poderosas no son estas para obligar a las almas piadosas y sensibles por la gloria de Dios, por sus propios intereses, y por los del prójimo a concebir una noción exacta de la devoción, según nos la presenta el Evangelio, y a procurar expresarla en su conducta!

Yo me propongo delinearles un cuadro fiel de ella en esta pequeña obrita, y les convido a que observen con atención todos sus rasgos, y a echar en seguida una ojeada sobre sí mismas. Pero como es tan ciego el amor propio y la voluntad humana tan rebelde, no me atrevo a esperar que se reporten de semejante comparación todas las ven-

tajas que naturalmente deberían prometerse; ya porque muchos no querrán verse retratados como son; ya porque un continuado hábito, que casi ha pasado a naturaleza, quitará a muchos el ánimo, y aun el deseo de reformarse; ya finalmente por hallar el modelo demasiadamente perfecto, y desesperando de poder alcanzarlo, ni siquiera se atreverán a ponérselo delante.

Sea como fuere, me tendré por muy feliz si consigo que sirva de provecho, aunque no sea sino a un pequeño número. Por otra parte mi escrito no se dirige solamente a las personas devotas: son muchos los cristianos que andan fluctuando entre una vida común, y una profesión manifiesta de la piedad sólida. Este escrito es tal vez el medio de que Dios quiere servirse para decirles, y fijarles resueltamente en el bien. Cada día se ven pecadores que vuelven a Dios, habiendo ignorado hasta el presente que cosa sea servirle, y sin duda gustarán de poderse instruir sobre ello en un librito cuya lectura no pide sino unas cuantas horas. Por fin, la juventud, que comienza a entregarse a Dios, tiene necesidad de ser instruida, y de conocer el verdadero camino que conduce a él. Como no tiene ni preocupaciones que combatir, ni malos hábitos que enmendar, bastará indicarle el camino, para que entre en él por sí misma, y de este modo se preserve de todos los engaños y de todas las imperfecciones de una devoción mal entendida.

A ella es a quien principalmente recomiendo la lectura de este libro. Los que están encargados de su educación podrán ponerlo entre sus manos, cuando juzguen que se halle en estado de entenderlo y de aprovecharse de su lectura, esto es, hacia la edad en que la razón y el corazón están suficientemente desarrollados, porque creo que no sería del caso hacérselo leer antes. La primera impresión es siempre decisiva por lo que mira al buen o mal éxito de un escrito piadoso: si el concepto que se forma es poco

agradable, con dificultad vuelve a leerse. Por esto vale más esperar tiempo oportuno para que aquel pueda ser sólido y profundo.

II

¿Qué cosa es devoción? Cada cual la define a su modo. Para un libertino, ser devoto es creer en Dios, y tener algunos principios de religión. Para un santo, es abismarse y perderse en la inmensidad de Dios. Entre estas dos definiciones extremas, hay un número casi infinito que son intermedias, las que son más o menos exactas a proporción de lo que se acercan a la una, o se alejan de la otra.

Para definir exactamente la devoción me atenderé a la misma palabra, y a la idea que ella expresa. La palabra *devoción* es latina, y se traduce convenientemente en nuestro idioma por la de *dedicación, consagración o donación*¹. Ser, pues, devoto es lo mismo que estar dedicado a Dios. Sobre la idea que presenta al entendimiento la palabra *dedicación* estableceré todo cuanto tengo que decir sobre la devoción después de haber advertido que, cuando se trata de Dios y de nuestros deberes para con él, deben tomarse las palabras en el sentido más riguroso y más lato.

Esta expresión, pues, es muy a propósito para denotar el asimiento íntimo, la dependencia absoluta y volunta-

1. Así hemos creído deber traducir la palabra francesa *devouement*, persuadidos de que es la más a propósito para el presente asunto aunque no tiene, y es preciso confesarlo, tanta energía; y como en el decurso de este escrito ocurre muchas veces la palabra *dedicación*, desde ahora advertimos al lector que debe tomarla en el sentido que presenta una cosa enteramente entregada, rendida, en fin, consagrada del todo a Dios.

ria, el celo afectuoso, en una palabra, la disposición del espíritu y del corazón para someterse entera y absolutamente a la voluntad absoluta de una persona, para prevenir sus deseos, para abrazar sus intereses y para sacrificarlo todo por ella. Así se dice de un hijo, de un criado, de un vasallo que está dedicado o rendido a su padre, a su amo, o a su príncipe. Dícese también que un hombre está dedicado o entregado a la ambición, o a otra pasión cualquiera, cuando no piensa más que en satisfacerla; cuando busca todos los medios para conseguir su objeto; cuando a ella se enderezan todas sus empresas e intentos, de tal suerte que le absorbe tan enteramente, que apenas puede ocuparse en ninguna otra cosa.

El dedicarse enteramente a Dios comprende todo esto en un grado el más eminente; añadiendo de más una consagración, en virtud de la cual la persona consagrada deja de ser suya, pierde todo derecho sobre sí misma, y pertenece, mediante un acto de religión el más santo y el más irrevocable, al Ser supremo a quien se dedicó.

Tal es la idea que tengo formada de la devoción, cuando explico el significado preciso de esta palabra. Convengo en que la práctica de esta dedicación tiene su principio, su progreso y su perfección; pero no obstante el acto de dedicación debe ser pleno, entero y perfecto en la voluntad cuando ésta le forma. Sin alargarnos más, y con esta simple definición, ya puede juzgarse cuán rara es entre los cristianos la verdadera devoción, y cada uno puede conocer si de veras es devoto.

III

La consagración o donación que debemos hacer de

nosotros mismos a Dios es única en su especie, por estar fundada en títulos que no pertenecen sino a él, y que no puede comunicar a nadie. Dios es nuestro primer principio, y nuestro último fin; Dios nos crió, y nos conserva en todos los instantes: a él somos deudores de cuantos bienes y ventajas poseemos en nuestra alma y en nuestro cuerpo: este cielo, esta tierra y todos los bienes que gozamos, obras son de sus divinas manos, y dones de su liberal beneficencia: él dispone a su voluntad de todos los acontecimientos, y su Providencia no tiene otro objeto en sus designios y disposiciones que nuestro bien.

Dios nos crió para que le conociésemos, amásemos y sirviésemos, y de este modo mereciésemos poseerle por toda la eternidad. Habiéndonos enriquecido desde nuestro primer origen con todos los beneficios de la naturaleza y de la gracia, había vinculado una felicidad duradera a la observancia de un precepto el más sencillo, el más justo y el más fácil; y habiendo caído de este feliz estado por la desobediencia de nuestros primeros padres, Dios nos restableció en él por una invención admirable de su amor, dándonos su propio Hijo, y vengando en él nuestros pecados, para tener lugar de hacernos gracia.

Al beneficio general de la redención, juntad los beneficios particulares, el habernos hecho nacer en el seno de la verdadera religión, y de la Iglesia católica, la buena educación, tantas gracias preservativas, tantos pecados perdonados, tantas reprensiones tiernas, e invitaciones secretas para que volvamos a él, y finalmente tantas señales de predilección especial.

Dios es nuestro bien soberano, y hablando con exactitud, nuestro único bien. Como todo lo habemos recibido de Dios, de él lo esperamos todo, y no podemos ser felices sino por él. El es nuestro rey, nuestro legislador, nuestro remunerador, y el árbitro supremo de nuestra suerte. Añadid lo que él es en sí mismo, la eternidad e infinitud

de su ser y de sus perfecciones; y finalmente sobre todo esto lo que es para nosotros en la persona de Jesucristo.

Ahora paraos un instante para reflexionar sobre cada uno de estos títulos que no he hecho mas que enunciar; pesad toda su fuerza, estimad todo su valor, apreciad todos sus derechos, los sentimientos que exigen de vosotros y las obligaciones que os imponen. Después de haberlos considerado separadamente, reunidlos otra vez, y concebid, si podéis, la extensión inmensa de vuestros deberes. Medid la capacidad de vuestro corazón; y ved si, aun cuando se deshiciese en afectos de amor, respeto, agradecimiento y sumisión, podría desquitarse de sus deudas para con Dios; y juzgad si la dedicación que hacéis de vuestra persona a él, por grande que sea, será proporcionada a tantos títulos.

IV

Es evidente que ninguna donación, aunque sea la mas legítima, puede compararse con esta, y que toda dedicación opuesta, que atentase en lo más mínimo contra ella, ó que no le estuviese enteramente subordinada, seria un atentado, que el mismo Dios no podría dejar de condenar y castigar. El homenaje, el respeto, el amor y la obediencia que se rinde a cualquier criatura en tanto son justos y aprobados por Dios, en cuanto se mantienen dentro de los límites que él nos tiene señalados; en cuanto se refieren a él, y en cuanto son la expresión del homenaje supremo, del respeto infinito, del amor sin igual y de la obediencia absoluta, que a él solamente son debidos. El verdadero cristiano no conoce mas que una sola dedicación, de la que todas las otras solo son una extensión y

aplicación, a saber, la que pertenece a Dios. No consagra sino a Dios su espíritu, su corazón y su cuerpo: no respira, no piensa, no obra mas que por Dios: Dios es el principio, el motivo, y el fin de todos los deberes que cumple con respeto a sus semejantes.

V

El primero, y grande objeto de la devoción, o dedicación a Dios, es la gloria del mismo Dios, y el cumplimiento de su voluntad. Dios no pudo proponerse otro fin en todas sus obras, y no permite al cristiano sustituir otro, antes bien se lo prohíbe. No existimos sino para glorificar a Dios, y le glorificamos amándole y obedeciéndole. Esta gloria de Dios debe tener el primer lugar en nuestros pensamientos y deseos; debe ser el gran móvil de nuestras acciones, y cualquier otra intención, por santa y buena que sea, debe ser considerada como de orden secundario.

Esto es lo que nos enseña Jesucristo en la oración que nos propuso, y cuyas primeras peticiones no miran mas que a Dios, y a los intereses de su gloria. «Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.» Que todas las criaturas racionales os alaben, os adoren y celebren a porfia vuestra santidad; que os imiten haciéndose santas, porque Vos sois santo; y perfectas, porque sois perfecto; y así seáis santificado en ellas y por ellas. —«Venga a nos el tu reino;» que todas os reconozcan por su único soberano; que os constituyan dueño absoluto de su corazón, y os inviten a ejercer en él vuestro supremo dominio, del cual sois tan celoso.— «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.» Los Angeles y los bienaventurados no reconocen otra ley que vuestra voluntad:

ella es el principio del orden, de la paz y de la caridad que reina entre ellos, pues ponen toda su dicha en cumplirla. Que suceda lo mismo aquí abajo entre los hombres, de suerte que no usen de su libertad, sino para someterla no tan solamente a vuestras órdenes, sino también a lo que sea de vuestro mayor agrado, y a las disposiciones de vuestra adorable providencia. Tales deben ser los deseos más íntimos y mas ardientes de la verdadera devoción. ¿Y el corazón con la boca que cada día las pronuncia? nuestras intenciones y obras ¿corresponden a la sinceridad de nuestras súplicas?

VI

El segundo objeto que se propone el verdadero devoto, es su propia santificación, que desea con todas veras no para hermoear y perfeccionar su alma, sino también para cumplir con un mandato del mismo Dios, y porque sabe que con ello le agrada, y contribuye a su gloria. Los esfuerzos que hace para adquirir las virtudes no tienden a complacerse en ellas, sino a dar gusto a Dios: y ni siquiera tiene empeño en saber si le agrada, obrando con rectitud y simplicidad, sin buscar como darse testimonio a sí mismo de la bondad de sus acciones.

Del mismo modo, si evita cuidadosamente todo pecado, cualquiera que sea, y toda imperfección, no es porque considere esto como una mancha y deformidad para su alma; sino porque es una ofensa de Dios, un desorden que ofende a la santidad y pureza de sus divinos ojos, un objeto que le es odioso, y que provoca su indignación: de modo que al mismo tiempo que está pesaroso por una falta que ha cometido por respecto a Dios, se goza por

otra parte del sentimiento de humildad y abyección que en él engendra semejante falta. Asimismo aspira a la santidad, no para apropiársela, y poseerla como un bien suyo, sino para hacer de ella un homenaje a Dios, y tributarle toda la gloria como a única fuente de toda santidad.

Quiere ser santo, no a su modo y según sus ideas, sino según las de Dios. No ignora que su santificación es mas bien obra de Dios que suya; que lejos de poder trabajar por sí mismo, no haría mas que echarlo a perder todo, si fuese el primero en trabajar en ella; que pertenece a Dios el comenzar, continuar y acabar, y a él, dejar obrar a este grande Hacedor, no oponerle ningún obstáculo, y ayudarle con su consentimiento y cooperación.

Finalmente sus deseos no le llevan a una santidad sublime, moviéndose por una falsa elevación de sentimiento, y por una emulación celosa de igualarse con ciertas almas privilegiadas; solo desea llenar la medida de santidad a que Dios le llama; solo aspira a corresponder a las gracias que de él recibe, y serle fiel, en cuanto alcancen sus fuerzas; quedándose tan contento con un solo talento, con tal que lo haga fructificar, como si hubiese recibido dos y aun cinco.

VII

El tercer objeto de la devoción, y el que más nos interesa, es nuestra felicidad, la que está inseparablemente vinculada a nuestra dedicación a Dios. Ser feliz, es estar unido al sumo Bien; unión que la devoción comienza aquí en la tierra, para consumarla en la eternidad. Nuestra felicidad es una consecuencia de nuestra santificación; es un principio cierto que lo que tiende a que sea mejor el

alma, por lo mismo tiende a que sea mas feliz. La perfección y la felicidad son entre sí como la causa y el efecto: lo que se verifica hasta por lo que toca a Dios, en quien la felicidad no es tanto una perfección como el resultado de sus infinitas perfecciones. Es incontestable, pues, que la devoción bien entendida y bien practicada es la fuente, o por hablar con mas propiedad, es la única fuente de la felicidad sólida que el hombre puede gozar en esta tierra.

Pero esta felicidad pasajera no es mas que una sombra, si se compara con la bienaventuranza eterna que Dios promete a los que se dedican a su servicio. Porque pensando Dios en su gloria, no por eso olvidó nuestros intereses; antes al contrario, quiso que éstos fuesen dependientes de aquella, y que sometiéndonos a su voluntad, encontrásemos todas las ventajas de la vida presente y de la futura; y si la devoción no produce siempre este efecto, de ningún modo debe atribuirse a ella, sino a los que la entienden y practican mal.

Así en las ideas infinitamente sencillas y exactas del divino entendimiento, los otros dos objetos se reducen al primero y se confunden con él, pues donde ve Dios la gloria que espera de nosotros, allí mismo ve nuestra felicidad. Por esto el verdadero devoto no mira su santificación sino como un medio de glorificar a Dios, y a su felicidad sino como encerrada en la gloria del mismo Dios, de la que aquella es una consecuencia. De aquí es que el principal fin del hombre devoto y el grande objeto de todas sus acciones son esta gloria de Dios, no dudando que se hará santo y feliz a proporción de lo que la habrá procurado, aunque no piense en ello en particular. No excluye por eso los otros dos objetos; muy al contrario piensa en ellos con frecuencia; pero el primero le arrebat, y le encubre, por decirlo así, los otros dos.

No sucede así con el devoto vulgar. Su propia salvación es el objeto a que da toda la preferencia, y en que

pone la mayor atención, y su espíritu no lleva otra mira. Si practica lo que juzga conveniente para ello no es sino para asegurarla; evita lo que cree que puede exponerla, y en esto está toda la medida de su santidad, y no va mucho más allá. Por lo tocante a la gloria de Dios, es cosa rara para él obrar directamente por ella, aunque se guarde de tomarse la libertad de hacer cosa ninguna que le sea opuesta. Así es como el amor a sus intereses, al que da la ventaja sobre todo, le hace trastornar el orden que Dios quiere que guarde en estos tres objetos, y de aquí provienen todos los defectos de su devoción.

VIII

Pero vengamos a los pormenores de las cualidades que caracterizan la dedicación a Dios. Nadie ignora que la devoción por cualquier aspecto que se la considere es cosa sobrenatural: es sobrenatural en su objeto, que es Dios conocido no solo por la razón sino también por la fe: es sobrenatural en sus motivos, en sus medios y en su fin: es sobrenatural, por ser imposible al hombre concebir su idea por sus solas luces, abrazarla por su sola voluntad, y ponerla en práctica por sus solas fuerzas; y finalmente es sobrenatural porque lejos de favorecer en nada a la naturaleza corrompida, la combate y se propone reformarla.

Por consiguiente nadie puede aficionarse a la devoción sino por la acción de la gracia, que ilumina el entendimiento, solicita la voluntad, y fortifica la libertad: ni tampoco puede mantenerse en ella, hacer progresos, ni alcanzar su perfección, sino con el socorro de la misma gracia.

Y como, a excepción de ciertas gracias que previenen

del todo al alma, Dios no concede las otras sino por medio de la oración, de aquí se sigue que la primera cosa que inspira la devoción es un atractivo por la oración; o antes bien ella misma es este *espíritu de gracia y de plegarias* que por boca de un profeta Dios promete derramar sobre su pueblo. *Es un espíritu de plegarias*, a saber, una disposición, una tendencia habitual del alma a elevarse hacia Dios, y unirse con él, adorando su suprema majestad, dándole gracias por sus beneficios, pidiéndole perdón de los pecados que ha cometido, y solicitando los socorros espirituales necesarios a su flaqueza; *es un espíritu de gracia*, porque esta disposición y esta tendencia son efectos de la gracia.

Digo *una disposición habitual*, que siempre subsiste en el fondo de la voluntad hacia Dios, y que, según la ocasión o necesidad, se manifiesta por actos expertos y formales, proferidos por la boca, o hechos con el corazón. Los actos expresos no pueden ser continuos; pero el afecto interior que los produce y anima puede y debe serlo. Y de esta elevación habitual del alma hacia Dios debe entenderse el precepto de Jesucristo: «Conviene siempre orar y no desistir de ello.»

Alma cristiana, si tienes este espíritu de oración, tienes la verdadera devoción; pero no lo posees todavía, si solamente te lleva a la oración el deber y la necesidad, y no el gusto y el atractivo; si este ejercicio te es penoso, si te repugna, si te cuesta grandes esfuerzos; si estás en él floja, tibia, voluntariamente distraída y enojosa; si cuentas los instantes; si los abrevias cuanto puedes; si, finalmente, pagas a Dios esta deuda del mismo modo que un mal deudor se descarga de las suyas. De este modo puede uno orar a menudo y de continuo por hábito, rutina, respeto humano, o porque la regla o el estado lo exigen, sin tener espíritu de oración: no obstante nada hay más frecuente.

IX

Mas este espíritu de oración es un espíritu evidentemente interior, puesto que es un espíritu de gracia, y «el espíritu que pide por nosotros con gemidos inefables; el espíritu del Hijo, que Dios envía a nuestros corazones, que clama: *¡Padre, padre!*» esto es, que forma en nosotros el afecto filial, que viene a ser como un grito continuo del corazón hacia Dios nuestro Padre. Este divino Espíritu es mas interior que todo cuanto hay de mas íntimo dentro de nosotros, y extiende su acción sobre las mas nobles facultades de nuestra alma, que son entendimiento, voluntad y libertad. La verdadera devoción, pues, es esencialmente interior; reside en el fondo del alma, en donde inspira buenos pensamientos y dulces sentimientos; y desde dentro se extiende por fuera, y da vida a todas las obras exteriores de piedad.

En afecto, ¿qué sería una devoción puramente exterior, que no consistiese sino en palabras y vanas protestas, o en acciones que no tuviesen su origen en el corazón? Solo reina un simulacro de devoción, con que se podría engañar a los hombres, que no juzgan sino por las apariencias; pero que no engañaría jamás a Dios, cuyas miradas se van directamente al corazón. No cuidan mucho los hombres de la buena voluntad de quien los obliga con tal que les hagan servicios útiles; pero ¿qué necesidad tiene Dios de nuestros homenajes? solamente los aprecia en cuanto le son gloriosos, y no son tales sino en cuanto son sinceros y nacen del corazón.

La devoción es también interior, porque aparta el alma de los objetos exteriores que la disipan, llamándola a si misma, y reconcentrándola en Dios, quien allá dentro la hace sentir su presencia, enseñándola además a recoger sus sentidos, a sujetar la imaginación, a contener los va-

nos pensamientos, a calmar las agitaciones, a fijar la inquietud de sus deseos, y a reunir todas sus fuerzas para mantenerse unida con el objeto a quien está dedicada. Por medio de esta unión interior con Dios santifica el alma no solo sus oraciones vocales y mentales, el ejercicio de sus deberes y de sus buenas obras, sino también las acciones corporales, como el beber, el comer, dormir, y aun aquellas que parecen más indiferentes, como son las conversaciones y los honestos desahogos que sabe referir a la mayor gloria de Dios, siguiendo el consejo del Apóstol.

La devoción da al cristiano el conocimiento experimental de esta sentencia de Jesucristo: «El reino de Dios está dentro de vosotros»; sentencia cuyo sentido nadie comprenderá sino el verdadero devoto. Dios ejerce su reinado sobre el alma que le está dedicada por la operación de su gracia, y la hace atenta a su voz, por la cual la intima en todos los momentos su voluntad. Y como esta voz es de una delicadeza infinita, y no puede ser oída en la disipación, en el tumulto y turbación de las pasiones, el alma, que por un toque profundo ha sentido una vez sus encantos, y que conoce cuan ventajoso es para ella ser dócil a semejantes atractivos, procura mantenerse en el recogimiento, en la calma, en una cierta soledad interior, y en una extrema atención para no perder ninguna de las instrucciones y advertencias que Dios quiera darla. Así es como el servidor dedicado a su amo, y que siempre está dispuesto a cumplir sus voluntades, no se deja distraer por cuidados extraños, está siempre atento a todas sus palabras, se aplica a entenderlas bien, y hasta observa sus ojos, sus gestos y las mas pequeñas señales de sus intenciones.

Esta atención debe ser continua, porque la acción de la gracia sobre el alma lo es también. Es un hilo que la dirige, que conviene tenga siempre asida de su mano, y del

que no puede separarse un instante sin extraviarse. De este modo, cuando el alma se ha entregado seriamente a Dios, experimenta que sus avisos interiores son continuos, y se hacen notar sensiblemente hasta que haya adquirido un hábito de obrar en un todo por el espíritu de la gracia: y cuando este espíritu se haya hecho familiar y como natural, le sigue casi sin advertirlo; aunque no por eso su influencia sobre todas las acciones deja de ser mucho mas grande. Si se me objeta que una atención tan fuerte y tan continua es muy incómoda; responderé en primer lugar, que el verdadero devoto no hará jamás semejante objeción, y que ni aun le ocurrirá a la mente; y esta respuesta no tiene réplica para cualquiera que comprende lo que es estar dedicado a Dios. En segundo lugar digo, que si hay trabajo, el amor lo endulza, y que el hábito hace fácil lo que costaba mucho al principio.

X

Sin embargo de lo dicho seria una grosera ilusión el creer que la devoción no puede ser sino interior; y bajo pretexto de que Dios ve lo de adentro, suprimir la oración vocal y las otras demostraciones exteriores. Somos hombres, y no puros espíritus, y así es justo que el cuerpo tome parte en los homenajes del alma, y que nuestros principales órganos se empleen en las alabanzas de Dios, pues para esto los hemos recibido, y este es el mas noble uso que de ellos podemos hacer: es menester que el hombre entero adore y ruegue.

Además, el alma tiene necesidad de excitarse a la piedad y de sostenerse en ella por las cosas que hacen impresión en los sentidos. Así el aparato exterior del culto, el

orden, la majestad de las ceremonias, los movimientos e inflexiones del canto, la vista de los cuadros y de otros objetos preciosos, son cosas necesarias para mantener la devoción. La compostura decente y humilde del cuerpo, las rodillas dobladas, las manos juntas, los ojos modestamente bajos o elevados hacia el cielo, son otras tantas expresiones del respeto y de la atención del alma en la oración, que naturalmente y sin hacer reflexión a ello está inclinada a acompañar sus sentimientos con semejantes indicios exteriores.

Añadid a esto la edificación que se debe al prójimo, que no puede juzgar de nuestra piedad sino por lo que aparece defuera; y que siendo la religión el primer lazo de la sociedad, exige un culto común y público, y por consiguiente exterior, en que los hombres enderezan a Dios los mismos votos y las mismas oraciones, animándose mutuamente a cantar sus alabanzas. El ministerio eclesiástico, que es de institución divina, es una prueba evidente de la necesidad de un culto exterior.

No ha existido jamás un verdadero devoto, aunque se hallase en una soledad, que no haya tenido todos los días tiempos señalados para la oración vocal. El mismo espíritu interior mueve a hacerlas, aun a aquellos que mas se aplican a la contemplación; y si en algunas ocasiones pasajeras el atractivo o recogimiento fuese tan vehemente que obligase a suspender este modo de orar, seria preciso volverlo a practicar tan luego como se tuviese mas libertad de espíritu.

Ya sea, pues, que se ruegue a Dios en los lugares que están destinados para las reuniones de los fieles, o ya sea a solas, conviene entregarse de tal modo a la oración mental, que no se omita de ninguna manera la vocal. La primera no podría sostenerse mucho tiempo sin la segunda, y degeneraria infaliblemente en una soberbia y peligrosa ociosidad. Porque tanto como es difícil hacer bien

la oración vocal sin el socorro de la mental, con la que se alcanza el espíritu interior, otro tanto lo es el que pueda mantenerse el alma en la desnudez de la contemplación, sin ayudarse de cuando en cuando de la vocal. Sucede ordinariamente en la oración que el alma vivamente penetrada no puede reprimir sus ímpetus vehementes y sus transportes, y entonces los expresa por medio de palabras, de miradas, de suspiros, de lágrimas, o por medio de varios movimientos que se le escapan: todo lo que es una consecuencia de la unión del alma con el cuerpo, y de su mutua correspondencia.

XI

Si es un abuso excluir de la devoción la oración vocal, no lo es menos, y aun más común desterrar de ella la oración mental. Esto puede ser excusable en el vulgo grosero y mal instruido, que apenas hace uso de su espíritu; y asimismo en la edad juvenil en que la extremada ligereza de la imaginación necesita fijarse por medio de alguna cosa sensible. Pero ¿es perdonable a personas maduras y suficientemente instruidas, no saber orar sino con el libro en la mano, y persuadirse que están ociosas si no mueven sus labios; y que Dios no las entiende si no articulan sus súplicas, y a veces tan alto que estorban a los que están a su lado? ¿Cuántas mujeres piadosas no van a la iglesia sino cargadas de libros en los que tienen encerrada toda su devoción? Se las ve tomar esos libros uno después de otro, y buscar métodos para oír misa, para confesarse y para comulgar, en los que se hallan ordenados los actos y las fórmulas sin mas necesidad que pronunciarlos: si no han omitido ninguno de ellos, ya creen haber llenado dig-

namamente su objeto, y que Dios no les pide mas. Sin embargo el menor acto que hubiese formado su corazón, el menor sentimiento que le hiciesen concebir seria mucho mas agradable a Dios, y para ellas mas provechoso. Pero su corazón está frío, seco y vacío; y en medio de ese flujo de palabras que profiere la boca, el corazón no dice nada.

Y así por más que digan que las oraciones escritas y ordenadas las mueven más y alimentan su devoción, yo tengo poca confianza en semejantes actos metódicos y bien dispuestos, en que se expresan con bellas palabras sentimientos a veces bien extraños a aquellos que los pronuncian, y tal vez al mismo que los ha compuesto. Pero demos que por la primera vez las muevan por causa de su novedad: la impresión que les hacen afectará siempre más a su imaginación que a sus corazones; y al cabo de algún tiempo unas fórmulas repetidas todos los días llegarán a cansarles; ya no les harán más impresión, les causarán enfado, y las dirán maquinalmente y de memoria. De aquí es que les será preciso buscar otras, de las que se disgustarán del mismo modo; y agotados bien pronto todos los devocionarios, ya no sabrán a donde recurrir.

¿Por qué, pues, no se acostumbran mas temprano a recogerse, y a buscar, como David, en su mismo corazón la oración que quieran hacer a Dios, lamentándose delante de él de nuestra frialdad e insensibilidad, y conjurándole a que supla nuestra espiritual pobreza? ¿Seria tal vez en mal modo de orar el humillarse ante Dios, reconocer la propia impotencia, atraer la gracia de lo alto por medio de profundos gemidos; y si se tiene en algún intervalo cualquier buen sentimiento, atribuirlo con reconocimiento al Autor de todo bien?

Cuando el manantial de la devoción existe en el corazón, es inagotable, los afectos que nacen de ella son siempre variados, hallando cada vez en ellos un gusto nuevo. Para expresarlos no se necesitan discursos estudiados,

presentándose al punto las expresiones más sencillas, las más naturales y más vivas; y hasta el mismo silencio de un corazón conmovido y enternecido es mucho mas elocuente que las palabras; y en mil ocasiones no le queda otro recurso para mejor testificar a Dios todo cuanto siente, que el callar.

¿No es por ventura bien claro que esas fórmulas todas marcadas fomentan la pereza, y que dispensan de prepararse antes de la oración, contra lo que ordena el Sabio? No hay más que abrir el libro y leer; he aquí toda la preparación que basta a tales personas.

No las habléis de la meditación, porque os responderán que no pueden meditar, y que con el menor esfuerzo que para ello hiciesen su cabeza se agotaría. Confieso que la meditación es trabajosa para cualquiera que no está acostumbrado a reflexionar; que las imaginaciones vivas no son muy propias para ello, y que no todas las cabezas son capaces de permanecer en ella por mucho tiempo. Empero que se les proponga el dejar las reflexiones cuando están en la presencia de Dios, y que pasen luego a los afectos, y os responderán que su voluntad no es fácil de moverse; que, aunque alguna vez sientan algún buen movimiento, desaparece al instante, y que por esto se sirven de los libros.

Si se les dice que se estén con sencillez en reposo, y que atraigan suavemente sobre sí mismas el rocío del cielo, por medio de actos vivos y breves, repetidos de cuando en cuando, no dudan en condenar semejante reposo, tachándose de ociosidad, y en demostrar su aversión por este modo de orar, que no obstante es el de las almas interiores: y así sucede que ellas no lo son, y que aun temen el serlo. A pesar de esto se lisonjean de ser devotas, porque hablan mucho y largo tiempo con Dios, del mismo modo que si hablasen con sus semejantes, y que en lugar de calentar el corazón, desecan su pecho.

Que digan lo que quieran, el amor propio es el que preside a sus oraciones, que hacen mas por sí que por Dios. Su fin principal es darse testimonio a sí mismas de que han hecho oración, y creen tener de ello una prueba palpable cuando han rezado, hasta perder el aliento, un gran número de oraciones. Por esta misma razón algunos las pronuncian en voz alta a fin de que les sirva de testimonio su mismo oído. San Antonio, que sin duda fue un verdadero devoto, no pensaba de este modo; pues preguntando cual era el mejor modo de orar, respondió: «Cuando se ora sin advertirlo».

XII

Otro de los abusos en que incurre la devoción exterior es el multiplicar de tal manera las prácticas, que apenas basta el día para cumplirlas. Se conservan las antiguas, y cada día se añaden otras nuevas, y esto fatiga al espíritu, y le quita su libertad; haciendo con frecuencia que se descuiden los deberes del propio estado, que se deje la acción por la oración, o bien, si se ruega obrando, la atención está dividida, y no se hace bien ni lo uno ni lo otro. Es ciertamente muy santo y laudable hacer algunas oraciones jaculatorias en medio de las ocupaciones, y suspender alguna vez el trabajo para renovar la presencia de Dios; pero estos actos deben ser cortos, y mas para ejecutarlos con el corazón que con la lengua.

Algunas personas hacen consistir su devoción en permanecer largo tiempo en la iglesia, en asistir a los sermones y bendiciones del santísimo Sacramento, en no faltar a ninguna práctica religiosa donde pueda ganarse una indulgencia. Tienen su calendario, en el que están señala-

das todas las fiestas que se celebran en los conventos y comunidades, y les causaría escrúpulo no asistir a ellas. Se inscriben en todas las cofradías y asociaciones, con lo que se cargan de tantas prácticas y oraciones que las abruma, haciéndose al fin preciso que el confesor se las disminuya, a no ser que estén tan aferradas que no pueda hacerlas consentir en dejar ni una sola. La intención es buena, y cada una de estas prácticas considerada separadamente lo es también; pero conviene guardar moderación en todo, y en los ejercicios de piedad más que en otras cosas. Con la acumulación de tantas prácticas no se ocupa el espíritu ni el corazón, sino la imaginación; y ya se sabe cuan viva, ardiente e insaciable es por sí misma, sobre todo en el sexo devoto. Cuando el espíritu interior no hiciese otro bien que poner orden a estos excesos, e inspirar una devoción regulada, moderada y razonable, esto sería lo bastante para empeñar a las almas piadosas a entregarse a él.

XIII

La verdadera devoción no admite ninguna reserva: consiste en entregarse del todo a la gracia, y estar resuelto a ir tan lejos como ella nos conduzca. Entregarse a la gracia, es quitar todos los obstáculos que impiden su acción, a medida que se conocen; es seguirla paso a paso con una exacta fidelidad, y no prevenirla, ni arrojarle a todos los excesos de un fervor indiscreto. En los primeros transportes del amor naciente, suele adolecer el alma de este defecto. Muchos Santos han tenido que arrepentirse de él, en particular San Bernardo, que muy pronto estragó su estómago a causa de sus violentas abstinencias. También

cabe en esto tentación del demonio, quien procura acabar con nuestras fuerzas desde que emprendemos esta carrera, a fin de impedir que la concluyamos, y de hacernos volver al mismo estado de antes. No estará expuesto a verse en este conflicto quien consulta a un director sabio, sobre todo en materia de ayunos, vigiliass y austeridades, ateniéndose a su parecer.

Pero, fuera de esto, es evidente que apetecer la amistad de Dios, y procurar conseguirla sin hacerse violencia sino hasta cierto punto, fijar un término a la carrera del espíritu, y resolverse a no pasar de allí, no seria dedicarse a Dios, sino darse a él con medida y restricción. Que haya alguna reserva cuando ofrecemos nuestros respetos a los hombres, es justo, porque conviene que los derechos de Dios sean siempre respetados; pero siendo Dios infinitamente superior a todo cuanto existe, y no pudiendo cosa alguna limitar el ejercicio de su dominio sobre la criatura, su servicio no es susceptible de ninguna reserva, y quien lo abraza, debe hacerlo sin excepción ni condición alguna: porque dedicarse a él, es empeñarse a no reconocer otra ley que la de su voluntad suprema, y a conformarse con ella, por mas que repugne a nuestra propia naturaleza.

Y que no se alegue la propia flaqueza, ni se diga: «jamás podré hacer tal o cual cosa, aunque la gracia lo exija de mí». Porque la voluntad de Dios hace posible todo cuanto manda, porque vincula siempre a su mandato los medios de cumplirlo. Sería Dios injusto, si, cuando nos hace entender que desea de nosotros alguna cosa, no nos diese un auxilio suficiente, puesto que nada podemos por nosotros mismos. Cuando leéis en las vidas de los Santos ciertos rasgos heroicos; al paso que los admirais, renunciáis a imitarlos. Pero ¿sabéis si Dios os pedirá las mismas cosas? Y si él os las pide, ¿por qué no podríais con su gracia lo que pudieron ellos? No os asusteis, pues; lo que

hoy os parece absolutamente imposible de hacer, os parecerá fácil, o a lo menos muy posible, cuando llegue el momento de ejecutarlo.

No es siempre la mala voluntad la que mueve a hacer reservas secretas cuando se emprende el camino de la devoción: si tal fuese no duraría en decir que semejante devoción es falsa e ilusoria, y que se expondría a no cumplir sus empeños para con Dios, quien no está obligado a darnos sus gracias para que le sirvamos a gusto nuestro: y aun peligraría nuestra salvación, por mas deseos que tuviésemos de asegurarla. La causa ordinaria de estas reservas es que, viendo abierta delante de nosotros la vasta carrera de la santidad, y consultando las fuerzas presentes, juzgamos imposible recorrerla por entero. Nos resolvemos a entrar en ella, porque tal es nuestra voluntad; pero nos formamos un plan conforme con la actual flaqueza, y a él queremos sujetarnos sin pasar mas adelante.

Error grosero, que proviene en parte de la ignorancia, y en parte del amor propio, solícito siempre de mirar por sí, y en parte también del demonio, que tiene envidia de nuestro progreso. Debería pensarse que nuestras fuerzas toman su principio de la gracia; que crecen a proporción de nuestra fidelidad; que Dios mide siempre la grandeza del socorro con la de las dificultades: de modo que, cuanto mas se avanza, tanto mas ardor se siente para correr, y mas facilidad se encuentra para vencer los obstáculos. ¿Qué se diría de un niño que, sin reflexionar que su fuerza había de aumentar insensiblemente con la edad, regulase sobre su debilidad presente el peso que debería llevar cuando hubiese llegado a la edad varonil, y no quisiera creer que entonces podría soportar un peso veinte veces mayor?

Vosotros, cualesquiera que seáis, si deseáis entregaros a Dios, hacedlo con toda vuestra voluntad, sin entrar en composiciones, y no os cause impresión otra cosa, sino el

no tener bastante generosidad. Creed que la menor reserva os debilitaría, aun para las cosas que consentís hacer de buena voluntad; y que al contrario el peso os será tanto más ligero cuanto menos lo disminuyais. Esto parecerá una paradoja a quien no piensa que Dios despliega todo el poder de su gracia en favor de un alma noble y generosa, que nada escasea con tal de complacerle; y que un corazón encogido y miserable le obliga, contra su voluntad, a usar también de reserva por su parte.

No es mi designio explicar por menor lo que es no tener ninguna reserva para con Dios, ni qué especie de reservas manifiestas u ocultas entran en la mayor parte de las devociones; porque esto me haría traspasar los límites estrechos de este librito. La práctica enseñará sobre este asunto a las almas de buena voluntad mucho más de lo que yo podría decir.

XIV

La verdadera devoción no admite ninguna división: «Adorarás al Señor tu Dios, y a él solo servirás.» Tal es la ley de la devoción. La adoración, que comprende el homenaje del espíritu y del corazón, excluye toda reserva; y el servicio que no pertenece más que a Dios solo, excluye toda división. Todo otro servicio diferente del suyo no es legítimo sino en cuanto es una consecuencia y una dependencia de aquel. Jesucristo dice que nadie puede servir a dos señores, como Dios y el mundo, cuyas voluntades son contrarias, sus leyes opuestas, y por consiguiente su servicio incompatible. Dios me quiere todo para sí: el mundo me quiere también todo para él. No hay medio de conciliar ambas pretensiones, que mutuamente se destruyen.

Es preciso escoger, y que si amo al uno, aborrezca al otro; si obedezco al uno, desprecie las órdenes del otro.

¿Cómo sería posible hacerse ilusión sobre una verdad tan palpable? Con todo, a cada paso se encuentran devotos que pretenden conciliar los intereses de Dios y los del mundo; que intentan reunir en un mismo corazón el amor de Dios, y el amor del mundo, y que, queriendo ser de los dos, no son ni del uno, ni del otro. Bien pudiera decirseles lo que el profeta Elías a los israelitas: «¿Hasta cuando claudicareis entre dos pensamientos? Si el Señor es Dios, seguidle; pero si lo es Baal, seguid a éste».

Hay quien cree no estar aficionado al mundo, porque renuncia a todo lo que hay en él de criminal, y que es evidentemente peligroso. Es verdad que ya no sirve a la voluptuosidad, que es la principal divinidad del mundo; pero todavía permanece esclavo del interés y de la falsa felicidad. Por lo tocante a estos dos objetos se siguen máximas reprobadas por el Evangelio, teniendo en mucho las riquezas, la nobleza, las dignidades, y todo cuanto nos eleva y nos distingue; amando o deseando estas cosas, o para nosotros o para nuestros allegados; envidiándolas en los demás, y moviendo todos los resortes para conservarlas, o para procurárnoslas. En mil ocasiones adoptamos los juicios del mundo, conformando con ellos nuestra conducta: deseamos con ardor su amistad; tememos perderla, declarándonos abiertamente por la piedad, y perseveramos en este estado con detrimento de la virtud y a pesar de los remordimientos de la conciencia. Tememos sus burlas y su censura, y mostramos sumo cuidado en ponernos a cubierto de ellas. El servicio de Dios es postergado: se halla uno como forzado, atraído violentamente por dos lados; el respeto humano esclaviza y nos tiene de continuo en agonías mortales. Queremos ser de Dios y nos causa vergüenza pertenecer a él; le rogamos a escondidas; nos ocultamos con mucho cuidado para cumplir

con nuestros deberes de piedad, como si se tratase de ejecutar alguna acción mala. ¡Qué esclavitud! ¡qué tormento! Pero al mismo tiempo ¡qué infidelidad! ¡qué cobardía! ¡qué inconsecuencia!

¿Es esto estar dedicado a Dios? ¿No merece que le sirvamos sino ocultamente? ¿Es motivo de sonrojo confesarle por nuestro Señor? Pero decimos que lo hacemos por huir de la ostentación. Si por este nombre se entiende hacer gala de la devoción, ofrecerla a la vista de todos y buscar los medios de que nos vean y aplaudan por el bien que practicamos, tenemos razón, pues en tal caso no hacemos mas que seguir el precepto del Evangelio. Pero entre este modo de hacer como gala, y temblar de que nos tengan en público por siervos de Dios, dedicados a la gloria y a los intereses de un Señor tan grande y tan bueno, hay un medio, que es, seguir nuestro camino sin embozo, y sin tomarnos pena de si seremos o no notados; seguir rectamente nuestra conciencia; rendir a Dios, sin afectación, pero sí paladinamente, el homenaje que espera de nosotros para gloria suya y edificación del prójimo, haciendo en secreto tan solamente aquello que él mismo quiere se oculte a los ojos de los hombres.

El verdadero devoto sabe muy bien mantenerse en este medio. No teme que se sepa que sirve a Dios con todo su corazón, y que desprecia y tiene horror a todo lo que sabe a mundo; manifiesta llanamente su modo de pensar sobre esto en las ocasiones que es necesario, y en que es preciso pisotear el respeto humano. Pero no es menos cuidadoso de sustraer a los ojos de los otros ciertas prácticas de piedad, ciertas obras buenas, cuyo conocimiento reserva a solo Dios; conciliando de este modo lo que dice Jesucristo: «Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos»; y en otra parte: «Mirad, que no hagáis vuestra justicia delante de los

hombres para ser vistos de ellos», y en otra: «Cuando oraréis no seáis como los hipócritas, que gustan de orar en pie en las sinagogas, y en los cantones de las plazas para ser vistos de los hombres...; mas entrad en vuestro aposento, y cerrada la puerta orad a vuestro Padre en secreto». El verdadero devoto tiene siempre presente esta sentencia pronunciada por el Salvador: «A todo el que me confesare delante de los hombres le confesaré yo también delante de mi Padre, y aquel que me negare delante de los hombres, yo le negaré también delante de mi Padre».

Por lo demás, ya sé que hay ciertos miramientos que la prudencia autoriza; que una virtud flaca no debe ponerse enteramente de manifiesto, ni arrostrar demasiado abiertamente el respeto humano, con peligro de no poder aguantar los asaltos que se le den. También se que hay casos en que la deferencia y los miramientos debidos a un padre, a un marido, a un amo poco inclinados a la piedad, exigen que se tenga circunspección y que les oculte cuidadosamente todo cuanto podría ofenderlos e irritarlos. De este modo se conducían los primeros cristianos en las persecuciones domésticas. Por el bien de la paz no se descubrían ni a sus padres, ni a sus amos, ni a sus amigos idólatras; el hermano evitaba las miradas del otro hermano que le observaba; la mujer las de su marido, y en general el fiel las del infiel. Hoy dia mas que nunca hay circunstancias en que se puede y aun se debe observar la misma conducta. En tal caso conviene tomar consejo de un confesor prudente, y seguirlo.

Pero cuando no se debe dar razón a nadie de las propias acciones, y que a lo más solamente hay que temer la censura impotente de los mundanos, no se debe balancear un instante en despreciarla, en andar con la frente serena, y en darse a conocer sin rebozo por lo que uno es, y por lo que desea ser. ¿Los partidarios del mundo temen por ventura el declararse? ¿Lo temíais vos cuando erais de

este número? Lo más obvio es romper absolutamente con él de corazón y de afecto, y acostumbrarse a ver, juzgar, hablar y obrar de un modo del todo opuesto al suyo, y no conservar con él otras relaciones que las precisamente indispensables y compatibles con la mas delicada piedad; y en lo demás renunciar su comercio, sus placeres y su estimación; hacerse superior a sus habladurías; estar muy gozoso, como los Apóstoles y todos los verdaderos discípulos de Jesucristo, de que nos critique, nos desprecie, nos vitupere, nos calumnie, y nos persiga.

La dedicación a Dios nos pide estas disposiciones; y ella misma nos reviste de ellas, si es sincera. Cuando se ha tomado este partido sin titubear, presto se halla uno bien recompensado, aun en esta misma vida: se halla desprendido de muchas trabas, libre en lo exterior, pacífico en lo interior, y Dios está contento; la conciencia no remuerde; y el mismo mundo admira y aprueba el desprecio que de él se hace.

XV

La verdadera devoción es de todas las edades y de todas las condiciones; y se extiende a todas las situaciones y a todas las acciones de la vida. Desde que el cristiano tiene uso de razón en el primer instante debe consagrar a Dios los pensamientos de su espíritu y los afectos nacientes de su corazón. Dios es muy celoso de estas primicias; y el orden pide que la dedicación a él desde la infancia sea el fruto del primer desarrollo del alma. En esta edad feliz en que todo es candor e inocencia, y en que el espíritu está más desembarazado de preocupaciones, el corazón mas libre de pasiones, la conciencia mas pura, también

somos más susceptibles de una piedad sincera, tierna, simple, ingenua. «Dejad venir a mí los pequeñuelos», decía Jesucristo, pues que ignoran lo que es malicia; el mundo todavía no los ha seducido ni corrompido; están exentos de toda mancha; su alma aun nueva es flexible a todos los movimientos de la gracia; el reino de los cielos de tal modo se ha hecho para ellos, que en una edad más avanzada, para ser apto para él, es preciso asemejarse a la infancia lo mas que se pueda.

Corazones jóvenes, entregaos, pues, a Dios, y responded a sus dulces invitaciones. Vosotros que sois sensibles a las caricias de un padre y de una madre, probad las caricias del Padre celestial. Por vosotros especialmente se ha dicho: «Gustad y ved cuan suave es el Señor». Dejaos embriagar muy temprano del vino de su amor, y esta santa embriaguez os preservará del licor lisonjero sí, pero envenenado, con que algún día os brindará el mundo.

Y vosotros, padres cristianos, pedagogos de la juventud, directores de su conciencia, daos prisa a sujetarla al yugo del Señor, pues es bueno llevarlo desde los primeros años; entonces el alma se doblega y acostumbra a él sin pena; y si en adelante tuviese la desdicha de sacudirlo, le será más fácil volver a sujetarse a él.

Cuanto mayor incremento toman las luces de la razón, tanto más inexcusable es el no dedicarse a Dios. Las pasiones, no hay duda, comienzan a hacerse sentir; y su ruido tumultuoso tiende a sofocar la voz de la gracia. Pero es fácil imponerles silencio, cuando están al nacer, o a lo menos preservar el corazón de su seducción: no podrán ellas sostenerse, ordinariamente hablando, contra los ejercicios de piedad y la lectura de buenos libros, contra los santos avisos y buenos ejemplos, y el frecuente uso de los Sacramentos.

La edad viril, en que la razón está en su fuerza, el corazón tiene más consistencia, y el carácter más solidez,

sería la más a propósito para que la gracia obrase con mas eficacia sobre el alma, para determinarla al partido de la devoción, si los cuidados de la vida, los desvelos de la ambición, los malos hábitos contraídos en la juventud no pusiesen obstáculo. Pero no hay ninguno de que no pueda triunfar un espíritu recto y una voluntad enérgica. ¿Y sobre qué pretexto plausible podría un cristiano dispensarse entonces de dedicarse a Dios, de lo que experimenta mejor que nunca la necesidad y las ventajas? Si entonces es cuando se ocupa mas seriamente en aumentar su fortuna, ¿no será justo que piense también en la morada permanente que su trabajo debe asegurarle en los cielos, y que vuelva hacia este objeto, el único interesante para él, todos sus proyectos y todos sus procederres?

En la vejez, en que las pasiones extinguidas dejan al espíritu toda la claridad de sus luces, y no contradicen tanto las determinaciones de la voluntad; en que la experiencia nos ha desengañado de los encantos e ilusiones del teatro del mundo; en que los objetos no hacen mas que una débil impresión en los sentidos amortiguados; en que las enfermedades y caducidad advierten que el fin de la vida está cercano, y que se toca ya a las puertas de la eternidad, todo invita, todo hostiga para entregarse a Dios, a lo menos en los últimos instantes de la vida, para indemnizarle, por medio de una piedad sólida, de tantos años como se le han arrebatado para hacer de ellos un uso el mas vergonzoso, y tal vez el más criminal. No hay que admitir dilaciones; la muerte se acerca con paso acelerado, y será demasiado tarde, cuando la última enfermedad venga a sorprendernos.

La ligereza de la infancia, la fogosidad de la juventud, las ocupaciones privadas y públicas de la edad madura, lo pesado de la vejez, todo esto no puede mirarse como motivos de dispensa, o de excusa. La conclusión que debe sacarse es que cada edad tiene sus dificultades que vencer,

y que, en todos los tiempos de la vida, es necesario, para ser de Dios, hacerse violencia.

XVI

Lo mismo debe juzgarse de las diferentes condiciones en que cada uno puede hallarse, entre las que no hay ninguna que no presente un lado favorable a la devoción, y otro contrario; empero ninguna de ellas ofrece un motivo legítimo que excuse de ser devotos. La grandeza tiene sus peligros para la salvación, y ningún grande puede verse libre de ellos, sino por una protección especial de Dios, la cual en tanto debe esperarse, en cuanto estamos dedicados a su servicio. Los empleados públicos tienen grandes deberes que cumplir, y están expuestos a grandes tentaciones. ¿Quién podrá lisonjearse de poder cumplir estos deberes, y superar estas tentaciones sin el auxilio de la devoción? Los cuidados y las ocupaciones son tan multiplicados que apenas dejan tiempo para respirar; pero si el corazón es de Dios, se hallará libre en medio de tantos embarazos que se cambiarán en otras tantas ocasiones de poderle dar una prueba de nuestra obediencia y amor.

¿Cuántos se han santificado en el estado militar, en que los obstáculos parecen insuperables? ¿Cuántos en la magistratura? ¿Cuántos en el manejo del tesoro público? Si exceptuamos algunas profesiones, contrarias por su naturaleza a la salvación, que ya están proscritas por el Evangelio, que nadie tiene obligación de abrazar, y que no son sino toleradas en los Gobiernos en que reina la mejor policía; no dudo asegurar que no hay un solo Estado en que no se hayan formado santos y en que no se formen otros todos los días. ¿Es posible que Dios, que es el

autor de las diversas condiciones de la sociedad, hubiese establecido una sola en la cual fuese moralmente imposible salvarse? Si en algunas hay mas dificultades, también ha vinculado a ellas mayores socorros, como por una dicha experiencia lo han probado cuantos se han entregado a su conducta.

La devoción también abraza todas las situaciones. Como es igualmente ventajosa y necesaria en la salud que en la enfermedad, en la prosperidad que en la adversidad, en la opulencia que en la indigencia, en la alegría que en la tristeza, en los bienes que en los males de la vida presente; en los bienes para impedir su abuso, y en los males para ayudar a soportarlos; y como los males son incomparablemente mas comunes acá bajo que los bienes, y todos los recursos humanos son insuficientes en muchos lances, de aquí se sigue que la dedicación a Dios y la sumisión a su santa voluntad son el sólido y único consuelo que queda al cristiano entre las aflicciones y cruces, sean de la naturaleza que fueren.

Finalmente, la devoción se extiende por su naturaleza a todas las acciones, sin que haya una sola que no tenga por su objeto el santificarla; de modo que no podría llamarse una dedicación perfecta, si no ordenase bajo el dominio de Dios todo cuanto puede pertenecerle, como son todas nuestras acciones libres, que por otro nombre se llaman también humanas. La intención de Dios es que todas ellas se refieran a él, y que sean hechas por su gloria, y de aquí es que el verdadero devoto se las consagra todas sin excepción alguna, y las santifica todas por esta consagración. El sabe que debe obrar el cristiano conforme a la Religión todas las veces que el hombre debe obrar conforme a la razón; que no basta que obre en estado de gracia, sino que den a mas obrar por un principio de gracia; al modo que para obrar razonablemente no basta que el hombre tenga uso de razón, si no la aplica actualmente a

lo que hace. Este principio, que es una verdad incontestable nos conduce a largas consecuencias por poco que nos tomemos la pena de profundizarlos.

Nos engañamos, pues, si nos creemos devotos porque practicamos cada día por cierta rutina un número de ejercicios piadosos, si vivimos por otra parte en la disipación y admitimos sin repugnancia toda suerte de pensamientos, de deseos y acciones, con tal que nada tengan de criminal. De este modo Dios no tendría para sí más que ciertos tiempos del día, y en lo demás haríamos lo que nos pareciera. Pero esto no debe ser así, porque todos nuestros instantes le pertenecen; quiere que se empleen de un modo digno de él, y de nuestra profesión de cristiano, y no nos es libre disponer de ellos a nuestro antojo, ni perderlos, por ejemplo, en visitas, en conversaciones frívolas, en lecturas de puro entretenimiento, o en una floja ociosidad. Los deberes del estado, el trabajo y algún corto descanso que puede concederse a la naturaleza, deben llenar los vacíos del día; ninguna cosa debe interrumpir esa oración continua del corazón, que Jesucristo, y el Apóstol después de él, nos recomendaron. El objeto de las oraciones ordinarias sobre nuestras acciones, en las que su gracia es tanto mas necesaria, cuanto estamos mas expuestos a desiparnos, a obrar de un modo demasiado humano, y a cometer muchas faltas, cuyo conocimiento se nos escapa.

XVII

Solo el amor puede producir la dedicación a Dios. El amor debe ser su origen, su aumento y su perfección, y a su vez la práctica de esta dedicación nutre y fortifica el

amor. La devoción puede definirse, el amor de Dios puesto en ejercicio. ¿Qué vendría a ser una dedicación que ni tuviese por causa principal el amor del objeto al cual se dedica? Y si en tanto estamos dedicados a una criatura en cuanto la ofrecemos nuestro afecto, en cuanto nos interesa todo lo que a ella pertenece, buscando con diligencia todas las ocasiones para obligarla y complacerla, y no perdonando a este fin ni al reposo, ni la salud, ni los bienes, ni nuestra propia vida; ¿cuánto mas afectuosos, vivos, ardientes y generosos deben ser los sentimientos de una alma dedicada a Dios?

Cuando él nos manda amarle con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas, ¿no nos manda en términos equivalentes que le estemos enteramente dedicados? La devoción es literalmente la práctica del gran precepto del amor de Dios; lo que falta a la devoción, falta al cumplimiento de este precepto; y puede decirse de la devoción, como de la caridad, que es la plenitud de la ley.

Así la devoción perfecta destierra el temor, del mismo modo que lo destierra la caridad perfecta. La devoción es la señal de los hijos, así como el temor es la marca de los esclavos. El temor considera en Dios un amo, un juez, un vengador, y bajo este aspecto le sirve: la devoción le considera como un padre a quien teme, a quien respeta y a quien obedece, porque le ama. El temor puede disponer a una alma para ser devota, pero no la vuelve tal; y desde el momento en que esta alma lo es, no domina en ella el temor, sino el amor. Luego el amor, donde quiera que esté, tiende a reinar solo, y sobre todo a desterrar el temor, que le es diametralmente opuesto; porque el temor tiene su origen en el amor propio, que es el enemigo del amor de Dios y la peste de la devoción.

¿Qué pensaremos, pues, de ciertas almas que sirven a Dios por temor de condenarse, a quienes solamente im-

presionan las verdades terribles de la Religión, y que están siempre en continuo sobresalto? ¿A quién están dedicadas? ¿A Dios? No, sino a sí propias y a sus intereses. ¿Por qué temen el pecado? ¿por ser una ofensa de Dios? De ningún modo, sino porque Dios lo castiga. ¿Por qué les causa espanto el infierno? ¿Es por causa de la pena de daño, o de la eterna privación de Dios? Tampoco: la pena de los sentidos, las llamas eternas, he aquí lo único que las espanta.

Sin embargo, no debemos confundir aquí el terror que nace de una imaginación viva y débil, y que desaprueba el corazón, con el temor que tiene su origen en sentimientos bajos y serviles. Muchas personas verdaderamente devotas están sujetas a este terror, que es su tormento, y del que con trabajo pueden verse libres. Pero se debilita a medida que avanzan en la devoción, y finalmente desaparece del todo. Y no es cosa rara que muchos después de pasar toda su vida asustados por los juicios de Dios, mueran en paz en la confianza y con cierta seguridad de salvarse.

XVIII

Por la misma causa la devoción verdadera no es mercenaria, ni interesada. Es verdad que en los principios cuando Dios prodiga al alma sus dulzuras, se aficiona con algún exceso a ellas; las busca, y esta es una de las causas de su fidelidad. Pero no tarda en sobreponerse a estas caricias, y después que Dios la ha destetado no deja de servirle con el mismo celo y exactitud que antes. El alma devota en su entrada en la carrera es como un niño; Dios la trata como a tal, y no sería justo atribuirle miras merce-

narias, pues que los consuelos entonces son para ella un atractivo y un cebo. Por lo tocante a la salvación, sea cual fuere el progreso que el ama haya hecho en la devoción, la desea siempre, y arroja de sí con horror toda indiferencia sobre un objeto tan esencial pero la desea mas por relación a Dios que por relación a sí misma. Desea su felicidad; y ¿cómo podría no desearla? pero desea todavía más la gloria y el beneplácito de Dios, a quien sirve, como David, por causa de la recompensa, aunque ésta no es más que un motivo secundario, siendo el amor el primero y principal. El que ama con pureza, no entrevé sino el objeto amado, a quien mira con una mirada directa, que de ningún modo se tuerce al propio interés, al que sin embargo no excluye, y aun no puede excluirle, pues que pone su felicidad en la posesión del bien que ama; pero no establece su fin en esta posesión, en cuanto le hace feliz, sino en la gloria que de esto resulta a Dios, y en el cumplimiento de su voluntad.

No me extenderé más sobre la delicadeza de la más refinada pureza del amor divino; pero reflexionese atentamente sobre las cualidades de la dedicación, que tiene a Dios por objeto, y se comprenderá cuán desprendida debe ser de toda mira interesada. No puedo decir hasta qué grado llega este divino amor en algunas almas privilegiadas que viven sobre la tierra; pues solamente ellas pueden decirlo: mas lo que es cierto, es que ninguna mira de interés particular, ninguna complacencia propia tiene lugar en la morada de los bienaventurados; y esto mismo es lo que hace su felicidad completa. Verdad incomprensible al amor propio; verdad que le desola y desespera, porque no puede formarse idea de una felicidad en que no tiene ninguna parte, y del que está totalmente excluido.

Toda devoción sólida, y que tiene su origen en el amor, tiende a esta admirable pureza de miras de los habitantes del cielo; y si no puede llegar hasta aquí se es-

fuerza a lo menos para acercarse. Veamos si es tal la nuestra, y no temamos de sondear sus motivos para trabajar con la ayuda de la gracia en purificarlos. Sustituuyamos el temor de perder a Dios al temor de perdernos: y al deseo interesado de salvarnos sustituyamos el de poseer a Dios y de estarle eternamente unidos. En cuanto al fondo es una misma cosa, ni es diferente el objeto; pero el modo de verlo es bien diferente; y esta diferencia de aspectos y motivos es lo que da a la devoción diversos grados de excelencia y de perfección.

XIX

Después de lo que acabamos de decir, ¿en qué vienen a parar todas esas devociones, que no tienen más fundamento que el amor propio? ¡Cuán falsas son y cuán engañosas! y con todo ¡cuán comunes! No hablo de ese amor propio grosero que engendra las pasiones y los vicios, sino de un amor propio espiritual que se insinúa sutilmente entre las prácticas de piedad; de un amor propio que tiene también sus vicios capitales; que es orgulloso, avaro, envidioso, voluptuoso, ávido, vengativo y perezoso; que no es menos ciego, y cuyo peligro es tanto mas grande cuanto son mas santos los objetos a que se apega.

En efecto, no son raras las personas devotas que alimentan un secreto orgullo, y que, semejantes al fariseo del Evangelio, están llenas de estimación de sí mismas, y de menosprecio del prójimo; que se apropian las gracias y los dones de Dios, y ninguna cosa temen tanto como verse despojadas de ellas; que tienen envidia a las almas que creen más favorecidas o adelantadas; que se saborean con sensualidad en las dulzuras celestiales, siendo de ellas go-

losas e insaciabiles; que son coléricas, rencorosas, llenas de hiel y amargura, todo, según a ellas les parece, por celo de la causa de Dios; finalmente, que están inclinadas a la relajación, a la blandura, a la ociosidad y a todo lo que lisonjea la naturaleza.

Confieso que, en los principios y aun en el progreso de la vida espiritual estamos mas o menos sujetos a estos excesos, a causa de nuestra imperfección natural, porque el amor propio que ve que le arrancan los bienes temporales, cuando la persona se entrega a la piedad, se abalanza sobre los bienes espirituales, se apodera de ellos y quiere hacerlos su presa, apegándose a ellos con tanta mas fuerza cuanto son de una naturaleza mas excelente. Pero el verdadero devoto se aplica a perseguirle, a combatirle y a desalojarle de todos los lugares en donde se refugia. Esta guerra es su principal objeto, y cree decaer, por poco que se relaje y debilite en sus ataques. Como el espíritu de religión despega al hombre de las cosas temporales, el espíritu de devoción le despega de las cosas espirituales, no sufriendo que se complazca en ellas, que se las atribuya, que usurpe su propiedad; y sobre estos objetos le conduce por grados a la renuncia de todos, a la desnudez y la perfecta pobreza. Todo lo posee entonces el corazón y a nada se siente apegado. Dios quita y vuelve, cómo y cuándo le place, sin que el alma se aflija por ello o se regocije.

No se descubren de pronto los vicios opuestos por ser muy sutiles; pero a medida que adelantamos somos alumbrados por la luz divina, que nos enseña a conocerlos: y toda la fidelidad del alma devota consiste en atraer hacia sí esta luz, recibirla con reconocimiento, y aprovecharse de ella para enmendarse. Esto le cuesta grandes y penosos esfuerzos: necesita animarse mucho: es preciso que se haga una violencia extremada, para llegar a desarraigar enteramente estos vicios delicados; y este es el trabajo de

toda la vida. Pero a la fin si corresponde a la gracia llega a conseguirlo, y se libra, en cuanto es posible, de la tiranía del mor propio. Dios, que ve su buena voluntad, acaba por medio de pruebas misericordiosas lo que ella no puede hacer por sí misma.

XX

Siendo la devoción hija del amor, es también madre de la confianza; porque se confía tanto mas en Dios cuanto más se le ama, y lo uno es regla y medida de lo otro. El amor de Dios no es un amor ciego, sino un amor fundado en el conocimiento de su bondad infinita en favor de sus criaturas. Y este conocimiento es el que nos mueve a fiarnos de él por lo tocante a nuestros intereses, y a no perder jamás la confianza: a creer que, a pesar de sus rigores aparentes, nos ama; que quiere salvarnos, y que efectivamente nos salvará si conservamos la confianza en él. «Echaos en sus brazos, decía San Agustín, pues que no se retirará para dejaros caer». Y yo añado al pensamiento de este santo Doctor, que si alguna vez os parece que se retira, es para probaros y ver hasta dónde llega vuestra confianza, para aumentar vuestra recompensa. Como esta virtud es la que mas le honra, es también la que mas ejercita; y para con las almas fuertes y generosas, apura la prueba hasta los últimos extremos.

La confianza tiene el lugar medio entre dos vicios opuestos, que son la presunción y la pusilanimidad, los cuales ambos tienen el mismo origen, esto es, el amor propio. Es presuntuoso quien confía demasiado en sus propias fuerzas: es pusilánime quien no contando ni apoyándose mas que en sus propias fuerzas experimenta

lo débil de tal apoyo. El presuntuoso dice: ninguna cosa podrá hacerme vacilar: el pusilánime al contrario dice: el más pequeño soplo me derribará. El que confía, dice, mirándose a sí mismo, como el pusilánime, que una nada puede derribarlo: pero mirando a Dios, añade que ninguna cosa es capaz de conmoverlo. De este modo reúne los dos sentimientos que, si separados son viciosos, son por el contrario una virtud cuando se juntan.

Ninguna cosa hay mas necesaria, ninguna de que deba hacerse mayor uso que de la confianza en la carrera de la devoción. Dios se complace en ejercitar la fe: nos obliga a cerrar los ojos y a andar a ciegas; nos pone en la apariencia en un derrotero, de modo que no sabemos dónde estamos ni adonde vamos; nos hace perder la tierra, nos quita todo conocimiento de nuestro interior, nos prohíbe toda reflexión sobre nosotros mismos, y si queremos buscar alguna seguridad, nos entrega a la mas inquieta perturbación. ¿Por qué nos trata de este modo? ¿por qué nos fuerza a renunciar a la dirección de nosotros mismos y a abandonarnos enteramente a él?

¿Qué sería de la fe, y de qué nos serviría, si viésemos siempre claramente el estado de nuestra alma, si estuviésemos instruidos de las razones de todo lo que Dios quiere o permite con relación a nosotros de un instante a otro, y si siguiésemos paso a paso la marcha y progreso de sus operaciones? La confianza del ciego en el que le guía está fundada en que él mismo no ve nada; y esta confianza es tanto mas grande cuanto el camino por donde le conduce le está del todo desconocido, creyéndolo peligroso y rodeado de precipicios; y con todo no demuestra inquietud alguna, no se informa de nada, y está seguro de que no le descarriarán, y de que le conducirán felizmente a su término.

Desde que nos dedicamos a Dios, la confianza en este Señor debe ser sin límites; y, retirársela bajo cualquier

pretexto que fuese, es retractarse, y querer guiarse a sí mismo. Fijarla ciertos límites determinándose a no traspasarlos, es poner reserva a nuestra dedicación: y no hay cosa más injuriosa a Dios, ni más perjudicial a nuestro provecho espiritual. ¿No es dudar de la bondad de Dios o de su omnipotencia, creer, o que no quiere o que no puede sacar a una alma de todos los malos pasos de los peligros más extremados, en que se empeña apoyada en su palabra, y por una ciega sumisión a su voluntad? Es absolutamente imposible que Dios falte a esa alma, y que no la socorra a tiempo conveniente: esto seria faltarse a sí mismo. A él solo toca juzgar hasta dónde debe llegar la prueba, y señalar el momento preciso en que vendrá a su socorro. Que se deje, pues, en sus manos y diga como Job: «Aunque me quite la vida, esperaré en él».

XXI

La devoción conduce menos al propio conocimiento que al de Dios: y así como la confianza es fruto del conocimiento de Dios, la humildad lo es igualmente del conocimiento de sí mismo.

El hombre no se conoce, ni puede conocerse por sola la luz natural; y por falta de este conocimiento es soberbio. Pero, desde el momento en que se dedica a Dios es alumbrado por una luz celestial que le abre los ojos: comienza a verse tal cual es, lleno de miserias, débil, repugnante al bien, e inclinado al mal. Por medio del recogimiento que lo hace atento a sí mismo, conoce luego que hay en él dos hombres, de los cuales el uno es enemigo del otro; que la vida espiritual no es mas que una serie de combates que es menester sostener, y de violencias a que

es preciso sujetarse. La experiencia le instruye todavía mejor: ensayándolo conoce cuán difícil es vencerse y luchar contra las malas inclinaciones; cuánto tiempo y cuántos esfuerzos exige la corrección del menor de los defectos de que está lleno; cuánto le cuesta la práctica de la virtud, por grande que sea el amor que ha concebido por ella; qué resistencias opone a la gracia; de cuántas flojeda-des, negligencias, infidelidades, se hace culpable cada día; cuán frágil es su voluntad, cuán débiles sus resoluciones, cuán infructuosos sus buenos deseos; qué imperio tienen sobre él el mundo, el demonio y la carne; y que sin un especial y continuo socorro de Dios caería a cada instante.

Este conocimiento experimental de sí mismo, junto con las luces que recibe de lo alto, le inspiran la humildad, que no es otra cosa que el sentimiento y la convicción íntima de ese desdichado fondo de corrupción que cada uno trae consigo desde que nace, que la edad y las ocasiones desarrollan, y que es el germen de nuestras pasiones y vicios. Cuanto más adelanta este conocimiento tanto más profunda es esta convicción, y mas se arraiga en el corazón la humildad.

De aquí dimana el menosprecio de sí mismo, la desconfianza saludable de sus fuerzas, la preferencia sincera que da a los otros sobre sí, creyéndolos mejores que él, o a lo menos poniendo en duda, que si hubiesen ellos recibido las mismas gracias, las habrían aprovechado mejor. De aquí todavía la confusión que siente a vista de los favores que Dios le hace por la estima y miramientos que le tienen por él, y por las alabanzas que se le tributan. En vez de elevarlo todo esto, lo rebaja y envilece a sus propios ojos. Si hace reflexión sobre sí mismo, no es sino para mas humillarse; no ve sus virtudes, ignora sus progresos, y sus victorias no las atribuye sino a Dios, y sus caídas a sí mismo.

XXII

La verdadera devoción anda en cuanto le es posible por el camino más sencillo y más trillado; sigue la vía común y huye de los senderos torcidos: tiene horror a la singularidad, temiendo siempre ser notada y distinguida, y su atractivo es ocultarse y confundirse entre la multitud. Como es amiga de las virtudes y prácticas que son menos brillantes, pero más sólidas, las prefiere a todas las demás. Es la humilde y tímida violeta, que no osa presentarse al público; se deja pisotear bajo la yerba que la cubre, y exceptuando lo que debe al buen ejemplo y a la edificación del prójimo, cuida mucho de ocultar su conducta al conocimiento de los otros.

En ella todo es natural; nada hay de afectado ni de exquisito. Lejos de desear los dones extraordinarios, se cree indigna de ellos, y pide sin cesar a Dios que no haga en ella ninguna cosa que pueda llamar la atención de los hombres y la de la menor consideración; no desea emular a los Santos que se han distinguido por sus milagros; que han tenido visiones, revelaciones, el don de profecía y otras gracias singulares, y que han sido la maravilla de su siglo.

Admira y respeta a aquellos en quienes han brillado todos estos dones; pero ella escoge por su herencia la oscuridad, el desprecio, la ignominia de no ser nada, de no ser conocida sino por sus defectos, o del todo ignorada y olvidada.

Las buenas obras que hacen ruido en el mundo no son de su agrado; prefiere las que solo tienen a Dios por testigo. Recomendaba el secreto a las personas a quienes hace bien, y aun les oculta cuanto puede el origen de sus beneficios. A sí misma quisiera ocultarlo, y que su mano izquierda ignorase lo que hace la mano derecha: echa en ol-

vido lo que ha hecho, y reputaria como un crimen la menor satisfacción y la más ligera complacencia.

Los devotos de este carácter son tan raros, que podría creerse que acabo de pintar un retrato imaginario. No obstante los hay; y por lo mismo que no tienen nada que les distinga, nos los figuramos mas raros de lo que realmente son. En cuanto a los otros, en muchos de ellos no veréis sino singularidad, ostentación y afectación: tienen su aire, su compostura, su modo de vestir, su lenguaje y su conducta peculiar. Algunos se sujetan a oraciones extraordinarias, haciendo vanos esfuerzos para sostenerse en ella; su imaginación los seduce; el demonio los engaña; el orgullo los posee. Es menester que tengan prácticas, oraciones que no sean sino para ellos solos; se desdeñarían de unir sus voces a las del pueblo para cantar las alabanzas de Dios.

¡Cuántas devotas tienen en la iglesia lugares señalados, en donde están como en perspectiva tanto por la comodidad como por la distinción! ¡Mirad cómo oran, cuán estudiado, incomodado y forzado está su exterior! Los libros de piedad más sólidos y que están mas en uso no son los que ellas leen: buscan libros místicos que tratan de estados los más elevados; alimentan con ellos su curiosidad, se lisonjean de gustarlos, mientras que ni siquiera los entienden. Todo el provecho que sacan consiste en retener algunos términos singulares, de los que hacen ostentación en las ocasiones, vendiéndose por almas de una espiritualidad sublime.

¿Quién creyera que un orgullo tan refinado se insinúa de tal manera en la piedad? ¿Quién creyera que hubiese personas que no se dedicasen a Dios sino para buscarse a sí mismas; que no aspirasen a la santidad sino para tener fama de ella, y que colocasen todo el fruto de la virtud en aplaudirse y en ser aplaudidas de los otros?

No quiero decir que esta especie de devotos sean todos

hipócritas, ni que lo que acabamos de decir convenga a cada uno de ellos en todo el rigor de la expresión: pero digo, y no deja de ser verdadero, que muy pocos fundan su devoción sobre la humildad; que el orgullo, el mas sutil de todos los vicios, es del que menos nos precavemos; que sin comparación es el más peligroso y el que acierta mejor a cegarnos; que es el mas profundamente arraigado en el corazón del hombre, el más difícil de combatir, y el que mas tiempo y trabajo nos cuesta extirpar. Digo que es más temible para las personas que hacen profesión de una gran piedad, que para las otras, porque a la virtud es a la que principalmente se apega y de la que es propiamente el gusano que la roe y la corrompe; que nunca será demasiada la precaución que se tome contra él, y que si se le echa de una parte luego entra por otra.

¿Queréis saber cual es la piedra de toque de la verdadera devoción? Pues es el amor de las humillaciones. El que las desea sinceramente, el que hace de ellas el grande objeto de sus oraciones, el que las recibe con alegría interior, a pesar de las rebeldías de la naturaleza, el que da gracias a Dios por ellas, es que las mira como el bien más precioso y nada hace para sustraerse de ellas, el que se alegra de que sus faltas sean conocidas, y no siente que le echen en cara sus defectos, que se dude de su virtud, que le infamen, sin querer decir contra el beneplácito de Dios una sola palabra para justificarse: este es el verdadero devoto y el perfecto discípulo de Jesucristo. Ahora pregunto: ¿hay muchos verdaderos devotos? ¿Podemós nosotros contarnos en este número? Responda cada uno, y reconózcase tan poco aprovechado en la devoción, cuanto esté lejos de esta perfección.

XXIII

La devoción no es menos amiga de la mortificación que de la humildad; y aun, a bien entenderlo, la humildad es la rama principal de la mortificación, teniendo por objeto hacer morir el hombre a la estimación de sí mismo, y al amor de su propia excelencia. Las otras dos ramas son mortificar el afecto desordenado que tiene a su carne, y la inclinación natural que le conduce a hacer en todo su voluntad y a referirlo todo a sí propio.

El verdadero devoto no transige más con estos últimos objetos que con el primero. Está persuadido de que Dios le pide sobre todo la mortificación, porque la oración es mas bien obra de Dios que no suya: y toda la devoción está comprendida en la práctica de la oración y de la mortificación. Cuanto mas adelanta en una y otra, es tanto más devoto y por el contrario. Viene, pues, a hacerse un pacto entre Dios y el alma que le está dedicada. Dios por lo regular se encarga de la oración y encomienda al alma la mortificación: sin que por eso se diga que la mortificación no ayuda al alma, así como el alma coopera también a la oración; pero la oración es principalmente obra de la gracia, y la mortificación lo es de la voluntad.

La mortificación de la carne es indispensable por dos razones principales; la primera, porque el amor desordenado de nuestro cuerpo, el anhelo de los placeres sensuales y la aversión a todo lo que causa dolor, son origen de un sinnúmero de pecados, y la segunda, porque el hombre animal o carnal nada comprende de las cosas que son del espíritu de Dios, y no experimenta ningún gusto por ellas.

Así cuando un alma se entrega a Dios, la primera cosa que le inspira es el deseo de la mortificación exterior. Las que permanecen indiferentes o tibias en este punto no son

verdaderamente devotas. Durante el primer fervor se siente el alma inclinada mas bien al exceso contrario, e iria mas allá, si no la detuviesen los consejos de un sabio director.

Lo que tiene de esencial ese estado es no permitirse jamás cosa alguna con la única mira de satisfacer a los sentidos; no buscar placer alguno, aunque inocente, porque deja de serlo cuando uno se apega a él y se deleita en él; regular de tal modo lo que en justicia debe concederse a las necesidades del cuerpo, que no se traspasen los límites de lo suficiente. Y como estos límites no tienen una medida absolutamente determinada, por librarse de inquietudes, y no exponerse a equivocaciones dañosas en este punto, conviene rogar a Dios con instancia que nos dirija él mismo, y seguir con gran docilidad los conocimientos que nos comunique. En este punto, como en todos los otros de esta naturaleza, Dios concede el espíritu de sabiduría y de discreción a los que se lo piden, con tal que tengan buena voluntad.

Ninguna cosa dispensa de este género de mortificación, que mejor debe llamarse templanza y sobriedad. Pero no sucede lo mismo tratándose de austeridades. La edad, la delicadeza de complexión, son razones legítimas de dispensa: los grandes trabajos de espíritu o de cuerpo pueden suplir por ella; asimismo hay ciertos tiempos en la vida espiritual, en que, para quitar al alma probada todo apoyo, Dios imposibilita su ejercicio, no dando fuerzas para practicarlas, o a lo mas solo las permite muy ligeras. El verdadero devoto está resuelto en lo tocante a este punto a hacer lo que conozca ser la voluntad de Dios, a tomar consejo para asegurarse de ella, y a sujetarlo todo a la obediencia. Sobre esta materia hay tratados enteros, en donde se hallarán pormenores, que omito aquí, por no creer necesario insistir sobre ello.

XXIV

La mortificación de la voluntad es mucho más importante, de mas extensión, y en la práctica más difícil, que la de la carne. No conoce límites, ni excepciones; jamás debe suspenderse, y no debe temerse exceso en esto. Si me fuese preciso exponer todos los géneros de muerte por donde debe pasar la voluntad, para llegar a estar absolutamente entregada a la voluntad de Dios, y no ser sino una misma cosa con ella, habría materia para una obra larga; y así me contentaré con decir que estas muertes son diferentes según los designios que Dios tiene sobre las almas, y de que no es fácil forme idea quien no se halle en el caso de experimentarla.

Acordaos que ser devoto es estar dedicado a Dios, y por consiguiente no debéis en todo tener otra voluntad que la suya. Digo *en todo*, y solo Dios puede saber hasta dónde debe esto entenderse, pues que la criatura le entrega a su voluntad cuando se dedica a él a fin de que disponga de ella según su beneplácito. Es menester, pues, para esto que esté resuelta a morir aquí, y a cooperar con Dios en todo lo que haga o permita con la mira de destruirla.

Con todo no os asusteis, ni conviene dar curso a la imaginación sobre cosas que tal vez no sucederán jamás. Esperad en paz que Dios manifieste sus designios: no preveáis nada, no toméis nada, no desecheis nada, y tampoco os ofrezcais para nada en particular. Dejadle obrar, pues es infinitamente sabio, conoce los resortes más secretos de vuestra voluntad, y sabe como debe manejarla para atraerla a sus fines.

Comúnmente comienza por las cosas más fáciles, después pasará por grados a otras que os costarán más; y así os conducirá, si lo juzga a propósito, a los mayores sacri-

ficios. Pero lo dispondrá todo con tanta fuerza y suavidad; preparará vuestra voluntad de tal manera, que irá resistiéndole siempre menos, hasta que finalmente perderá casi la fuerza de resistirle. Todo lo que vos podréis darle por vuestro libre consentimiento, él mismo os inclinará suavemente a concedérselo; y lo que no podáis darle, os inducirá a dejárselo tomar, en virtud de la donación absoluta que de vos mismo le habéis hecho. La marcha que Dios guarda en esto de ordinario es la siguiente: primeramente solicita del alma un consentimiento general e indistinto para todo cuanto sea de su gusto disponer de ella. Una vez dado este consentimiento, desarrolla sus intenciones particulares, ya sea por los acontecimientos de su providencia, y las circunstancias particulares en que pone al alma, ya por las tentaciones y pruebas a que la expone, proporcionando sus gracias y socorros a cada situación. El alma que así se halle no tiene más que hacer de su parte, que doblegarse conforme vengan las cosas bajo la voluntad de Dios. Al principio se conforma con ella con repugnancia y después de muchos combates; en seguida con entera y pronta sumisión, y al fin con alegría. Llega hasta no experimentar ninguna resistencia interior sea por lo que fuere, a no desear nada, a no temer nada, a permanecer en una santa indiferencia para todo, con tal que la voluntad de Dios se cumpla en ella. Entonces ha llegado al más alto grado de conformidad; hallándose su voluntad, no solamente unida a la de Dios, sino tan deseosa de cumplirla siempre, como si la voluntad de Dios y la suya fueran una sola.

He aquí el termino de la mortificación interior, que lo es al mismo tiempo el de la devoción. Si a ese término no se dirige, no es una verdadera dedicación, o al menos es una devoción muy imperfecta. Humillémonos y confundámonos; porque tal vez nos creemos devotos, y todavía no tenemos ni verdadera idea de la devoción. Los que son

de Jesucristo, dice san Pablo, crucificaron su carne y la clavaron a la cruz a ejemplo de su Señor. ¿Está crucificada nuestra carne como lo ha sido la de Jesucristo, no sólo en su pasión, sino durante todo el curso de su vida? «Los que pertenecen a Jesucristo, dice el mismo Apóstol, ya no viven para sí mismos, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.» ¿Hemos llegado a este punto? ¿trabajamos a lo menos para llegar a él? ¿Jesucristo es nuestra vida? ¿Su voluntad es la nuestra? ¿Concebimos lo que no es vivir más para sí, sino para Jesucristo?

San Ignacio, yendo al martirio, decía: «Ahora comienzo a ser discípulo de Jesucristo». El amor de su Señor lo consumía; ardía en el deseo de ser molido por los colmillos de las bestias; y con todo no se atrevía a decir: yo soy un discípulo de Jesucristo; sino comienzo a serlo: todavía no estoy sino en los primeros elementos; y según lo decía, así lo pensaba con toda sinceridad. ¡Y nosotros creemos hacer bastante, hacer más de lo que es menester por Jesucristo; creemos casi tocar a la perfección!... Otra vez digo: humillémonos. Los Santos tenían sobre la devoción un modo de pensar bien diferente del nuestro: no se lisonjeaban de ser devotos; este título hubiera ofendido su humildad; se ejercitaban, decían ellos, para serlo; creían estar en los principios, y esto al fin de su carrera.

XXV

La devoción es uniforme e invariable; porque es una adhesión permanente del corazón a Dios, adhesión que es independiente de todas las vicisitudes de la vida espiritual. Es siempre la misma tanto en las sequedades como en las consolaciones, lo mismo en la turbación de las ten-

taciones que en la calma de la paz, en la privación como en el goce, en el desamparo de parte de Dios como en los favores de la más íntima unión. De cualquier modo que Dios me trate, dice el alma devota, siempre él es quien es, y merece ser igualmente servido: mi dedicación no debe cambiar, pues que es inmutable el que es su objeto.

La devoción es simple, y no tiene sino una sola intención. Dios sólo es su divisa. Se aplica a purificar sus motivos, elevándose sobre todo, por no ver más que a Dios y a su voluntad. No hay en ella una mirada doble sobre Dios y sobre sí misma. El alma devota se ve, pero en Dios y en su beneplácito, que para ella es todas las cosas.

Es fervorosa, esto es, siempre determinada a hacer y a sufrir todo lo que es del agrado de Dios, por más trabajo que le cueste. Porque no llamo fervor a los transportes pasajeros que produce en el alma una gracia sensible. Los principiantes se engañan en esto creyéndose capaces de todo mientras los tienen, y convidan a Dios a que haga la prueba; pero en cesando este afecto sensible de la gracia, cambian al instante de lenguaje, y sienten toda su flaqueza. El verdadero fervor reside en el fondo de la voluntad, y subsiste en tanto que ésta no se abandona a la tibieza, a la flojedad y a la pesadez; en tanto que conserva el mismo ardor, el mismo ánimo y la misma actividad.

Es fiel y lleva la atención y exactitud hasta una extremada delicadeza, pero sin escrúpulo ni ansiedad; fiel en las cosas pequeñas como en las grandes; fiel en lo que es de perfección como en lo que es de obligación; fiel a la menor señal como a un mandato el más expreso. Su principio, del que jamás se desvía, es no tener ninguna cosa por pequeña en lo que toca al servicio de tan gran Señor, cuya voluntad sola da el precio a las cosas, y a quien no se puede mejor testificarle el amor que se le tiene, que yendo adelante de lo que él desea, sin esperar una orden precisa.

Es sabia y está siempre atenta a conducirse por el espíritu de Dios, sin ser inconsiderada, ni indiscreta, ni excesiva; es amiga del orden haciendo cada cosa a su tiempo, y a propósito; conociendo cuánto conviene tener firmeza, o condescender con la flaqueza de otro; atenerse a sus prácticas, o dejarlas por un instante en favor de la caridad.

No escucha la imaginación, que es el escollo de la mayor parte de las personas piadosas, que las perturba, las desconcierta, las forja mil vanos fantasmas, las hace sin cesar emprender un camino, y luego abandonarlo; las sujeta a tantos caprichos, a la ligereza y la inconstancia. Pero considera como un punto muy capital despreciarla y domarla. Por este medio adquiere una grande paz, una igualdad de humor que no se desmiente nunca, una serenidad de alma que se demuestra en lo exterior, y hace conservar un rostro alegre en medio de las situaciones más enojosas.

XXVI

Es dócil, y no está apegada a sus ideas, que somete sin pena a los que tienen autoridad sobre ella, sacrificando su propio juicio aunque esté persuadida de su exactitud; obedeciéndoles a pesar de las mayores repugnancias; no permitiéndose ejercicio alguno que no tenga la aprobación del superior, y no mudando nada en el modo de vivir ordinario, sin haber tomado antes su consejo.

No se juzga a sí misma jamás, ni en mal por no caer en desaliento, ni en bien por no exponerse a la presunción: se precave igualmente de la falsa humildad, que nunca está contenta de sus adelantos, y siempre tiene algo

que reprobamos en todas sus acciones, y de la falsa confianza que aplaude todo cuanto hace, y se lisonjea fácilmente de su aprovechamiento; piensa por el contrario que es más conforme a la humildad y más seguro no mirarse a sí, ni pronunciar sobre su estado, sino dejarse juzgar por aquellos que están encargados de su dirección, y creerlos con la misma sencillez, ya sea que aprueben, ya que condenen su conducta. La verdadera devoción, que es severa para sí misma, es indulgente para los planes de reforma. Sus propios defectos la ocupan demasiado para que pueda detenerse a notar los ajenos, los cuales o no los ve o los excusa, o si no puede excusarlos, calla; o, en fin, no habla de ellos, y para el bien de las personas interesadas.

Es enemiga declarada de andar en corrillos, donde todo se nota, de partidos, cábalas y asociaciones exclusivas. Esto no quiere decir que no sepa hacer elección de las personas con quienes pueda trabar una santa amistad, y hablar confidencialmente de las cosas de Dios. Pero estas uniones recíprocas son obra de la gracia: nada tienen de afectado, nada de misterioso, nada que demuestre menosprecio de los otros, como si fuesen indignos de ser admitidos en su sociedad. Mucho menos se ocupa en formar bandos para ensalzar a tal predicador, o a tal director, rebajando a los otros. Este espíritu de partido caracteriza la falsa devoción, y la verdadera piedad lo repugna.

XXVII

Por lo que acabo de decir se ve que uno de los grandes objetos de la devoción es refoirmar el carácter de cada uno; y estos es en efecto lo primero a que nos inclina, abriéndonos los ojos para ver nuestros defectos, sobre los

que estamos demasiado ciegos; dándonos deseos de vencerlos, ánimo para atacarlos, y esperanza de triunfar de ellos, con el auxilio de la gracia.

Nadie ignora que no hay ningún carácter tan cabal que no esté sujeto a algún defecto; y que las mejores calidades naturales están siempre muy expuestas a ser vicio. La mansedumbre degenera en debilidad, laxa complacencia, e indolencia. La firmeza nos expone a la terquedad, a la dureza, a la obstinación; el alma circunspecta es frecuentemente cobarde, desconfiada, espantadiza; el alma resuelta, por lo contrario, emprendedora, presuntuosa y temeraria. Lo mismo sucede con las otras cualidades, las que rara vez son enteramente puras, y casi siempre andan mezcladas de bien y de mal.

La sola razón no hará jamás de ellas una perfecta separación, pues no es bastante sutil para discernir los matices delicados que separan las buenas y las malas cualidades; ni bastante justa para adoptar un medio entre los dos excesos, ni bastante dueña de sí misma para mantenerse constantemente en él: ni menos puede aun conciliar y asemejar dos cualidades que parecen opuestas. Esto no puede ser sino obra de la gracia, cuya luz es infinitamente más penetrante y segura que la de la razón, y que alumbrando el espíritu, anima y sostiene la voluntad en una empresa en que se trata de refundir la naturaleza misma del hombre.

Cuando hablo de refundir la naturaleza no debe imaginarse que el carácter se cambia en otro opuesto. El fondo de cada carácter es bueno, ¿para qué, pues, ha de cambiarlo la gracia? Este fondo, pues, permanece; pero desaparece lo que el amor propio le añade de vicioso, y lo que tiene de bueno se perfecciona. Cada cualidad moral pierde lo que tiene de demasía y adquiere lo que le falta; jún-tase todo en uno, y de su temperamento resulta la virtud perfecta. A mas la devoción eleva a una región a donde

no alcanza la naturaleza las cualidades morales, y las comunica un *no sé qué* de divino, que las ennoblece y santifica.

Por lo tanto es menester confesar que rara vez el trabajo del hombre, por mas que esté ayudado de la gracia, lleva semejante obra a la última perfección; y que, aun en los varones mas santos, siempre queda de ordinario algún defecto, o algún exceso que está asido al carácter primitivo, como puede notarse en los escritos de san Cipriano, de san Jerónimo y de muchos otros.

Pero cuando Dios emprende por sí mismo la obra, y con esta mira toma posesión de un alma, y la pone en la via interior, si esta alma es fiel, el recogimiento habitual, la oración y las pruebas la purifican radicalmente, y hacen pasar su carácter por un crisol que la limpia de toda mezcla. Esa alma se hace semejante a una cera blanda, puesta en manos del grande Artífice, quien la maneja y labra a su gusto, haciendo en ella unas mudanzas tan profundas como delicadas. Todo parece sobrenatural en su carácter, en el que no se ve nada de humano; ninguna calidad buena excede o sobrepuja a otra, sino que todas andan en perfecta consonancia. Tales han sido san Agustín y San Francisco de Sales. ¡Qué devoción tan amable la suya! ¡qué caridad! ¡qué conformidad! ¡qué admirable igualdad de alma tanto en su vida y en su conversación, como en todas sus obras!

XXVIII

Achácase a la devoción que apoca el espíritu. Los que así la baldonan, no la conocen; párense en las pequeñeces y minuciosidades de ciertos devotos y devotas, y atri-

buyen a la devoción los defectos de los que la conciben y practican mal.

Supongamos un hombre o una mujer cualquiera, que mira y practica la devoción tal cual la he definido y expuesto, y veamos si les estrechará el espíritu. Pero ¿a qué cansarse? ¿Se necesitan por ventura muchas reflexiones y razonamientos para convencerse de que el único fondo de donde pueden sacarse las ideas verdaderas, las ideas grandes y justas sobre los objetos mas interesantes para el hombre, es el de la devoción, la que, a los conocimientos que proporciona la pura y sana razón, añade las luces mas sólidas, mas seguras y mas sublimes de la revelación? Ninguna cosa es grande sino la verdad, y la verdad es Dios: es todo lo que emana de Dios, y todo lo que tiende y termina en Dios.

¿Cómo, pues, un espíritu, que en lo que está a su alcance, y es concerniente a sus deberes, mira como una obligación consultar a Dios, y conformar sus ideas y juicios con las ideas y juicios de Dios, cómo, digo, puede ser apocado? ¿Por ventura no es Dios «el Padre de las luces?» No es el Verbo eterno «la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo?» Y ¿se quiere que un espíritu que toma a esta luz por regla y por guía se haga pequeño y apocado? No hay absurdo ni contradicción que pueda compararse con esta.

He dicho que la devoción nos instruye de todo cuanto está a nuestros alcances, y en lo que concierne a nuestros deberes; porque no tiene necesidad de extenderse a mas. Acomódase a la capacidad de los sencillos e ignorantes, y les suministra todo lo que basta para conducirse bien. El verdadero devoto, sea cual fuere la extensión de su espíritu y la educación que haya tenido, tiene siempre mas razón, mas buen sentido, mas penetración y exactitud que si no lo fuese. Esto es incontestable, y yo no pretendo mas. Pero, si un hombre de gran ingenio, cultivado por

una educación excelente, se da a la devoción; si en sus meditaciones y estudios tiene un espíritu sereno, libre de preocupaciones y pasiones, no buscando mas que la verdad, y buscándola únicamente en Dios, yo sostendré que en sus investigaciones pasará tan adelante, cuanto los límites de su entendimiento pueden permitirlo; que juzgará de las cosas mas dificultosas y delicadas con tanta seguridad cuanta puede esperarse de una razón que no es infalible, y que sus talentos adquirirán todo el desarrollo de que son susceptibles.

San Agustín era devoto; conocía y practicaba excelentemente la religión: y ¿era acaso un espíritu apocado? ¿Se conoce algún otro que haya tenido mas extensión, mas elevación ni mas profundidad? ¿Hubiera llegado a adquirir unos conocimientos tan profundos, tan exactos y penetrantes si se hubiese limitado al estudio de la elocuencia y de la filosofía profana? Juzguemos de ello por lo que nos cuenta él mismo en sus Confesiones. Hasta la edad de treinta años se había entregado al estudio de todo género de ciencias, y con un ardor infatigable había buscado la verdad por todas partes menos en la Religión. ¿La había encontrado? ¿Su espíritu inquieto había descansado en ella? ¿La había profundizado y desarrollado, como lo hizo después, cuando habiéndose entregado a Dios, no conoció casi otros libros que las Santas Escrituras, y cuando, para entenderlas bien, imploró el auxilio divino por medio de una oración continua?

San Juan Crisóstomo era devoto. ¿Marchitó la devoción su bello ingenio y su talento tan feliz para la elocuencia? ¿Por ventura no añadió a él esa nobleza de ideas, esa exactitud de buen sentido, esa profundidad de filosofía que se admira en sus discursos, y de la que ciertamente no fue deudor a las lecciones de Libanio su maestro? ¿Habría sido tal si hubiese seguido a ese sofista que lo destinaba para su sucesor, si los cristianos no se lo

hubiesen arrebatado, según de ello él mismo se lamenta? Comparad los escritos de uno y otro, y fallad. Podría decir otro tanto de todos los Padres de la Iglesia, que debieron a la devoción el haber sido los mejores ingenios y las lumbreras de su siglo.

La devoción, pues, no solamente no apoca el espíritu, sino al contrario le da toda la extensión, toda la solidez, toda la sagacidad de que es susceptible. Esto se presentará evidente, si se considera la naturaleza de los objetos propios de la devoción, la claridad con que nos presenta los demás, las reglas que nos da para juzgar de ellos, los medios que nos proporciona, y los obstáculos que supera. Exceptuo las artes frívolas y los conocimientos de puro entretenimiento, que la devoción nos enseña a despreciar o a lo menos que no permite entregarse a ellos. Después de esto, pregunto si hay una sola ciencia verdaderamente digna del hombre a la que la devoción, tal como la he definido, no sea útil y aun necesaria para penetrar sus verdaderos principios, y para seguir y desarrollar sus consecuencias. Abandono esto a las reflexiones de mis lectores. Que recorran la filosofía y todas sus ramas, la lógica, la física, la metafísica, la moral, la economía, la política, la jurisprudencia, y que después me digan si hay alguna que pueda poseerse y tratarse a fondo sin la ciencia de la Religión, que es su base. ¿Qué viene a ser la historia, sino un objeto de curiosidad y un simple ejercicio de la memoria si la desprendeis de la Providencia que prepara de lejos los acontecimientos, y que los quiere o permite para fines que son dignos de ella? Y ¿qué otro espíritu sino el alumbrado por una sólida devoción sabrá mirar atentamente la historia bajo la relación que ha tenido, y tendrá siempre con la Religión? Si el gran Bossuet no hubiese sabido mirarla de este modo, su *Discurso* ¿sería tan sublime, tan elocuente y tan instructivo? ¿Sería una obra maestra del entendimiento humano, así por el plan, como por su ejecución?

Si, pues, se llama *espíritu apocado* al verdadero devoto, únicamente porque es tal, porque ama a Dios, y teme ofenderle; porque respeta a la Iglesia, a sus ministros, sus mandamientos y sus decisiones; porque es escrupuloso y delicado en el manejo de los negocios, y en los medios de hacer fortuna; porque tiene piedad, virtud y probidad, no tengo mas que callar, pues no puedo impedir a los que tienen un interés personal en llamar blanco lo que es negro, y negro lo que es blanco.

XXIX

La misma devoción que extiende y rectifica el espíritu, ensancha el corazón y eleva los sentimientos. Este artículo no tiene más necesidad de pruebas que el precedente. Lo que apoca y envilece el corazón es el amor propio, las pasiones, la estimación y el amor de las cosas terrenas. No hay que buscar otra causa de la dureza, de la bajeza, de la injusticia y crueldad sino el egoísmo, que todo lo quiere para sí, todo lo refiere a si, y hace esfuerzos para reconcentrarlo todo en sí mismo. No me nombraréis un solo vicio ni un solo defecto que no brote de esta raíz ponzoñosa.

Mas ¿qué es lo que hace la devoción y qué pretende? Atacar al amor propio hasta en su origen, y perseguirlo hasta extinguirle enteramente, sustituyendo en su lugar el amor de Dios, el del prójimo, y el amor legítimo de sí mismo: restablecer por este medio el corazón en su rectitud primitiva, volver el orden en sus afectos: no sufrir en él ningún sentimiento que no sea de Dios, y que no tienda a Dios, comunicándole una anchura, que, haciéndole salir de sí mismo, extienda su benevolencia a todos los

hombres: comunicarle miras muy superiores a las de la pura humanidad que le interesen en la felicidad y en la desgracia de sus semejantes, inclinándole al alivio de sus males y a felicitarse por sus ventajas como si fuesen propias: inspirarle un noble desinterés, una generosidad modesta y compasiva, desconocida a esa beneficencia fastuosa, que siempre va precedida, acompañada y seguida de la complacencia de sí mismo; volverle, finalmente, toda la capacidad que recibió del Criador, y que no puede ser llenada sino por la inmensidad divina.

¿Qué más pretende la devoción? Volver las pasiones humanas, que se disputan, que se envidian, que se arrancan mutuamente unos bienes frívolos y miserables, cuyo goce no puede dividirse, volverlas, digo, hacia su verdadero objeto que solamente puede contentarlas, y que todas pueden poseer en común: enseñarlas a no amar, a no aborrecer, a no desear ni temer sino lo que Dios y la recta razón quieren que el hombre ame, aborrezca, desee y tema: moral que fielmente practicada, desterraría del universo todo género de crímenes, y arrancaría, por decirlo así, su raíz del corazón humano.

¿Qué pretende, en fin, la devoción? inspirarnos disgusto y menosprecio de las cosas de la tierra, mostrarnos su verdadero destino que es proveer a las necesidades pasajeras de esta vida mortal; convencernos de que son hechas para nosotros, y aun para la parte menos noble de nosotros mismos, y que nuestra alma no se hizo para ellas; presentar a esta alma los objetos sólidos, eternos, inmutables, dignos de su naturaleza, y proporcionados a sus deseos; hacérselos gustar, hacerla desear ardientemente su posesión, y enseñarla los medios seguros de conseguirla.

¡Qué grandeza, qué nobleza, qué elevación de sentimientos en la persona cuya dedicación a Dios la ha penetrado de semejantes verdades! y esto sucede, sea cual fuere su condición y su estado, según el mundo; porque, res-

pecto de esto, la devoción iguala todas las condiciones, y el pobre en su boardilla es mayor que el monarca en su palacio, si tiene más piedad. Los honores y las dignidades no le hinchán, la oscuridad y la dependencia no le degradan. No es insolente en la prosperidad, ni abatido en la adversidad, ni orgulloso y desdeñoso, como el filósofo, en la medianía. Si está elevado sobre los demás hombres por su estado, no ve en ellos sino iguales a quienes debe socorro y protección. Créese inferior a cualquiera siervo de Dios, y, como piensa que no hay uno solo que no sea, o a lo menos no pueda ser mayor que él delante de Dios, de aquí es que su corazón se coloca el último de todos. Si es de condición oscura, lejos de envidiar a los que son de otra más elevada, se felicita y da gracias a Dios por ello. Sí, da gracias a Dios por haber nacido en la indigencia, y, si la gracia le impulsa a ello, se reduce a la pobreza, y aun a la mendicidad voluntaria. Esto lo hemos visto en nuestros días: y este rasgo de grandeza de alma, para quien sabe apreciarlo, ciertamente no es uno de los mas pequeños triunfos de la devoción. Si tiene superiores, a Dios es a quien respeta, a quien ama y a quien obedece en ellos, y su servicio no tiene nada de vil a sus ojos. En una palabra, pues que no quiero agotar esta descripción, si tiene el corazón verdaderamente tan grande que está ya sobre todo lo criado, y no conoce ninguna cosa superior y eminente sino a solo Dios, este es el verdadero devoto.

XXX

Parece que nada falta al retrato de la devoción, y aun que excede en mucho la idea que comúnmente se forma de él. Con todo aun tengo algunas pinceladas que darle.

El verdadero devoto es un hombre que no pertenece ya al tiempo. Desde el momento en que se consagra a Dios es transportado a la región de la eternidad, y no piensa sino en ella, o con espanto, sino con alegría como a su verdadero destino; todo lo mira con relación a la eternidad; tiene de continuo presentes en su imaginación estas palabras de un Santo: «¿Qué tiene que ver el mundo con la eternidad?» ¿Qué me importa lo que pasa? No estoy en este mundo sino como en un lugar de prueba: vine a él para aprender lo que debo practicar eternamente. Estoy destinado a amar a Dios, y a ser feliz para siempre poseyendo a Dios, y este es mi fin. Este número incierto, y muy reducido, de días que pasan por mí sobre la tierra, no se me ha concebido sino con el fin de amar a Dios por elección, para merecer amarle para siempre a título de recompensa. Todo debe ser para mí acá abajo un ejercicio de amor. Pero el amor no aspira sino a dar, a sacrificar, a sufrir por lo que ama y a inmolarse a su beneplácito: no tengo, pues, otra cosa que hacer que esto: he aquí el empleo de todos los instantes de mi vida.

Aquel a quien amo todo lo merece, y todo lo espera de mí. El me amó con un amor eterno, con un amor gratuito y desinteresado, con un amor al cual nunca podrá acercarse el mío por excesivo que sea. Por precio de su amor me pide el mío, y aun cuando no me hubiese amado antes que yo a él, cuando no me prometiese ninguna recompensa, tendría todavía mil títulos para amarle.

La voluntad de Dios es la única regla del verdadero devoto. En todo cuanto le sucede, no ve sino la voluntad de Dios, no se aficiona sino a la voluntad de Dios, la bendice por todo, siempre contento, con tal que esta voluntad se cumpla. Está íntimamente persuadido de que Dios nada quiere, ni permite nada que no se convierta en bien de los que le aman; todo cuanto viene de su mano (que es todo, excepto el pecado) es un beneficio para ella, sobre

todo las cruces, a causa de la semejanza que le dan con Jesucristo, jefe y modelo de las almas dedicadas a Dios.

Todo le sirve para unirse mas y mas a aquel a quien ama; y hasta los obstáculos se le cambian en medios; ninguna cosa le detiene; todo lo vence; todo lo fuerza; quita todos los embarazos que le impiden juntarse a Dios, espíritu a espíritu, corazón a corazón. La unión divina es el móvil de todas sus acciones, y el centro de todos sus deseos. Así todo cuanto ama, no lo ama sino en Dios y para Dios.

No se crea por esto, como algunos falsamente se imaginan, que su corazón sea indiferente e insensible. No hay otro alguno más afectuoso, mas tierno, más compasivo, más generoso ni más agradecido que el del verdadero devoto. Su amor para con el prójimo está modelado sobre el amor infinito de Dios, y no es más que una extensión del que tiene a Dios. Su amor del prójimo es un amor sólido, amor delicado, amor preventivo, amor que ninguna cosa le disminuye, y que al contrario se aumenta con aquello mismo que parece debiera apagarlo. Esto no impide que, en un sentido muy justo, Dios no sea todo para el verdadero devoto, y que todo lo demás sea nada para él; porque Dios es su único bien, el término de sus afecciones, las que no hacen más que pasar por las criaturas para fijarse en Dios.

XXXI

Pero veamos más particularmente qué conducta inspira la devoción respecto del prójimo; porque este es un punto sobre el que mas injustamente se la ataca, y es necesario vindicarla de la malignidad de sus censores.

Digo, pues, que en lo que pertenece al prójimo la devoción tiene todos los caracteres que San Pablo atribuye a la caridad, pues que ella no es otra cosa que el ejercicio de la más pura caridad. Suplico al lector que me siga aquí en el desarrollo de estos caracteres, que haga la aplicación en los devotos que él conoce, y que haga justicia a aquellos en quienes los verá brillar, a pesar de algunas sombras que en ellos mezcle contra su voluntad deliberada la flaqueza humana.

Digo, pues, que el verdadero devoto *es paciente, que todo lo sufre y todo lo aguanta* de parte del prójimo. Este sufrimiento es una de las cosas más necesarias en el comercio de la vida humana, y en la que más se ejercita, porque es de un uso continuo, y el que más contribuye a mantener la paz doméstica. Pues en el interior de las familias, y respecto de las personas con quienes se vive habitualmente es cuando se necesita mas; un marido y una mujer respecto el uno del otro; un amo respecto de sus criados; los padres respecto de sus hijos, y en general los que viven juntos, o que tienen entre sí frecuentes relaciones, las que dan lugar al genio, al humor, a mil pequeños defectos naturales a que se muestren tales cuales son; me atrevo a decir que es más fácil tener paciencia en las grandes ocasiones, en que sostienen los motivos de religión, y el temor de ofender a Dios nos hace estar atentos, que no perderla o a lo menos no dar a entender algún género de incomodidad en el gesto o en las palabras, y en qué sé yo cuántas ligeras ocasiones que se ofrecen a cada instante, contra las cuales no tenemos cuidado de precavernos, y en que las faltas que se cometen no parecen de consecuencia. Con todo, la falta de sufrimiento tiene alguna vez muy tristes resultados. La imaginación se enardece, y nos abulta algunos defectos que en sí son muy poca cosa; el humor se agria; de la simple repugnancia se pasa a la aversión; ya no pueden verse más, ni sufrirse dos que an-

tes eran amigos: todo choca; de las palabras se pasa a los malos proceder,es, a los escándalos y a las enemistades declaradas. La cosa en sus principios era nada; pero el mal finalmente se hace incurable. En estos casos la devoción sirve mucho, enseñándonos a sufrir las miserias de otro, del mismo modo que queremos se excusen las nuestras.

Es benigno y lleno de bondad; siempre inclinado a obligar: sus bienes, su tiempo, sus talentos, su crédito mas que suyos son de los otros. A cualquier instante que se le busque, cualquier servicio que se le pida, luego que es dueño de sí, está dispuesto a hacerlo; todo lo deja; sacrifica sus mismos ejercicios de piedad, cuando así lo exige el interés del prójimo. No conoce esas vanas ofertas, esas excusas, esas evasivas tan usadas en le mundo, en que, con tal que nada cueste, se demuestra buena voluntad, y se procura hacerlo creer por medio de apariencias. Sus ofertas son sinceras; es esclavo de sus promesas; y cuando tiene que excusarse es de tal manera que llega a persuadir que es para él una verdadera pena no poder conceder lo que se le pide.

De él solo puede decirse que *no es envidioso*; que ve con tanto, y aun con más placer la prosperidad ajena que la propia; que no tiene envidia ni a los talentos, ni al feliz resultado de las operaciones de los otros, ni a los aplausos ni a las recompensas que reciben. Y ¿cómo podría envidiarles aquello que ni siquiera desea para sí mismo? Al contrario, él es el primero en reconocer el mérito ajeno, en alabarlo, en manifestarlo y en hacerlo valer. Tampoco tiene celos de su virtud, ni de su santidad, ni de las gracias que Dios le hace, a pesar de que son los únicos bienes a que aspira. ¡Cuán raro es estar del todo exento del sentimiento bajo de la envidia, tan natural por otra parte al hombre, y del que solo la devoción le exime!...

Nada dice ni hace fuera de propósito, a la ligera, o inconsiderablemente: cosa que es de tanta importancia, y

que tantas consecuencias tiene en la sociedad. Muy superior en este punto a la urbanidad, que no salva sino el exterior, la devoción extiende esta regla a los juicios y afectos de donde parten las demostraciones exteriores, de las que uno no es siempre dueño, cuando no hace atención en lo que pasa en lo interior.

Lejos de *hincharse* por las ventajas temporales o espirituales que le distinguen de los demás, el verdadero devoto ni siquiera fija en ellas su atención; o bien, si piensa, no halla mas que motivos de humillarse; en lugar que el falso devoto hace sin cesar una secreta comparación de sí mismo con los otros, para darse la preferencia y felicitarse *de no ser como los demás hombres*. En cuanto a él, no trata mas que de olvidarse de sí mismo, y los juicios que forma de su persona no tienden sino al propio menosprecio. Aquí está su sentimiento más íntimo.

Nadie está más lejos que él de la *ambición*. Cuanto li-sonjean a otros las distinciones y preeminencias, tanto a él le repugnan y fastidian; y piensa tan poco en elevarse, en sobrepujar a los otros y en mandar, que muy al contrario, no gusta sino de rebajarse, de escoger los últimos puestos y de obedecer. Aun está más exento de la ambición espiritual, persuadido de que es más peligrosa, y más odiosa a Dios y a los hombres que la otra: ahoga en su corazón hasta el más pequeño germen de ella, y no deja parecer al exterior cosa alguna que pueda hacer concebir la más mínima idea ventajosa de sí mismo.

No busca los propios intereses, porque siempre está dispuesto a sacrificarlos por el bien de la paz, y por conservar la caridad. Su grande, su único interés es correr bien con todos. No sabe qué cosa es enojo, palabras ásperas, ni humos contradiciente, porque la dulzura acompaña a todos sus discursos, y reina en todos sus proceder. Gusta más de ceder, aun cuando tenga razón, que de sostener con calor su modo de pensar. Nada le lastima, nada

le ofende, *nada le irrita*: diríase que es insensible, y que nada advierte, y esto, aunque por otra parte tenga el sentimiento muy delicado; y nada se le escapa que sea fuera de propósito.

Mientras que el falso devoto se escandaliza y da una siniestra interpretación a todo, *él no piensa mal*, y todo lo interpreta bien; poniendo todo su ahínco en mirar y presentar las cosas por el lado favorable, disminuyendo las culpas verdaderas, y justificando la intención cuando no pueden excusarse las acciones. Como él no tiene malignidad, tampoco la sospecha en los otros; y para creer el mal, es preciso que le fuerce a ello la evidencia.

XXXII

La urbanidad mundana no es más que disimulo: el mundo no da muestras de estimación y amistad sino por ocultar mejor su frialdad y menosprecio; indiferente hasta para los mismos que parece son el objeto de sus caricias, y con frecuencia queriendo mal a aquellos cuyos intereses afecta mas vivamente desear. El verdadero devoto *ama sin ficción*; descubre en su rostro lo que tiene en su alma, y su lengua no expresa sino lo que siente. Su carácter es la cordialidad, virtud tan preciosa, y que el mundo tiene desterrada de su comercio, conservando solamente sus apariencias.

No espera que le prevengan; *él previene a los otros con señales de honor*, olvida las atenciones que le son debidas, y no piensa mas que en las que su caridad le dicta para con el prójimo. Con todo, esto no quiere decir que no sepa sostener su dignidad cuando es necesario, y mantener los derechos de su rango; pero lo hace sin altanería,

sin pretensiones, ni delicadeza excesiva; y por esta razón hay menos tendencia a disputarle lo que le es debido.

La urbanidad no da sino para recibir, y si en alguna ocasión hace ofrecimientos no es sino para que se los vuelvan en otra. Mide y aprecia sus cortesías, y a lo menos exige otras tantas atenciones cuantas son las que demuestra, temiendo siempre que no se le falte, o que no se aprecie lo bastante lo que ella hace. No sucede así con la devoción. Sin derogar nada de lo que pertenece a la condición y estado, sabe mostrarse afable, graciosa y preveniente; se humaniza, se amansa, se reduce, se nivela con aquellos con quienes conversa; sus demostraciones son francas, naturales, sin interés, sin mira alguna que tienda a sí mismo.

La compasión humana muchas veces no tiene sino palabras, y, a lo más, sentimientos estériles: es parcial, inconstante, no tiene mas que el primer ímpetu, y presto se agota. Algunas veces los mismo males que presencia, por ser tan excesivos, le inspiran mas bien horror que compasión; y, si los alivia, no es mas que por un mero movimiento del corazón, y volviendo los ojos a otra parte. Es muy común hacer afectación de humanidad sin ser humano, practicar el bien solo por ser visto; de modo que manifestando para este fin la miseria oculta del prójimo, mas de una vez obliga al miserable que se ha confiado a ella a que se arrepienta.

La devoción no cae en ninguno de estos defectos, porque su compasión se extiende a todos los infelices; y en su corazón *toma parte* en sus males y *en sus necesidades* como si fuesen propias, y las alivia eficazmente, cercenando lo superfluo y aun lo necesario. Ningún género de miseria la desalienta; y cuanto mas es extrema esta miseria, tanto mas procura socorrerla. Acompaña sus limosnas de un aire de interés, de sensibilidad y de ternura que mueve, consuela y arrebat a el ánimo de los afligidos. Lle-

na de miramientos por la indigencia vergonzante, la adivina, la ahorra el embarazo de explicarse; con frecuencia le deja ignorar la mano que la asiste, y lo hace con tanto secreto que nadie llega a percibirlo, sin que jamás se le escape una sola palabra sobre el particular.

La caridad hace propias al verdadero devoto las disposiciones interiores del prójimo. *Se goza*, según el consejo del Apóstol, *con los que están gozosos, y llora con los que lloran*. Su alma se reviste de los sentimientos de los que se le acercan, y se afecta de lo que les mueve: y no es esto un puro fingimiento, ni lisonja, ni simple cumplimiento; sino un interés verdadero y profundo de un hermano que toma parte en los bienes y males de sus hermanos, y los mira como propios.

Finalmente, si por una parte se considera lo que la humanidad, la educación y la urbanidad pueden proporcionar de útil, seguro, dulce y agradable en el comercio de la vida humana; y por otra los bienes que proporciona la devoción bien practicada, y los que podría aun proporcionar si estuviese mas generalmente extendida, será preciso confesar que todas las ventajas están de su parte, y que ni siquiera puede compararse lo uno con lo otro. Al verdadero devoto es a quien conviene el elogio de la Escritura, *de ser amado de Dios y de los hombres*, porque sirve a Dios de un modo digno de Dios, y hace a los hombres todo el bien que depende de él; y, si no es siempre amado de ellos, es porque son malos, envidiosos, ingratos, y porque desconocen la virtud y no le hacen justicia.

XXXIII

O el hombre devoto no es tal como debe ser, o es buen

esposo, buen padre, buen amo, buen amigo, buen ciudadano, buen súbdito; porque lo esencial de la devoción consiste en llenar todos los deberes vinculados a estos títulos, y a otros de esta naturaleza. No hay caso alguno en que la devoción autorice para faltar a la más pequeña obligación que resulta de las relaciones de la sociedad natural o civil, y en que no condene severamente al que deja de cumplirla. Aun hay mas; ella sola nos descubre toda la extensión de estos deberes, nos obliga en conciencia a estudiarlos, y en todos tiempos y circunstancias nos hace hallar gusto y placer en cumplirlos.

Comparad en igualdad de circunstancias en cada estado y cada profesión al hombre devoto con el que no lo es: mirad cual es mas instruido, mas asiduo, mas íntegro, mas exacto, mas delicado, mas desinteresado; quién es el que acierta mas en los negocios; de quién el público se queja menos, y de quién está mas contento; echad una ojeada por los puestos mas altos; examinad imparcialmente quién ha cumplido mejor con sus obligaciones, si los partidarios o los enemigos de la devoción. Puede uno ser devoto y tener poco talento; pero no le falta nunca ni celo, ni probidad, ni deseo de hacer bien. Y en este caso las faltas ocasionadas por defecto del genio no deben imputarse a la devoción, si no es ella jamás la que nos inclina a tomar un cargo, un empleo o una profesión para la que no somos a propósito; si nos obliga a hacer todo lo posible para hacernos capaces, y si, en fin, nos compele a dejarlos y desembarazarnos de ellos, cuando el público y los particulares reciben por esto algún daño. No, jamás provienen de la devoción los fraudes, las malversaciones, las injusticias, las violencias, los abusos de la autoridad, la negligencia, el poco trabajo, y todos los resultados de una ignorancia culpable. Todo el bien que se hace debe atribuirse a ella; todo mal le es extraño; y por consiguiente es contra toda equidad hacerla de él el responsable. He

aquí a bulto lo que es el verdadero devoto con respecto al prójimo y a la sociedad.

XXXIV

Por lo que a él toca personalmente, la devoción le hace feliz con la sola y verdadera felicidad que pueda gustarse sobre la tierra; jamás ha sucedido que un verdadero devoto haya tenido motivo de arrepentirse de haberlo sido, ni tal sucederá jamás. Pero me dirán que el devoto se aborrece, se menosprecia, se hace a sí propio la guerra, y renuncia a sí mismo. Lo confieso; pero en esto mismo es en donde él encuentra la paz, la igualdad del alma y la alegría. Es cosa cierta, que nos enseñan la razón y los principios de la fe, y que está demostrada por una experiencia constante y universal, que los bienes de este mundo, sus riquezas, sus honores y sus placeres no pueden contentar al alma, y no hacen mas que irritar su apetito sin saciarlo; que las pasiones son el principal origen de las desgracias que oprimen al género humano; y que para los males inevitables de esta vida, ninguna otra filosofía sino la de la Religión puede ayudarnos a sobrellevarlos, y enseñarnos el uso que debemos hacer de ellos.

Es igualmente muy cierto, y nos lo demuestra la experiencia, que siendo Dios el único bien del hombre, debe ser la devoción el verdadero y solo principio de su felicidad; porque ella es la que le acerca a Dios, y tiende incesantemente a unirle a él; que ella le preserva del pecado que es su mal supremo; que le garantiza de las desgracias que son obra de sus propias pasiones; que, respecto de los otros males, ya sean naturales, o causados por la injusticia o malicia de sus semejantes, ella le enseña a superar-

los por medio de la paciencia, y aun a sacar de ellos maravillosas ventajas; que, por lo tocante a las tentaciones, pruebas, y otras penas sobrenaturales, le persuade también que estos no son males, sino verdaderos bienes, que son remedios que expian sus pecados, o le preservan de ellos, que son ocasiones de practicar la virtud y medios que le santifican, y le disponen para la divina unión. De este modo la devoción eleva al hombre sobre todos los accidentes humanos, sobre todas las vicisitudes de la vida espiritual, sobre sí mismo, y le establece en una paz inalterable.

Por otra parte, Dios que es rico en misericordia, y que nunca deja vencerse en liberalidad, se dedica, si es lícito hablar así, a aquel que le está dedicado; le trata como a hijo; le cuida como a la niña de sus ojos (expresión de que se sirve él mismo); le prodiga sus socorros, sus consuelos, sus favores; en una palabra, se aplica a convencerle por medio de testimonios los mas irrecusables y los más íntimos de que todo se gana sacrificándose todo, y que la suprema dicha de la criatura no se encuentra sino en la pérdida de todo otro bien y de sí misma, para asegurarse la posesión del bien infinito.

No me acuséis aquí de mentira ni de exageración: al contrario creed firmemente que todo cuanto llevo dicho es menos de lo que es en sí mismo. En apoyo de esta verdad tenéis la deposición unánime de los santos Padres: consultadlos. Tenéis sus escritos, leedlos, y veréis si dicen menos que yo. No hay uno solo entre ellos que no haya testificado que era feliz sirviendo a Dios, que antes no había podido conseguirlo, y que es el único medio de serlo.

Si me decís que vosotros no gozáis de esta felicidad, a pesar de que lleváis ya muchos años de servir a Dios, esto consiste en que no le servís con la misma devoción que lo hacían los Santos; consiste en que en la vuestra hay bastante negligencia, flojedad y reserva; consiste en que os

buscáis a vosotros mismos, en lugar de buscar a Dios, y en que el amor propio tiraniza vuestro corazón por medio de temores, de deseos, de vanos pesares y de falsas prevenciones; por medio de murmuraciones y rebeldías interiores, y por las resistencias que él opone en vos al reino del amor de Dios.

XXXV

Si me pedís un modelo de la más perfecta devoción, ¿qué otro podré proponeros sino aquel que nos fue dado a todos en la persona de Jesucristo? Escuchad a este divino Maestro; estudiad su conducta, pues no vino a la tierra sino para enseñarnos en qué consiste, o qué cosa es dedicarse verdadera y enteramente a Dios. Todas las lecciones de su celestial doctrina se reducen a esto; y toda su vida no fue sino una dedicación la más absoluta practicada del modo más excelente.

En el mismo instante que entró en el mundo, se dedicó a Dios su Padre en calidad de víctima, para reparar los ultrajes hechos a su gloria, y reconciliar con él al género humano. Desde este momento le fue ofrecida la grande y pesada cruz que debía llevar, cruz que abrazaba todo el curso de su vida, y debía ir en aumento haciéndose mas dura e insoportable desde el pesebre hasta el Calvario. Nuestro divino Salvador reunía en un grado incomprensible todos los géneros de sufrimientos y de oprobios que puede llevar una alma sostenida con toda la fuerza de la divinidad; ella debía sufrir todos los azotes de la divina justicia, e igualar y aun sobrepujar todas las penas debidas a las enormes e innumerables iniquidades de los hombres. Su alma, infinitamente ilustrada con la luz divina,

midió la extensión de esta cruz, conoció distintamente todos sus rigores, previó y presintió sus inexplicables tormentos, y la aceptó con toda la sumisión, con todo el amor, y toda la generosidad de que era capaz un Hombre-Dios. Siempre la tuvo presente en su espíritu; siempre fue muy cara a su corazón; apresuró continuamente por medio de sus deseos la consumación de su sacrificio; y la vehemencia extremada de estos deseos fue tal vez el mayor de sus tormentos. Porque, por grandes que hayan sido estos, su amor iba incomparablemente más allá, y le hacia desear, sufrir aun mas, si fuese posible, para gloria de su Padre y para nuestra salvación.

He aquí el sublime, el divino modelo de la dedicación: he aquí la expresión mas justa, la sola verdadera de lo que Dios merece de nuestra parte, y del servicio que le debemos. Solo, pues, mirando a esta maravillosa dedicación se digna contentarse de la nuestra tan débil, tan imperfecta y tan indigna de su suprema majestad. Nuestra dedicación por grande que sea, y pueda concebirse, no tiene de sí misma precio alguno; es insuficiente para expiar la mas ligera de nuestras faltas, y para merecernos el mas pequeño grado de gloria. No ha habido jamás sino una sola dedicación que fuese agradable a Dios por sí misma, que es la de Jesucristo; Dios no acepta mas que esta, ni mira mas que a esta, de la que la nuestra toma todo su valor.

Levantemos, pues, nuestros ojos a este perfecto y único ejemplar, y penetremos ante todo de esta gran verdad, que Dios es de tal manera superior a nosotros, o por mejor decir, que Dios de tal modo es todo, y nosotros de tal modo somos nada, que nos es imposible aun por la dedicación mas extensa y mas generosa que se puede imaginar, no digo solamente de llegar hasta donde tiene él derecho de esperar de nosotros, sino ni siquiera de poder hacer nada que atraiga una sola de sus miradas, y nos

haga dignos de la mas ligera demostración de su benevolencia.

En seguida, después de habernos humillado y anonadado profundamente, roguémosle que nos inspire por sí mismo un acto de dedicación que se digne aceptar, que nos conceda que este acto sea producido por todo el amor de que es capaz el corazón del hombre, y que nos sostenga por la fuerza de su gracia, en el cumplimiento fiel y constante de todos los sacrificios que en él se encierran. En fin, por lo mismo que no somos sino una nada por lo que hace a nuestra naturaleza, y no mas que pecado por lo que hace a la voluntad, y que en nosotros no hay bien alguno que no sea un don de Dios, unamos nuestra dedicación con la de Jesucristo; conjuremos a este divino Salvador para que se digne comunicarla alguna partecita de los merecimientos de la suya, presentarla a su Padre con la suya, y empeñarle por medio de su todopoderosa mediación a aceptarla.

XXXVI

El punto esencial consiste sin duda en concebir bien el acto de dedicación, y en formarle dentro del corazón con absoluta y entera voluntad: porque todo depende de conocer la naturaleza y las cualidades del empeño que contraemos para con Dios, y de abrazar con generosidad todas sus obligaciones. Puede muy bien decirse aquí que este buen principio es la mitad del todo.

Pero esto no es mas que la mitad; es menester venir a la ejecución, y saber cuáles son los medios de conseguirlo. No satisfaré plenamente ahora a esta cuestión. Esto será materia de otro escrito que seguirá al presente, bajo el tí-

tulo de *Máximas espirituales*, en el que espero decir lo bastante para poner a los principiantes en camino. Con todo, propongo aquí tres medios generales, los que llevarán muy lejos a los que los pongan en práctica.

El primero es tener siempre presente en el espíritu su dedicación, a imitación de Jesucristo. El instante en que uno se dedica, sea en la oración, sea en la comunión, es un momento de fervor y de gracia fuerte y sensible. El alma entonces, por decirlo así, es levantada de sí misma, y transportada en Dios. Pero este momento pasa presto; el fervor decae; la impresión sensible de la gracia se disipa, y el alma vuelve en sí, y entra en su estado ordinario. Mil cuidados inevitables que la disipan, le harían perder de vista el empeño que acaba de contraer, si no tuviese cuidado de traerlo a la memoria, de renovarlo y de hacer de él un recuerdo habitual. Este recuerdo la despierta, la sostiene, reanima su languidez, excita su ánimo, confunde su cobardía, y es al mismo tiempo un freno que la detiene, y un estímulo que la hace adelantar.

El segundo medio es portarse en todo, a ejemplo de Jesucristo, como una persona dedicada a Dios: a saber, no disponer mas de sí mismo, no formar miras ni proyectos, sean de la naturaleza que fueren, sino dejarse entre las manos de Dios, y no emprender nada sino por la inspiración de su gracia. Y como Dios no falta en hacer conocer su voluntad al alma que está determinada a cumplirla, no debemos permitirnos ni temor, ni deseo sobre otros objetos que los que son materia de nuestra dedicación; temiendo sin cesar todo lo que podría apartarnos de ella, y deseando ardientemente ser siempre fieles a ella. Y en adelante considerarse como quien está bajo la solicitud especial de la Providencia; abandonar a Dios el cuidado de nuestro interior, sin inquietarnos, sin reflexionar demasiado sobre nuestro estado y sin buscar curiosamente las razones de lo que nos sucede; recibir con igual recono-

cimiento lo que nos consuela, y lo que nos aflige, lo que nos perturba, y lo que nos tranquiliza, lo que nos contradice, y lo que nos acomoda, lo que nos abate, y lo que nos ensalza; creer sin titubear que Dios no tiene otra mira en todo sino nuestro mayor bien, y que, con tal que nos mantengamos unidos y sumisos a su voluntad, las cosas mas contrarias en la apariencia se convertirán en ventaja nuestra.

No es cosa de un día, sino de toda la vida el ejercicio de dejarse llevar de este modo en todos los acontecimientos, ya sean temporales, ya espirituales. Uno es aprendiz mucho tiempo en esta ciencia antes de llegar a ser maestro, y no llega a hacerse hábil sino después de muchas faltas reiteradas por las cuales se humilla y se corrige. Pero es indispensable entrar desde luego con esta disposición general, sin la cual no hay verdadera práctica de la dedicación.

El tercer medio es tener siempre los ojos fijos en Jesucristo, para copiarle y hacerle patente en nuestra conducta interior y exterior; suplicarle que dibuje por sí mismo en nosotros su imagen; y ponernos en su mano como una tela inmóvil y bien extendida, dispuesta a recibir todos los rasgos de este adorable original, al cual él añade en seguida los colores, y las pinceladas más delicadas, cuando nosotros no ponemos en ello ningún obstáculo.

Así como Dios hizo el mundo material por medio de su Hijo, del mismo modo hace por él el mundo espiritual y sobrenatural; y este mundo no llega a ser tal cual debe, sino por la semejanza con Jesucristo. Los Santos del Antiguo Testamento lo figuraron; los del Nuevo no tienen otro modelo, y cuando todas las facciones del Hombre-Dios habrán sido copiadas en los escogidos, según los designios del Padre eterno, entonces el universo se acabará. *A los que, dice San Pablo, Dios conoció en su presencia, a estos también predestinó para ser hechos conformes a la imagen de su Hijo.*

FRAGMENTO DEL MISMO AUTOR

SOBRE LA DEVOCION.

MAXIMA

Ya te ocupes en la acción,
O descanses en reposo,
Sea sencillo tu ojo,
Sea recta la intención;
Porque toda devoción,
Que de lo recto desvía,
O la sencillez no guía,
Tenla como perdición.

Si tu *ojo fuere sencillo*, dice Jesucristo, *rodo tu cuerpo será luminoso*. Todos los santos Padres han explicado esta parábola de la pureza de intención, y entendieron que si nuestras miras son puras, nuestras acciones serán también santas. Porque como el ojo es la guía, y en cierto sentido la luz del cuerpo, cuyos movimientos alumbra y dirige; del mismo modo la intención es la luz del alma, que la guía en sus acciones, a las que da el ser de buenas o malas, o las hace morales. Y supuesto que la santidad de

las acciones depende de la pureza de la intención, no hay cosa alguna de que importe mas asegurarnos; pero al mismo tiempo no hay cosa mas difícil de conocer.

La intención es lo mas profundo que hay en el corazón humano. Así para distinguirla en cuanto sea posible, es menester estar acostumbrado a hacer reflexiones sobre sí mismo, a pedirse una cuenta exacta de sus motivos secretos, y a penetrar hasta los más ocultos pliegues del alma; cosa practicada por muy pocos y que no puede hacerse en las cosas sobrenaturales sino con la ayuda de la divina luz, que es necesario imploremos sin intermisión.

La intención es lo que mas procura disfrazarnos el amor propio, por causa del interés que en ello tiene; y por desgracia lo consigue con demasiada frecuencia. Cada uno se engaña a sí mismo y se hace ilusión en una infinidad de cosas, y aunque no se engaña sino en lo que le acomoda, con todo se hace esto con tanta sutileza que apenas lo advierte el engañado. Pocas personas hay de buena fe consigo mismas; y nosotros somos los primeros de quienes debemos desconfiar. Es menester por consiguiente precaverse contra las astucias del amor propio, que en materias de piedad son mas ingeniosas que en otras. ¿Y quién hay que esté continuamente sobre aviso contra este enemigo? ¿Quién se garantiza, no digo siempre, sino ni con frecuencia de sus sorpresas?

Si para conocerse a fondo es necesario discernir el verdadero motivo de los propios proceder, y si, siendo profundamente malos y corrompidos, tenemos tantas causas para disimularnoslo y ocultárnoslo, ¿cuán raros serán los hombres y en particular los cristianos que tengan un verdadero conocimiento de sí mismos? ¿Quién es el que no se lisonjea de alguna virtud que no tiene, o que confiesa todos los vicios y defectos que tiene? Y ¿de dónde provienen todos nuestros errores en este punto, sino de disfrazar nuestros propios motivos e intenciones?

Por decirlo mas breve, nosotros no somos conocidos perfectamente sino de Dios solo; y esto en el punto mas esencial, a saber, si somos o no a sus ojos dignos de amor o de odio. No podemos aun decir con certeza si una sola de nuestras acciones le es agradable. Estaremos en esta ignorancia durante toda nuestra vida, y por lo mismo nos será siempre imposible poder fallar con entera certeza sobre la pureza de nuestras intenciones. Porque si estuviésemos seguros de que son puras, lo estaríamos también de su santidad, y por una consecuencia necesaria de que estábamos en estado de gracia. Por esta razón debemos decir siempre con David: *Purificadme, Señor, de mis faltas ocultas* (Ps. XVIII, 15): y este santo Profeta justamente exclamaba: *¿Quién es el que tiene un entero conocimiento de sus pecados?* ¡Verdad bien aflictiva en sí misma, y muy desolante para el amor propio que siempre busca en todo seguridades! Pero en los designios de Dios solamente debe servir para humillarnos, y no para desesperarnos. Si no puede llegarse en este punto a una certeza indudable, a lo menos se puede, ejercitándose y dirigiéndose a Dios, tener sobre esto una certeza moral, que basta para tranquilizarnos; pero tampoco debemos omitir cosa alguna para procurárnosla.

¿Qué cosa es, pues, la pureza de intención? Es una mira que tiene a solo Dios por objeto, y que no está mezclada de ningún propio interés. La intención por no ser pura, no es siempre formalmente mala: porque sucede con frecuencia que la intención principal es buena, pero manchada por una intención accesorio que se junta a ella. Un ministro del Señor, por ejemplo, en sus trabajos apostólicos quiere principalmente la gloria de Dios; pero no es insensible a los aplausos humanos: esto basta ante los ojos infinitamente puros de la Divinidad, para que su primera intención, y la acción hecha en seguida, no sean del todo santas, ni queden al abrigo de toda reprehensión.

Ya que somos cristianos imperfectos, juzguemos por aquí el mal imperceptible que se insinúa en casi todas nuestras acciones. No entraré en pormenor alguno, porque esto me conduciría demasiado lejos. Pero ¡cuan distante estaríamos de toda vana complacencia, si estuviésemos bien penetrados de esta verdad! Y esto es lo que Dios pretende; porque él no nos salva sino por la humildad, y no por la confianza en nuestros méritos. Los Santos que estaban bien persuadidos de esto, temblaban, como Job, en todas sus acciones; y san Agustín exclamaba con motivo, aun de su misma madre santa Mónica: *¡Oh Dios mio! ¡ay de la vida, aun la más loable, si Vos la analizais sin misericordia!*

Y ¿qué conviene hacer para adquirir esta preciosa pureza de intención? Estar siempre alerta sobre los motivos que nos impulsan a obrar, a fin de apartar no sólo los que son evidentemente malos, sino también los que son imperfectos. Mas nosotros no separamos lo que hay de imperfecto en nuestros motivos sino a medida que avanzamos, y que nuestras luces espirituales se aumentan. Dios no acrecienta estas luces sino progresivamente, según el buen uso que observa que hacemos de ellas; las proporciona a nuestras necesidades presentes, y al grado actual de pureza que exige de nosotros; y a beneficio de ellas observamos con el tiempo en nuestras intenciones ciertos defectos que al principio no se percibían, y que el mismo Dios apartaba de nuestra vista. Porque ¿quién es el principiante que, por buena voluntad que tenga, pudiera soportar la vista de las acciones que él juzga mejores, si Dios se las mostrara tales como él mismo las ve? Habría motivo para caer en el mayor desaliento. Dios ha concedido esta gracia a algunos Santos, y a favor de ella concibieron el mas profundo menosprecio de sí mismos; pero no todos son capaces de sobrellevar tamaños favores.

Para darme a entender mejor, quiero poner un ejem-

plo de estos modos de ver imperfectos. Dios ordinariamente siembra de flores la entrada de la vida espiritual; derrama en ella sus dulzuras y consolaciones en abundancia, a fin de despegar al alma de todo lo que no es él, y facilitarla los ejercicios de la vida interior, que sin esto la causarían enfado. El alma que nunca había probado cosa mas deliciosa, se apega fuertemente a ello. Renuncia todas las cosas por gozar de estas dulzuras, se entrega a la oración y a la mortificación de los sentidos: no encuentra gusto sino en solo Dios: todo cuanto la aparta de tan dulce compañía le es insoportable. Si Dios se ausenta por algún tiempo, queda desolada, da gritos en pos de él para que vuelva; le busca con inquietud, y no descansa hasta que lo ha vuelto a encontrar.

En esto hay, sin duda, mucha imperfección: el motivo es bueno, pues es Dios a quien busca; pero este motivo no es puro, porque busca además las dulzuras espirituales y el gusto sensible de Dios. Pero es muy a propósito hacer ver que la simplicidad, de la que muy pocos tienen una noción exacta, es la perfección por excelencia, y la raíz de toda perfección. Para esto es preciso remontarse hasta el mismo Dios, y considerarla primeramente en él.

No hay ninguna cosa que sea perfectamente sencilla sino lo que es infinito, ni ninguna cosa infinita sino lo que es perfectamente sencillo. Todo lo que es finito es múltiple o compuesto, y todo lo que es múltiple es finito. En esto no cabe excepción. Así la perfecta simplicidad no conviene sino a Dios, y por ella se da razón de la infinidad de sus perfecciones. El ser de Dios es inmenso por lo mismo que es simple, y es todo en todas las cosas, sin extensión ni división. Su eternidad es infinita, porque es simple, no teniendo ni principio, ni medio, ni fin, y excluyendo la idea misma de la duración, que denota una sucesión de instantes: su poder es infinito, porque es simple, extendiéndose a todo lo que es posible, y cuya exis-

tencia no encierra ninguna contradicción, y ejercitándose sin esfuerzo alguno, por un puro acto de voluntad. Su ciencia es infinita, porque es simple, y consiste en una sola idea, que es la idea misma de Dios, en la que él ve todo lo que fue, es y será, y todo cuanto debe permanecer en el orden de las cosas posibles. La esencia misma de Dios es infinita, porque es simple; en él la esencia es la existencia; los atributos son una misma cosa entre sí y con la esencia, no distinguiéndose sino por precisiones que nosotros imaginamos según nuestro débil modo de concebir. En él aún la potencia es acto, y la facultad ejercicio; de modo que el entendimiento divino es un entender, y la voluntad divina un querer eterno.

Esto mismo sucede con los atributos morales. Aunque finitos en sus efectos por respeto a nosotros, son infinitos en sí mismos por razón de su simplicidad: tales son la santidad, la sabiduría, la bondad, la justicia, la misericordia. El fin que Dios se propone en todas sus obras, es igualmente infinito, porque es simple: esta es su gloria, a la cual es necesario que todo se refiera. Los entendimientos ejercitados en reflexionar pueden seguir esta sublime teoría, que yo solamente enuncio.

Siendo, pues, la simplicidad el principal carácter de las perfecciones de Dios, de sus designios, y de sus operaciones, es menester no sorprenderse cuando se dice que ella es también la que mas contribuye a la perfección de la criatura racional. Por lo que toca a esta no puede tratarse de la simplicidad física, pues que es esencialmente finita, pero es capaz de la simplicidad moral, y a ella debe aspirar con el mayor conato.

Esta simplicidad con respecto a la criatura, se reduce a una sola cosa, que es, no tener mas que a Dios por regla de sus ideas y juicios, por objeto de sus deseos, y por blanco de sus acciones y sufrimientos; y referírsele todo, preferir a todo su beneplácito, no ver y no seguir en todo

sino su santa voluntad. He aquí una multitud de cosas encerradas en pocas palabras. El alma es verdaderamente simple cuando ha llegado a este amor único de ver a Dios, y entonces está consumada en la unidad. Inefable unidad, que en cierta manera nos diviniza por la unión moral la mas perfecta con aquel que es soberana y absolutamente uno. Una a uno decía sin cesar un famoso contemplativo. ¡Qué sentido tan profundo no se encierra en esta tan corta palabra! Expresa toda verdad, toda perfección de la santidad, como también toda felicidad, de la que es ella el origen. Dios es uno, y su unidad es tal que no puede convenir sino a él solo. Es uno, y todo lo atrae necesariamente a su unidad; es uno, y todo lo santifica por la participación de su unidad; es uno, y todas las criaturas capaces de ser felices no lo son sino por la posesión de su unidad. Para que, pues, el alma sea santa y feliz, debe ser una por su adhesión de espíritu y de corazón a él, debe ser una para él solo, y una sin ningún retorno sobre sí misma. Si con Dios se mira a sí mismo, sea en lo que fuere, por una mirada que la distinga de Dios, ya no es una, ni simple moralmente; sino que es doble, pues que tiene dos objetos; y mientras permanezca en este estado, es imposible que esté inmediatamente unida a Dios: no lo está acá abajo, no lo estará en la otra vida, sino después que el fuego purificante la haya desprendido de toda multiplicidad.

Si aspiramos a la santidad, si aspiramos a la felicidad, aspiremos también a la simplicidad y a la unidad. Apliquemonos a simplificar nuestras miras o intenciones, reduciéndolas a la única vista de Dios: olvidémonos de todo por no pensar mas que en él solo: no tengamos otra voluntad que la suya, ni otros intereses que los suyos: no busquemos mas que su gloria, y que su felicidad sea la nuestra. Tal es el estado de los bienaventurados. Nosotros no seremos admitidos a la vista y al goce de Dios, sino

cuando estemos en esta disposición; procuremos, pues, adquirirla mientras caminamos por la tierra, en cuanto somos capaces de ella.

Pero, ¡ay! ¿qué podremos hacer para adquirir esta sublime simplicidad, cuya sola idea sobrepuja todos nuestros conceptos? Roguemos al Ser infinitamente santo que se digne trabajar por sí mismo para simplificarnos; consagremos y dediquémonos a él con esta intención. Pero cuanto mas obre Dios solo en nosotros, cuanto mas dóciles seamos a las operaciones de la gracia, mayores progresos haremos en la simplicidad sin percibirlo, y aun sin querer fijar en ello la atención.

Simplicidad en nuestro entendimiento, del que Dios desterrará tantas preocupaciones, tantas opiniones inciertas, tantas dudas, tantos juicios falsos, para sustituir a todo esto su simplicísima verdad: del que apartará también las reflexiones, las prevenciones, las desconfianzas, las sospechas, hijas todas de una falsa prudencia, reduciendo insensiblemente nuestros razonamientos múltiples a una vista de simple inteligencia.

Simplicidad en la voluntad, que no tendrá sino un solo deseo, un solo temor, un solo amor, un solo odio, y un solo objeto de sus afecciones, y que estará aficionada a este objeto con una rectitud invariable, y con una fuerza que nada será capaz de disminuir.

Simplicidad en las virtudes, que todas se concentrarán en la caridad, y se confundirán con ella en cuanto lo permite el estado de la vida presente. Simplicidad en la oración, que no será, por decirlo así, mas que un solo acto que encerrará en sí todos los otros en grado eminente. Simplicidad, en fin, en la conducta, siempre igual, siempre conforme, siempre recta y verdadera, siempre emanando del mismo principio, y rematando en el mismo término. La rectitud, de la que todavía tengo que hablar, no es otra cosa que la pureza de intención y la simplici-

dad bajo otro nombre. Así la Escritura, hablando de Job, junta en uno estos dos elogios, y le llama *hombre sencillo y de corazón recto* (Job, II, 3). El alma es recta, en efecto, cuando sigue una regla simple, que no varía, que no tuerce, y de la que no se desvía nunca; cuando su dirección es siempre la misma, y que como la línea recta tiende a su centro por el camino mas corto. Este centro del alma es Dios, que la ha dado una tendencia íntima hacia él; tendencia que, en tanto que ella la conserva, la mantiene en la inocencia y en la paz, y de la que no puede separarse sin caer en el pecado y en la turbación.

Mas, el alma no se aparta de Dios, sino volviéndose a plegar y a encorvar sobre sí misma, dándose así otro centro y otra dirección: de este modo pierde su rectitud primitiva. El alma recibió un movimiento; y ella misma se imprime otro en un sentido opuesto; lo que, por una continuación de desvíos, la aleja de Dios y la vuelve a sí misma.

Dios hizo al hombre recto (Eccles. VIII, v.30), como dice la Escritura, y vuelto únicamente hacia él, con una secreta inclinación para acercarse y unirse a él; pero por su imperfección hereditaria, el hombre podía tender a sí mismo; tuvo esta tentación y cayó en ella. De aquí provino el pecado original y sus consecuencias, que dieron una fuerza prodigiosa a esta tendencia hacia nosotros, a la cual, sin la gracia que nos llama a Dios, no podemos menos de ceder.

No ignoro que mientras el hombre conserva la gracia santificante, no pierde la rectitud esencial necesaria y suficiente para la salvación. Pero, cualquier retorno del amor propio, cualquier complacencia en sí mismo, cualquier pretensión de su interés sin subordinación al interés de Dios, es una alteración para esta rectitud, es no obrar a derechas, es un desvío tal vez ligero cuyas consecuencias no obstante pueden ser pesadas. El peligro del mas pe-

queño desvío consiste en dos cosas: la primera, en que no podemos por nosotros mismos volver jamás a nuestra primera rectitud, aunque sea muy poco lo que nos hayamos apartado de ella; la segunda, que no somos dueños de pararnos, ni de llevar este desvío hasta un punto determinado: estas dos consideraciones deben determinarnos a no hacer jamás con propósito deliberado un acto solo que se aparte de la vida recta.

Conservemos, pues, en cuanto esté de nuestra parte, la rectitud en la que Dios nos ha restablecido; temamos falsificarla por poco que sea: estemos alerta contra nuestras inclinaciones naturales, que no tienden sino a encorvarla, y a darla otra dirección. En esto, nosotros mismos somos nuestros más peligroso y mas mortales enemigos, porque nos amamos mal, teniendo una secreta inclinación a establecernos centro de todo, a dirigir hacia este centro todos nuestros movimientos, y a referirlo todo a este fin, aun el mismo Dios. Este amor es infinitamente peligroso, por causa de la delicadeza de sus astucias y de sus desvíos, de los que no desconfiamos y aun no nos advertimos lo bastante, teniendo su origen en el fondo de nuestra naturaleza: y para nosotros es mortal, porque siendo Dios la vida de nuestra alma, todo cuanto nos aleja de él, tiende a darnos la muerte.

Examinemos, pues, bien el carácter de nuestra devoción: veamos si es pura, simple y recta. Y como podría suceder estar nosotros alucinados, roguemos, consultemos, y aprovechemonos de las luces que recibimos de Dios. El buen uso que hagamos de ellas nos hará merecedores de otras mayores; e insensiblemente adquiriremos esa pureza de intención, esa simplicidad, esa rectitud de corazón, aun entre las personas que hacen profesión de piedad.

PRACTICAS CRISTIANAS

PRACTICAS PARA CADA DIA

1.^a *Luego de levantado dirás:* O Virgen y Madre de Dios, yo me entrego por hijo vuestro; y en honor y gloria de vuestra pureza os ofrezco mi alma, cuerpo, potencias y sentidos, y os suplico me alcancéis la gracia de no cometer jamás pecado alguno. Amén Jesús. Tres *Ave Marías*.— Dirás un *Padre nuestro* al santo Angel custodio.— Otro a tu santo Patrón.— Y otro en sufragio de las almas del purgatorio.

2.^a Oirás misa, si puedes, todos los días.

3.^a Todas las noches rezarás con atención y devoción una parte del santísimo Rosario.

4.^a Recibirás a lo menos cada mes los santos sacramentos de Confesión y Eucaristía.

5.^a Cuando oigas tocar horas, dirás una *Ave María*, y harás la comunión espiritual.

MODO DE SALUDAR A MARIA SANTISIMA

y de hacer la comunión espiritual cuando dan las horas y en toda otra ocasión.

Cuando oigas dar las horas, dirás: Ave María purísima, sin pecado concebida: Una Ave María y un Gloria Patri. Y dirigiendo tu corazón hacia el santísimo Sacra-

mento, y aun, si te es fácil, volviendo la cara hacia la iglesia en que esté reservado, dirás con gran deseo de recibirle: ¡Ay Dios mío! ¡quién siempre os hubiera amado! ¡quién no os hubiera jamás ofendido ni agraviado! ¡Ay si yo fuese ahora tan dichoso que os pudiera recibir sacramentado!... Mas ya que no soy digno de ello, dignaos aceptar mi deseo y comunicadme *vuestro amor*. Así sea.

ESCALERA PARA SUBIR AL CIELO

En todo lo que hagas y en cada una de las palabras que digas, acuérdate de tu muerte, del juicio, del infierno y de la gloria; y yo te aseguro que no pecarás nunca y que te salvarás.

Escalones de esta preciosa escalera distribuidos en los días de la semana

Lunes.— Dirás un *Padre nuestro* y *Ave María*, y luego con pausa y reflexión repetirás diez veces: *He de morir*.

Martes.— Dirás un *Padre nuestro* y *Ave María*, y luego con pausa y reflexión repetirás diez veces: *He de ser juzgado*.

Miércoles.— Dirás un *Padre nuestro* y *Ave María*, y luego con pausa y reflexión repetirás diez veces: *¡Ay de mí si me condeno! ¿de qué me habrá aprovechado todo lo del mundo?*

Jueves.— Dirás un *Padre nuestro* y *Ave María*, y luego con pausa y reflexión repetirás diez veces: *Breve gozar, eterno penar*.

Viernes.— Dirás un *Padre nuestro* y *Ave María*, y luego con pausa y reflexión repetirás diez veces: *Jesús traba-*

jó y murió para salvarme: justo es que yo trabaje y sufra para salvarme.

Sábado.— Dirás un *Padre Nuestro* y *Ave María*, y luego con pausa y reflexión repetirás diez veces: *¡Ay bienaventurada patria del cielo! ¡quién sabe si podré alcanzarte!*

Domingo.— Dirás un *Padre nuestro* y *Ave María*, y luego con pausa y reflexión repetirás diez veces: *Cueste lo que costare, yo quiero salvarme.*

Rezarás cinco *Padre nuestros* y otras tantas *Ave Marías* en memoria de las cinco llagas de Jesús: y siete en reverencia de los siete Dolores de María santísima.

MAXIMAS QUE SIEMPRE HA DE TENER PRESENTE TODO CRISTIANO

1.^a Amarás a Dios nuestro Señor con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu entendimiento y con todas tus fuerzas.

2.^a Amarás a tu prójimo como a ti mismo por amor de Dios, y le socorrerás.

3.^a Volverás siempre bien por mal, y nunca te vengarás.

4.^a Tratarás a los otros como quisieras que ellos te trataran.

A LA MAYOR GLORIA DE DIOS

INDICE

| | |
|--|-----|
| LA ORACION DOMINICAL | 3 |
| I. Padre Nuestro | 9 |
| II. Padre Nuestro | 16 |
| III. ¡Padre Nuestro que estás en los cielos! | 21 |
| IV. ¡Santificado sea tu nombre! | 26 |
| V. ¡Venga a nosotros tu reino! | 32 |
| VI. ¡Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo! | 39 |
| VII. ¡El pan nuestro de cada día dánosle hoy! | 46 |
| VIII. Perdónanos nuestras ofensas, así como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden | 53 |
| IX. Y no nos dejes caer en la tentación | 57 |
| X. Mas líbranos del mal. ¡Amén! | 62 |
| VIGILANCIA Y ORACION | 68 |
| CARACTERES DE LA VERDADERA DEVOCION .. | 79 |
| FRAGMENTOS DEL MISMO AUTOR | 159 |
| PRACTICAS CRISTIANAS | 169 |